VOL. 4 Nº41 OCTUBRE 1956

Más allá



REVISTA MENSUAL
de fantasía científica



"Overall" atómico de material plástico para evitar los peligros del polvo radiactivo.

AÑO 4 - Nº 41 - 44
OCTUBRE 1956

mas allá

DE LA CIENCIA Y DE LA FANTASIA

REVISTA MENSUAL DE AVENTURAS APASIONANTES EN EL MUNDO DE LA MAGIA CIENTIFICA



NUESTRA PORTADA

por L. de la Torre

Si la navegación interplanetaria se desarrolla pronto, es posible que nunca se construya un telescopio mayor que el del Monte Palomar, ilustrado en la portada.

sumario

novela (conclusión):

EL HOMBRE DOBLE, por J. Blish y M. Sherman
Y rompieron la cadena sin fin, promotora de guerras 60

cuentos:

EL HOMBRE QUE SE PREOCUPABA DEMASIADO, por Clifford D. Simak
Esto sucedió hace varios meses, pero Charley sigue preocupándose 4

PERDIDO EN EL TIEMPO, por William Morrison
Jamás volvió a ver a sus hijos y a su esposa. Ellos habían seguido el curso natural de la vida 17

EL POLIZON, por Robert Sheckley
En Marte, todos los hombres tienen el título de doctor. Pero los polizones no lo sabían 23

aventuras de la mente:

EFECTOS DE LA LUNA 30

LA OTRA CARA DE LA LUNA, por Willy Ley 49

novedades cósmicas:

ESPACIOTEST 58

CORRESPONDENCIA 122

¿PERDEREMOS LA POESIA DE LA LUNA? (Editorial) 2

Redacción y Administ.: Editorial Abril S. A. Avenida Alem 884, Bs. As., Rep. Argentina



¿perderemos la poesía de la luna?

EDITORIAL

CUANDO uno entra en posesión de una cosa que largo tiempo ha deseado, son muchas las sensaciones nuevas que le embargan. Ante todo, por supuesto, cierta satisfacción que se manifiesta de mil maneras; es también muy común cierto desengaño que muchas veces tratamos de ocultar a nosotros mismos, porque nos parece injusto y feo que la realidad resulte menos maravillosa que el objeto suspirado. Es inevitable que la cosa lograda nos haga una impresión diferente, cuando la tengamos en nuestras manos, de cuando formaba parte del mundo tan inasible de los sueños.

Un niño ha pasado mil veces frente a la vidriera de la armería, devorando con su mirada un cuchillo de caza. La primera vez que llegue a poseerlo es posible que la hoja ya no le parezca tan brillante, y observará una manchita de óxido aquí, una imperfección del filo allá; y le resultará incómodo llevarlo en el bolsillo. Una vez logrado, ese cuchillo, que en su imaginación hubiera tenido que transformar a su dueño en un pirata, en un "seringueiro" o en un cazador de rinocerontes, perderá las extraordinarias cualidades que el niño le había atribuído, y no se mostrará capaz de dar la esperada emoción de aventura a su vida escolar...

¿Pasará lo mismo con la Luna, a la cual están dedicadas tantas páginas en este número de MAS ALLA?

La Luna... La Luna, encerrada en su impenetrable vidriera de espacio, ha sido un espectador impasible de las hazañas del hombre, de sus amores, de sus ambiciones, de su progreso. La Luna, testigo de lágrimas y de risas, ha inspirado a navegantes y poetas, ha alumbrado con su luz cándida las cunas de los recién nacidos y las lápidas de los cementerios; y en todos los tiempos la humanidad le ha asignado virtudes extrañas e influencias misteriosas. Míticas leyendas la rodean, las madres confiesan sus penas y sus esperanzas al disco de plata, y los guerreros buscan el vaticinio en las inciertas manchas de su superficie brillante. Supersticiones, religiones, enfermedades, milagros, locuras, obras maestras, crímenes y fiestas encuentran su origen en la Luna. Todo puede atribuirse porque está lejos, nadie ha podido tocarla, nadie sabe cómo es realmente.

Este mundo poético desaparecerá el día en que el hombre ponga pie en la Luna, como desaparecieron para siempre los mitos que la fantasía había creado detrás de las Columnas de Hércules, cuando las carabelas de Colón abrieron la ruta más comercial del mundo. Nadie hoy cree que más allá del horizonte, perdida en medio del Océano, se levante, imponente y tremenda, la montaña del Purgatorio. En su lugar está América. Se ha perdido algo de superstición, pero se han ganado dos continentes.

La Luna... Cuando la Luna pase a formar parte de la vida diaria, cuando un viaje a la Luna sea un viaje al extranjero y no una aventura de fantasía científica, la f. c. habrá perdido uno de sus campos de acción preferidos. Junto con los mitos lunares creados por los poetas y los profetas del pasado, desaparecerán los mitos lunares creados por la f. c.; nadie más creerá en ellos frente a la realidad tangible de un mundo nuevo. La mitología del pasado (o poesía) correrá la misma suerte que la mitología del futuro (o f. c.). Pero ambas sobrevivirán: la poesía, porque encierra en sí el deseo de lo eterno; la f. c., porque encierra en sí el deseo del infinito. Sobrevivirán en nuevas formas porque ambas responden a necesidades indiscutibles del espíritu humano. Quizá llegue el día en que poesía y f. c. ya no tengan nada que decir o predecir: pero ése no será el día imposible en que el hombre haya resuelto todos sus problemas, sino el día triste en que se haya extinguido la raza humana. ✦

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

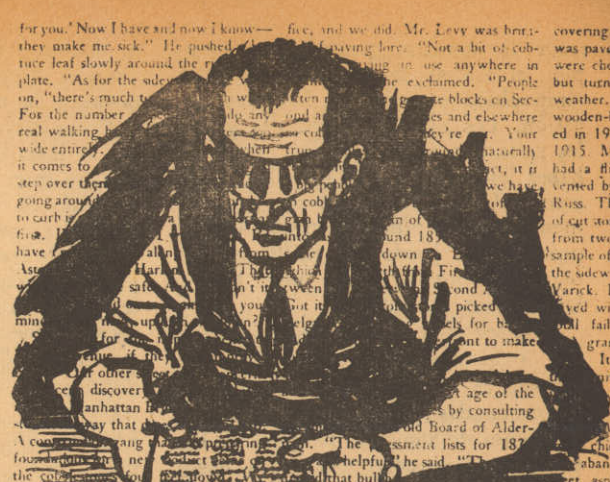
el hombre que se preocupaba demasiado



Un inválido puede ocupar sus días soñando con un mundo mejor, pero..., ¿y en sus pesadillas?

por CLIFFOR D. SIMAK

ilustró KNOTH



CHARLEY Porter es corrector del Daily Times. Todo corrector es un individuo de rarísima especie: perseguidor de comas, carnicero de palabras y poderosa marea de opiniones lanzada contra las noticias: es como una mezcla de enciclopedia ambulante e índice portátil.

De cuando en cuando, uno entra en contacto con algún reportero o con cierto editor; se oye hablar de ellos o se ven sus retratos; pero nunca se oye nada sobre correctores.

Diariamente, el corrector se sienta con sus camaradas de oficio, ante una mesa en forma de herradura. Si es viejo corrector, como Charley, usa visera verde y se arremanga la camisa hasta los codos. En la curva interna de la mesa se sienta el hombre que dirije a los correctores; y, puesto que esa escotadura de la mesa es conocida con el nombre de " el hueco", a este hombre se le llama "el hombre del hueco". A él llega el flujo diario de noticias; él las distribuye entre el grupo de correctores, y éstos se encargan luego de recomponerlas y titularlas.

Debido a que siempre hay material suficiente para llenar veinte veces el espacio asignado, el corrector debe pulir todas las noticias y ver que no haya exceso de palabras en ellas. Esto lo lleva a continuas desavenencias con los reporteros, cuando éstos ven recortados y reestructurados sus largos y floridos artículos..., que quedan, por cierto, mucho más legibles.

Cuando el trabajo afloja un poco, durante la tarde, los correctores rompen el silencio y hablan entre sí. Hablan acerca de las noticias y discuten lo que se debe hacer con ellas. Si se los escucha no sabiendo quiénes son, se juraría estar oyendo alguna comisión mundial abocada a resolver problemas de vida o muerte.

Porque el corrector es un hombre que se preocupa demasiado. Se preocupa porque todos los días maneja los incidentes actuales y sangrantes que dan forma al curso del destino humano. Probablemente, no haya otro profesional que conozca con más exactitud el agudo filo sobre el cual basculan el desastre y la supervivencia.

CHARLEY Porter se preocupaba más que la mayoría; se preocupaba por cosas que parecían no me-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

recer la atención general; por ejemplo: el asunto de aquellas historias "imposibles" acaecidas en frecuente sucesión. Los otros hombres del grupo les prestaban escasa atención, luego de haber leído dos o tres de ellas; y las comentaban en forma privada, naturalmente, porque ningún corrector que se precie habla jamás con nadie que no sea otro corrector. Pero muy pronto las dejaban de lado.

Charley sí se preocupaba por aquellos incidentes, secretamente, por supuesto, ya que veía que ninguno de sus camaradas correctores los consideraba dignos de atención. Después de haber pensado mucho, empezó a intuir cierta similitud entre ellos. Entonces fué cuando bajó de las nubes y empezó su lucha interior.

Primero fué el avión caído en Utah. El mal tiempo dificultó su búsqueda, pero finalmente fué encontrado por exploradores aéreos que localizaron los restos de la catástrofe sobre la ladera de una montaña. La compañía aérea dijo que no había esperanzas de hallar sobrevivientes, pero cuando la comisión de salvamento se encontraba a mitad de camino del lugar del accidente, encontraron a los integrantes del avión con perfecta salud: todos ellos habían salido ilesos del choque.

Luego fué la sorpresa del Caballo Medianoche, que ganó el Derby y pagó 64 a 1.

Y después de eso, el caso de la niñita enferma que no tenía esperanzas de mejoría. Los correctores organizaron una reunión para ella, con varias semanas de anticipación, a fin de que pudiese tener una última fiesta de cumpleaños. Su foto fué publicada de uno al otro extremo del país; su historia hizo llorar a muchos; centenares de personas le enviaron postales y regalos. Entonces, súbitamente, mejoró; y no por virtud de alguna nueva y maravillosa droga ni debido a ninguna novísima técnica médica. Mejoró porque sí..., de la noche a la mañana.

Pocos días después, los cables trajeron la historia del viejo Pal: un perro sabueso que, allá en Kentucky, quedó atrapado en una cueva. Bregaron por salvarlo excavando durante días y días, gritándole frases de aliento, que el viejo perro agradecía gimiendo suavemente; pero al fin dejó de gemir y la excavación comenzó a tropezar con peligrosas dificultades. Entonces, los trabajadores cerraron con cantos rodados el orificio que habían excavado y construyeron un túmulo. Dijeron palabras piadosas, de despecho y desilusión, y volvieron a sus cabañas y a sus trabajos de labranza.

Pero al día siguiente, el viejo perro Pal volvía a casa de sus amos. Era una caminante bolsa de huesos, pero todavía podía menear la cola. El modo con que tomó su primer tazón de leche, movía a sentir piedad con sólo verlo.

Todo el mundo estuvo de acuerdo en que el viejo perro Pal había encontrado algún camino para librarse por sí mismo de su encierro.

Pero es evidente que un viejo perro enterrado en una cueva durante varios días, debilitándose cada vez más por falta de agua y alimentos, no encuentra un camino de salvación sin que lo ayuden.

Ni las niñitas agonizantes mejoran, así porque sí, de la noche a la mañana.

Ni los caballos que pagan 64 a 1 ganan el Derby.

Ni los aviones se destrozan entre los picos de Utah sin que ninguno de sus ocupantes resulte herido.

Puede ocurrir un milagro. Es muy raro que sucedan dos. Pero no es posible que ocurran cuatro seguidos y a pocas semanas los unos de los otros.

No, eso no es posible.

A Charley le requirió tiempo encontrar un lazo de unión entre estos hechos; lazo no muy ajustado, pero lo suficiente para justificar una mayor preocupación.

El lazo de unión era éste: Todos los hechos suponían siempre un desarrollo, una sucesión de momentos.

Hubo un lapso de dos días durante los cuales el mundo esperó noticias del accidente aéreo. Mucho antes de la carrera se conocía la participación de Medianoche y sus pocas posibilidades de ganar. La historia de la niñita sentenciada a una muerte segura, fué asunto de público interés durante varias semanas. El viejo perro sabueso había estado en la caverna más de siete días, antes de que los excavadores abandonaran sus intentos y volviesen a sus ocupaciones.

En cada una de estas historias, el resultado no fué conocido hasta cierto tiempo después de que la situación fué de dominio público. Hasta que la etapa final se alcanzaba, existía en juego un infinito número de posibilidades, algunas más probables que otras, pero todas con suficientes indicios de ser la verdadera. Cuando se echa suertes con una moneda, existe siempre la infinitesimal posibilidad (desde el instante en que se la lanza hasta que finalmente cae cara o cruz) de que caiga de canto y permanezca en esa posición. Mientras no se evidencia la caída hacia una u otra faz, la posibilidad se mantiene.

Y eso fué exactamente lo que había sucedido, pensaba Charley: la moneda fué lanzada cuatro veces, y luego de revolotear cuatro veces en el aire, cayó siempre de canto.

Había sin embargo una pequeña discrepancia: el accidente del avión no encajaba en esta teoría.

Cada hecho había comenzado por una voltereta de la moneda, y mientras ella estaba en el aire, y el público informado contenía su respiración, una niñita mejoró de improviso (por una u otra razón), un viejo perro escapó de una cueva (de un modo u otro) y un caballo que pagaba 64 a 1 desplegó cuantas condiciones físicas y temperamentales son necesarias para que un matalote gane el Derby.

Pero del accidente de aviación... no se conocía nada hasta después de ocurrido el hecho. Cuando la noticia del accidente llegó al público, ya la moneda había caído; lo que sucedió en aquella ladera de la montaña ya había pasado, y todas las esperanzas y oraciones ofrecidas por la seguridad de los pasajeros eran, en realidad, retroactivas, por el hecho de la enorme probabilidad de que todos ellos hubiesen perecido.

Permita que la niñita enferma mejore pronto.

Permita que mi matungo gane la próxima semana.

Permita que los pasajeros estén vivos... *desde ayer.*

El caso es que el accidente del avión le preocupaba a Charley más que todo lo demás.

ENTONCES, ante la sorpresa de todo el mundo y sin lógica alguna, se despejó la situación Irania, justo cuando comenzaba a parecer que podría transformarse en otra Corea.

Pocos días más tarde, Gran Bretaña anunció orgullosamente que había sobrevivido a su tormenta económica, que todo marchaba bien en el bloque de la libra esterlina y que no necesitaría préstamos adicionales.

Charley tardó cierto tiempo en unir estas dos noticias con la secuencia de las otras cuatro: avión, enfermita, Derby y perro. Pero al fin advirtió que se relacionaban con éstas, pues recordó un hecho que podría, si bien no unirlas exactamente, al menos vincularse con tan extraordinaria serie de imposibles.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Al terminar su trabajo, se dirigió a la Prensa Asociada y con un muchacho de la oficina se dedicó a revisar en los archivos, las copias carbónicas de los cablegramas. Los cables de clase A estaban en papel blanco; en azul los de clase B, en amarillo los referentes a deportes, y en rosado los de la Bolsa. Sabía que lo que estaba buscando no se encontraba entre los cables de la Bolsa o los deportivos, así que los dejó a un lado y se dedicó a los A y B.

No podía recordar la fecha exacta en que el hecho sucedió, pero sabía que había sido después del Día de los Muertos por la Patria. Comenzó entonces su búsqueda a partir del día siguiente a aquél.

Recordaba claramente el incidente. Jensen, el hombre del hueco, había tomado y leído el cable cuidadosamente, del principio al fin. Había sonreído con cierto escepticismo y luego colocado el cable en el cajón.

Uno de los correctores preguntó: "¿Qué hay de gracioso, Jensen?", a lo que éste contestó sacando nuevamente el cable y extendiéndoselo. Pasó luego por manos de todos los hombres de la mesa, que lo leyeron detenidamente y volvió otra vez al cajón.

Y eso había sido lo último del asunto; pues la noticia era demasiado irracional para que un periodista le concediese segunda lectura. Tenía todas las inequívocas señales de ser falsa.

Durante el primer día, Charley no encontró lo que buscaba, aunque trabajó hasta bien entrada la noche. Pero regresó a la tarde siguiente, y lo encontró.

El hecho había ocurrido en una pequeña ciudad de veraneo, allá por Wisconsin, y se refería a un inválido llamado Cooper Jackson, que había estado postrado en cama desde que tenía dos o tres años de edad. La noticia decía además que el padre de Cooper aseguraba que su hijo podía pronosticar cosas, que podía pensar en algo o imaginar algo durante la tarde y que el próximo día ese hecho sucedía en forma segura: episodios como el de Linc Abrams guiando su auto para estrellarse en la canaleta de Trout Run y salir luego completamente ileso del accidente, pero con el auto completamente destrozado; o el del reverendo Amos Tucker recibiendo una carta de un hermano, del cual no había tenido noticias durante más de veinte años.

Al día siguiente, Charley habló con Jensen.

—Creo que me corresponden unos días libres desde aquella vez que trabajé seis días por semana, el otoño último; y además no tomé la semana de vacaciones del año pasado, cuando tú no encontraste oportunidad para...

—Seguro, Charley —dijo Jensen—. Puedes tomarte todos los días que creas conveniente.

DOS días después, Charley descendía de un tren local en la pequeña ciudad veraniega en Wisconsin. Se dirigió a uno de los varios campamentos, frente a la ciudad y sobre el lago, y allí alquiló una pequeña y miserable cabaña, por la que pagó un precio exorbitante. Y entonces fué cuando se permitió pensar, pero realmente pensar, en la razón que lo había llevado a aquel lugar.

Por la tarde se trasladó a la parte alta de la ciudad y pasó una hora o dos caminando por el centro comercial y las casas de juego. Volvió con la información deseada y con otra que no había pensado oír.

La primera información, la que se había propuesto conseguir, fué que el doctor Erik Ames era el hombre al cual tenía que ver. El doctor Ames, no sólo era médico y alcalde de la ciudad, sino también el reconocido conductor cívico, sabio y padre confesor de toda la comunidad.

La segunda información, que sirvió a la ciudad de tema de comentario durante los dos últimos meses, era que Cooper Jackson, después de estar muchos años en cama como inválido sin esperanzas, se encontraba nuevamente de pie. Debía usar bastón, por supuesto, pero se había recuperado casi totalmente y, todos los días efectuaba una caminata por las orillas del lago.

No le habían dicho a Charley la hora en que Cooper acostumbraba efectuar sus caminatas; de modo que se levantó muy temprano y comenzó a recorrer de arriba abajo la costa del lago. Habló con turistas que ocupaban las otras cabañas y con hombres que se estaban equipando para un día de pesca. Pasó largo rato observando un mirlo con alas amarillas, que tenía su nido en un juncal sobre una lengua de tierra del pantano vecino.

Cooper Jackson llegó a primera hora de la tarde, renqueando apoyado en su bastón, con aire enfermizo. Como de costumbre, paseó a lo largo de la playa; luego se sentó a descansar sobre la seca rama de un árbol que había sido derribado por una tormenta.

Charley se acercó caminando despacio.

—¿Me permite? —preguntó sentándose a su lado.

—Con el mayor gusto —dijo Cooper Jackson—. Encantado de su compañía.

Hablaron mucho. Charley le contó que era un periodista en vacaciones, le habló de lo bueno que era apartarse de las noticias que llegaban por el teletipo y de cómo envidiaba a la gente que podía vivir en aquella región todo el año.

Cuando Cooper escuchó que Charley era un periodista, su atención se agudizó como la de un perro sabueso levantando sus orejas. Comenzó a formular toda clase de preguntas, el tipo de preguntas que todo el mundo hace a un periodista dondequiera que pueda acorralarlo: qué piensa él de la situación; qué puede hacerse al respecto; qué posibilidad hay de evitar la guerra; qué haríamos para prevenirla..., y así hasta que el hombre piensa que de un momento a otro se vuelve loco.

Pero a Charley le parecía que las preguntas de Cooper eran un poquito más incisivas, respaldadas por una información que excedía de la de una persona ordinaria. Parecía que Cooper mostraba mayor insistencia y ansiedad que una persona normal, que siempre formula sus preguntas de una manera impersonal y académica.

Charley le dijo— muy honestamente, que no sabía lo que podría hacerse para evitar una guerra, aunque también le manifestó que el apaciguamiento de la situación irania y el anuncio de la solución de la tormenta monetaria que sufrió Gran Bretaña podrían alejar los peligros de una guerra cercana.

—Pues oiga —dijo Cooper Jackson—; yo también pensaba lo mismo. Es decir, luego de leer las noticias, yo pensé que era bueno que sucediesen esos dos hechos.

EN este punto, quizás, un par de cosas debería ser considerado.

Si Charley Porter hubiese sido un periodista común en lugar de ser un corrector, podría haber mencionado la catástrofe del avión, y la niñita enferma que no murió, y el simpático caso de aquel perro sabueso saliendo de una caverna, y cómo supo de un hombre que se llenó de oro apostando por el caballo Medianoche.

Pero Charley, deliberadamente, no dijo nada de esto.

Si Charley hubiese sido un periodista común, debería haber dicho a Cooper Jackson: "Mire, amigo, estoy de acuerdo con usted... Sé lo que usted está haciendo. Tendría que habérmelo figurado. Pero es mejor que se ciña

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a un punto o dos, así tendré la noticia completa.

Pero Charley no dijo eso. En vez, comentó lo escuchado en la ciudad, la noche anterior, acerca de la maravillosa recuperación de Cooper Jackson y...

—Usted es Cooper Jackson, ¿no?...

—Sí —contestó Cooper.

El era Cooper Jackson, y tal vez su recuperación fué milagrosa. Dijo que no tenía la menor idea de cómo había sucedido el milagro, y que el doctor Ames tampoco lo sabía.

Se despidieron después de conversar una o dos horas. Charley nada dijo acerca de verse otra vez. Pero al día siguiente volvió Cooper, renqueando con su bastón, por la playa, en dirección al árbol caído. Charley lo estaba esperando.

Aquel día fué cuando Cooper le contó a Porter la historia de su caso. El recordaba haber sido inválido desde que tuvo uso de razón, aunque su madre le había dicho que la parálisis no sobrevino sino cuando ya contaba tres años de edad. A él le encantaba escuchar cuentos; y los que sus padres, hermanos y hermanas le contaban y leían para él, fué lo que lo mantuvo vivo durante esos primeros años. De eso estaba seguro, porque entonces él vivía a través de esos cuentos.

Le contó también cómo aquellos imaginarios personajes, como el conejo Pedro, Peter Pan, el Ratón Mickey y todos los demás, seguían actuando en su mente, aun después de haber escuchado sus aventuras. El permanecía en cama, repitiéndose esos cuentos una y otra vez.

—Pero, después de un cierto tiempo —dijo—, esas historietas estaban ya muy gastadas, y entonces yo las mejoré. Inventé nuevos cuentos. Mezclé los personajes. No sé por qué, el Conejo Pedro y Peter Pan eran siempre mis héroes. Intervenían en las más extrañas odiseas y se encontraban con los demás personajes, y juntos corrían aventuras que en la vida real hubiesen sido completamente imposibles. Pero a mí nunca me parecieron irrealizables.

En fin, él llegó a la edad de concurrir al colegio. Su madre comenzó entonces a preocuparse acerca de lo que harían para educar al niño. Pero el doctor Ames, que estaba completamente convencido de que Cooper no viviría lo suficiente para aprovechar la educación recibida, aconsejó que le enseñaran todo lo que a él pudiera interesarle aprender. Pero sucedió que Cooper estaba interesado solamente en la lectura, de modo que le enseñaron a leer. Entonces, ya no necesitó que le leyesen más aventuras e historietas, porque podía leerlas él mismo. Leyó *Tom Sawyer y Huck Finn*, y además los cuentos de Lewis Carroll y un montón de otros libros.

Contó, pues, con nuevos personajes; y así el Conejo Pedro sufrió momentos horribles, reconciliando su mundo con el de Tweedledum y Tweedledee y la Tortuga Mock. Pero al final los ensambló a todos, y las aventuras imaginarias eran cada vez más locas y descabelladas.

—Es sorprendente —terminó Cooper Jackson— que yo no haya muerto de risa. Pero para mí no era broma, sino realmente algo serio.

—¿Qué lee usted ahora, Cooper? —preguntó Charley.

—¡Oh!, los diarios —dijo Cooper— y las revistas de actualidad y cosas por el estilo.

—No es eso lo que deseo saber —explicó Charley—. ¿Qué lee usted en los ratos de ocio? ¿Quién ha tomado el lugar del Conejo Pedro?

Cooper fingió toser, tartamudeó un poco y finalmente confesó:

—Leo historietas de ficción científica. Comencé cuando alguien me regaló una revista, hace seis o siete años...

No; creo que son ocho años.

—Yo también leo esas cosas —dijo Charley, para tranquilizarlo.

Y con esto, sentados en el árbol caído, pasaron el resto de la tarde, hablando de ficción científica.

AQUELLA noche, Charley Porter se encontraba en su cama de la pequeña cabaña a orillas del lago, mirando hacia la oscuridad, reflexionando sobre lo que debía de haber sido para Cooper Jackson permanecer en cama tantos años, y vivir primero con personajes extraídos de libros para niños, y luego de libros para muchachos, y por último de historias de ficción científica.

Cooper le había dicho que nunca sufrió mucho, pero que algunas veces las noches parecían largas y era difícil dormir; y así fué cómo empezó con sus imaginaciones: tenía que imaginar cosas para ocupar su mente.

Al principio era sólo un ejercicio mental; pensaba que tal o cual hecho sucedía en aquel preciso instante y lo vinculaba luego con algún otro que ya estaba sucediendo. Pero después de algún tiempo, comenzó a ver un verdadero conjunto de personajes que actuaban en un tablado imaginario. Eran nebulosos al principio; luego se tornaban grises, como pequeños fantasmas saltarines; al fin adquirían el contraste del blanco y negro. En la época en que empezó a ocuparse de *Tom Sawyer y Robinson Crusoe*, los caracteres y el escenario comenzaron a tomar color y perspectiva. Y de la lectura de *Huck Finn, Robinson Crusoe* y *La Familia Robinson Suiza*, pasó a las historias de ficción científica.

"¡Buen Dios!", musitó Charley Porter. "¡Se entregó a ese tipo de lecturas!"

Pensemos en un inválido que nunca se ha movido de su cama, que nunca ha tenido una verdadera educación, que poco sabe y se preocupa menos del punto de vista humano; désele una imaginación sobreexcitada, y sumérjaselo luego en historias de ficción científica... ¿Cuál será el resultado?

Charley permanecía allí, en la oscuridad, tratando de colocarse en el lugar de Cooper Jackson; procuraba imaginar lo mismo que Cooper habría imaginado, y esbozaba las fabulosas aventuras que éste podría haber concebido.

Supongamos, por fin, que dicho inválido (al igual que Cooper) se enterase súbitamente del mundo que lo rodea; que llegaran hasta él los diarios y las revistas de información, dejándole entrever cómo es el mundo en que vive.

¿Qué sucedería entonces?

"¡Estás loco!", se dijo Charley. Pero permaneció allí por largo rato, clavada la mirada en las sombras, antes de irse a dormir.

COOPER se sentía cómodo a su lado, y juntos pasaban largas horas todos los días. Hablaban de ficción científica, de las noticias actuales y de lo que debía hacerse para afianzar la paz del mundo. Charley le dijo que no sabía lo que debía hacerse; que muchos hombres más inteligentes que él estaban trabajando plenamente en ello, sin haber encontrado todavía una solución.

—Alguien debe hacer algo —dijo Cooper. Y por la manera como lo dijo, dió la impresión de que él haría en cualquier momento lo que debía hacerse.

Por fin, Porter fué a visitar al viejo doctor Ames.

—Ya he sabido de usted —le dijo el doctor—. Cooper me habló días pasados.

—Sí, he conversado mucho con él —dijo Charley—. Pero yo quería preguntarle algo a Cooper, y no se lo he preguntado.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Ya lo sé. Usted quería preguntarle acerca de ese asunto publicado en los diarios locales, hace unos pocos meses.

—Exactamente —convino Charley—. Y quería preguntarle también acerca de cómo pudo levantarse y andar, después de tantos años en cama.

—¿Desea usted conseguir una nota periodística? —preguntó el doctor.

—No —dijo Charley—, no es ésa mi intención.

—Pero usted es periodista...

—Sí, soy periodista. Como periodista vine, en verdad, en busca de una nota; pero ya no me interesa. Ahora estoy... un poco asustado.

—Yo también.

—Si lo que estoy pensando es correcto, sería demasiado increíble para ser una historia real.

—Espero —dijo el doctor— que ambos estemos equivocados.

—Cooper está obstinado —continuó Charley— en conseguir la paz del mundo. Me ha hablado acerca de ello, más de doce veces y en doce formas diferentes. Le he dicho que yo no sabía cómo conseguirla y que no creía que hubiese nadie capaz de saberlo.

—Ese es el problema. Si él persistiese en cosas como el avión perdido en Utah y el perro sabueso de Kentucky, todo estaría bien.

—¿Le explicó él algo acerca de esos casos, doctor?

—No, realmente no me explicó nada; pero comentó lo bueno que sería si todos los ocupantes del avión caído se encontrasen vivos, y se lamentó muchísimo por ese pobre perro atrapado en una caverna... Le gustan mucho los animales.

—Yo creo que practicó solamente con pequeños problemas —sugirió Charley—, para averiguar si le era posible resolverlos. Ahora está preparado para el gran acontecimiento...

En aquel instante, Charley Porter retornó a su habitual y firme sentido común, y agregó:

—Por supuesto, eso es imposible.

—Cooper consiguió cierta ayuda —dijo el doctor—. ¿No le habló a usted, acerca de la ayuda que obtuvo?

Charley movió negativamente la cabeza.

—Claro, él no le conoce bien todavía —continuó el doctor—. Yo soy el único al que conoce lo suficiente como para contarle una cosa como esa.

—¿Que alguien lo ayudó?... ¿Sugiere usted que alguien le sirve de ayuda?

—No, no alguien —dijo el doctor—, sino... algo.

ENTONCES, el doctor contó a Charley lo que Cooper le había dicho.

El asunto comenzó cuatro o cinco años atrás, poco después de que el enfermo empezara a leer historias de ficción científica. En su imaginación había creado una nave fantástica, que lo llevaba a través del espacio. Primero viajó por nuestro propio Sistema Solar: a Marte, Venus y a todos los otros planetas. Luego, cansado de sus viajes menores, creó mentalmente un mecanismo que permitía a su nave espacial desarrollar una velocidad muy superior a la luz, y así él pudo partir hacia las estrellas. Era muy sistemático en todas sus cosas, en rigor de la verdad. Resolvía sus problemas en forma lógica, sin omitir detalles. El aterrizaba en determinado planeta, y hacía un perfecto reconocimiento antes de continuar su viaje hacia el próximo.

En algún lugar, a lo largo de sus travesías se proveyó de varios camaradas, los más de los cuales sólo relativamente humanos, si es que lo eran.

Y paso a paso, aquel mundo espacial, aquel mundo de estrellas, se volvía más claro, más preciso, más real; hasta que casi llegó al punto en que Cooper vivía ya en esa realidad, más que en la cotidiana.

La idea de que alguien más lo acompañaba, de que en algún lugar de sus viajes había encontrado un colaborador de sus fantasías, comenzó primeramente como una suposición, para transformarse luego en casi certeza. Las mismas quimeras adoptaron la norma de no desarrollarse como él las iba imaginando; a medida que las pensaba se modificaban, añadían y cambiaban de distintas maneras. A Cooper no le importaba, puesto que, en general, resultaban así mucho más vivas que como él las había imaginado.

Y finalmente llegó a conocer a sus colaboradores, no ya a uno sólo sino a tres de ellos, cada uno con su personalidad bien definida. Luego de los primeros contrastes previos al mutuo entendimiento, los cuatro comenzaron a llevarse por completo de acuerdo.

—¿Usted cree que él conoce a esos otros... ayudantes? —inquirió Charley.

—Los conoce muy bien —dijo el doctor—; lo cual no significa, naturalmente, que los haya visto o los vaya a ver alguna vez.

—¿Cree usted en todo eso, doctor?

—No sé... No lo sé... Pero conozco a Cooper y sé que se ha levantado, y actualmente puede andar. No hay ciencia médica..., no hay ciencia médica *humana*... que hubiera podido hacerle andar.

—¿Y usted piensa que esos ayudantes, esos colaboradores suyos, pueden haberlo curado?

—No lo sé; pero algo o alguien lo ha curado.

—Una idea me inquieta —dijo Charley—. ¿Está cuerdo Cooper Jackson?

—Probablemente sea el hombre más cuerdo de la Tierra —contestó el doctor.

—Y el más peligroso —añadió Porter.

—Eso es lo que me preocupa. Yo lo vigilo lo mejor que puedo. Lo veo todos los días...

—¿Habló usted de este asunto con alguien más? —interrumpió Charley.

—Con nadie —contestó el doctor.

—Pero..., ¿a quién piensa usted contárselo?

—A nadie. Creo que ni debía haberlo comentado con usted; pero como ya estaba enterado de parte de este problema... ¿Qué piensa usted hacer?

—Me vuelvo a casa —dijo Charley—. Me vuelvo a casa y mantendré mi boca bien cerrada.

—¿Nada más?

—Nada más. Si yo tuviera costumbre de rezar, creo que ahora rezaría.

VOLVIO a su casa, grave y silencioso, hundido en hondas meditaciones. Se preguntaba si, a pesar de estar fuera de sus hábitos, no debería ensayar algunas oraciones. Pero, cuando lo intentó, sonaban extrañas y fuera de lugar, al brotar de sus labios; de modo que le pareció mejor prescindir de ellas.

A veces todo el asunto le seguía pareciendo imposible. Otras, parecíale evidente que Cooper Jackson, con sólo pensar en que algo debía suceder, era capaz de hacer que sucediese. Pero casi siempre, y porque sabía demasiado para pensar de otra manera, Charlie concluía en que todo era verdad.

Cooper Jackson había pasado más de veinte años pensando e imaginando, y sus pensamientos e imaginaciones tomaron forma concreta, no a través del correr natural de los hechos humanos, sino gracias a la fantasía desbordada de muchos hombres. Pero era ajeno a su mente pensar como un ser normal, y en ello estribaba, a un tiempo, la ventaja y el peligro.

El no daba forma a sus ideas por conductos enteramente humanos, pero tampoco estaba obstaculizado por las limitaciones del pensamiento racional:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

era tan libre de permitir que su mente vagara en imprecisas direcciones, como de encauzar todas sus energías sobre determinados propósitos. Su obsesión por la necesidad de lograr una paz duradera era un ejemplo de su actitud no humana; puesto que, si bien el mundo entero había emprendido una diligente campaña en favor de la paz mundial, también la amenaza de la guerra había estado suspendida sobre todos, por tanto tiempo, que el horror que la acompaña dormía aletargado. Pero, para Cooper Jackson, era inconcebible la realidad de que millones de hombres se matasen entre sí.

Y Charley volvía siempre sus pensamientos hacia aquellos ayudantes, aquellas tres veladas figuras, que él imaginaba siempre en contacto con Cooper Jackson. Les asignó tres rostros arbitrarios, pero los rostros no se mantenían de la manera imaginada. Al final se convenció de que a aquellas tres figuras era imposible asignarles un rostro.

Pero el asunto que más le preocupaba todavía, aunque quería no pensar en él, era el del avión caído en Utah.

El avión se había estrellado antes de que Cooper o cualquier otra persona hubiese tenido noticias de que se iba a estrellar. Cualquier cosa que hubiese sucedido a la gente del avión, tenía que haber sido en el preciso instante en que avión y montaña se encontraban, y..., sin el beneficio mágico de los buenos pensamientos de Cooper Jackson. Pero imaginar que sin tal beneficio los pasajeros y tripulantes hubiesen escapado ilesos, no distaba mucho de la locura. De modo que era imposible pensar que el hecho hubiese acontecido de ese modo.

Todo esto significaba que Cooper, no sólo podía cambiar las cosas de la manera deseada, sino que también poe impedir algo que ya había sucedido. Y más allá de esto, hasta podía retornar a la vida a personas muertas, volviendo a reunir sus cuerpos destrozados, para reintegrarlos en su forma viva; lo cual era mucho más impresionante que atribuir retroactividad a sus buenos pensamientos.

TODAS las veces que Charley pensaba sobre el particular, un sudor frío le brotaba por todo el cuerpo, y al pensar en Gran Bretaña e Irán, volvía a ver la cara de Cooper, contraída de preocupación por el estado de cosas en el mundo.

Leía las noticias con más interés que nunca, analizando todos los inesperados vuelcos que podían tener; buscando la clave que podría permitirle interpretar el singular esquema mental aplicable a Cooper Jackson; tratando de pensar de la manera como Cooper podría pensar; pero sintiéndose casi completamente seguro de que ni siquiera se acercaba a su objetivo.

En dos oportunidades alistó sus maletas para ir a Wáshington; pero en ambas volvió a deshacerlas sacando todas sus ropas y tirando las maletas otra vez al fondo del ropero; pues se daba cuenta de la inutilidad de ir a Wáshington o a cualquier otro lugar, para un asunto como aquél.

Debería decir: "Señor Presidente, yo conozco al hombre que puede lograr la paz del mundo...".

Y estaba seguro de que lo expulsarían antes de que terminase la frase.

Llamó al doctor Ames.

El doctor le dijo que todo marchaba perfectamente; que Cooper había comprado un montón de nuevas revistas de ficción científica y las estaba leyendo y catalogando por temas, y que parecía muy feliz con este pasatiempo, y más calmo de lo que estaba en los últimos días.

Cuando Charley colgó, le temblaban las manos y sentía frío por todo el cuerpo, porque estaba seguro de que sabía lo que Cooper estaba haciendo con toda aquella pila de revistas.

Sentóse en un sillón confortable de su habitación y se dió a pensar intensamente, volviendo una y otra vez sobre los puntos que había recopilado en sus lecturas de ficción científica. Aunque había algunos que podían ser útiles, los rechazaba porque no se ajustaban al patrón de sus presentimientos.

Entonces fué cuando se dió cuenta de que su intensa preocupación por Cooper le había impedido prestar atención a las últimas publicaciones. Le sobrecogió un grandísimo temor de que hubiera algo en los números recientes, que pudiera aplicarse con mayor justeza a sus teorías.

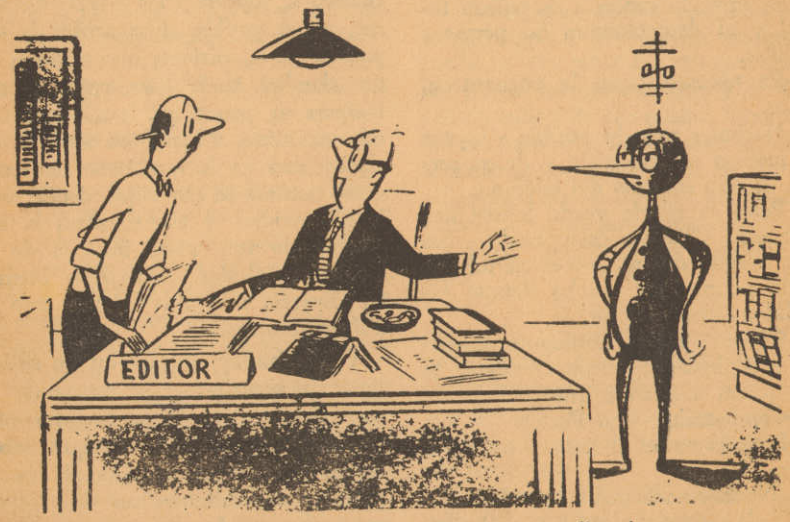
Pensó que debía comprar todas las revistas que pudiera encontrar, y revisarlas urgentemente.

PERO, muy ocupado con diversos asuntos, pasó más de una semana antes de salir a comprarlas. Por aquel entonces, su miedo se había apaciguado un tanto. Cansado, regresó a su casa, apretando bajo el brazo el manojo de revistas. En el camino decidió que, al menos por aquella noche, pondría de lado su problema y se entregaría de lleno a la lectura sólo para entretenerse.

Cuando anochecía, se instaló en un cómodo sillón y colocó las revistas a su lado. Tomó la primera de arriba del montón y advirtió con agrado que la historia principal estaba escrita por uno de sus autores predilectos. Trataba sobre el truculento encuentro entre un terrestre, que defendía un importante puesto de avanzada, y unos peligrosos y extraños invasores.

Hojeó la siguiente. Se refería a una nave estelar que entró en una falla de los campos gravitatorios y fué arrojada a otro universo.

En la tercera, la Tierra aparecía maltratada por una terrible guerra, y el héroe resolvía el conflicto mediante la imposición de ciertas fuerzas que anulaban los flúidos eléctricos, hacien-



—De ahora en adelante, éste será nuestro asesor literario.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

do imposible la electricidad en todo el universo. Sin electricidad no podían volar los aviones, ni moverse los tanques, ni afinarse la puntería de las armas; por lo tanto, la guerra era imposible.

Charley se hundió en el sillón, como si hubiera recibido un golpe inesperado. La revista cayó de entre sus dedos, y él clavó la mirada en la pared de enfrente, con ojos aterrorizados, pensando que también Cooper Jackson podía haber leído aquella historia.

Un instante después, Charley Porter se levantó y telefoneó al doctor Ames.

—Estoy preocupado, Charley —dijo Ames—. Cooper ha desaparecido.

—¡Ha desaparecido!...

—Hemos procurado no divulgarlo, para no promover ningún alboroto. La modalidad de Cooper, su historia... Podría provocar demasiadas indagaciones.

—¿Están buscándolo? —inquirió Charley.

—Sí —dijo el doctor—. Estamos buscándolo con tanta cautela como podemos. Hemos explorado todos los contornos; enviado cables a la policía federal y al departamento de personas perdidas.

—Es necesario que lo encuentren, doctor.

—Hacemos todo lo posible —la voz del médico sonaba triste y desconcertada, al otro extremo del teléfono.

—Pero, ¿a dónde puede haber ido? —preguntó Charley, desesperado—. No tiene ningún dinero, ¿no es cierto? No puede permanecer mucho tiempo escondido, careciendo de...

—Cooper puede conseguir dinero con sólo desearlo; puede conseguir lo que quiera y cuando quiera.

—Comprendo —dijo Porter.

—Lo mantendré al tanto —prometió Ames.

—¿No hay nada que yo pueda...?

—Nada —suspiró el médico—, absolutamente nada que se pueda humanamente hacer. Sólo nos queda esperar. Adiós.

ESTO sucedió hace varios meses. Charley continúa esperando. Cooper sigue perdido, y no se han hallado ni rastros.

Charlie Porter espera y se preocupa.

Su mayor preocupación es que a Cooper le haya faltado una educación formal; que haya carecido de una cultura básica común. A Porter sólo lo alienta una esperanza: que cuando Cooper se decida a actuar, si es que se decide, ejerza su acción con retroactividad y retroceda el tiempo, no para anular la electricidad en sí, sino para suprimir el descubrimiento humano de la electricidad. Con todo lo terrible y catastrófico que esto sería, siempre resultaría menos espantoso que lo otro.

Pero Charley tiene miedo de que Cooper no advierta la necesidad de la acción retroactiva y limitada. Tiene miedo de que no comprenda que, cuando se suprimen las fuerzas eléctricas, no es posible circunscribir la supresión de la corriente que a través de un alambre corre para prender una lámpara o poner en funcionamiento una máquina. Cuando se suprime la electricidad en lo que tiene de fenómeno natural, se está suprimiendo toda la electricidad, y eso significa la supresión de una parte integral de la estuctura atómica. Semejante intento no afectaría sólo a la Tierra, sino al universo entero.

Y así Charley, sentado en un sillón, sigue preocupándose y esperando el parpadeo trágico de la lámpara que alumbra sus vigilias. Aunque sabe, desde luego, que, cuando al fin se cumplan sus temores, no verá ni siquiera el parpadeo de su lámpara. ✦

Que estaba perdido, cualquiera podía verlo; pero él no sabía ni hasta dónde ni por qué lo estaba...

PERDIDO EN EL TIEMPO

por WILLIAM MORRISON

ilustrado por Ashman

LA mitad del gran disco de Júpiter y la mayoría de sus otros satélites habían ya desaparecido tras el horizonte cuando el hombre que iba a cambiar la vida de ella, bajó del avión. A juicio de Carol Marsh, era de apariencia bastante mediocre y, por lo común, no solían atraerla los individuos vulgares; su estatura sobrepasaba escasamente la del término medio, sus rasgos, en cambio, no eran del todo regulares y su tez, más que tostada por el sol, parecía llagada y ulcerada, con lo que Carol dedujo que seguramente había malvalorado la fuerza solar en algún planeta de escasa atmósfera.

Era alarmante comprobar que ese recién llegado, cuya apariencia le disgustaba sobre todo concepto, estaba logrando que ella, Carol Marsh, se enamorase de él irremediablemente, con tanto vértigo y tan sin remedio como si se estuviera cayendo por una escalera.

—Busco a unas personas—, dijo. —Pero supongo... Su voz era totalmente vacilante, otra razón de peso que ella debió haber utilizado en contra de él. Y aún en contra de ella misma. Siempre la habían molestado los hombres cuya voz traicionaba su propia falta de firmeza. —Supongo que es inútil—, continuó diciendo. —Ya hubiera reconocido la casa.

—Pero, ¿a quiénes está usted buscando?

Sacó una billetera y de ella sacó una fotografía. Dos criaturas, un niño y una niña, junto a una mujer, joven y sonriente, estaban parados ante una pesada y anticuada casa de material plástico. Vestían ropas pasadas de moda en una o dos temporadas.

Los ojos del hombre estaban ahora sobre ella y Carol contestó a su muda

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pregunta. —Lo siento, jamás los he visto.

—¿Hace mucho que vive usted por acá?

—Cinco años.

—Entonces debo haberme equivocado de lugar. El quedó allí, de pie e irresoluto, y luego inició lentamente un giro para alejarse sin esbozar siquiera una palabra de gradecimiento para ella.

—Puede ser que mi padre haya oído hablar de ellos, arguyó Carol mientras se repetía que era una tonta de remate.

Se dijo acongojada que nada había aprendido de la experiencia pasada.

La casa en la que vivían ella y su padre era simplemente un edificio en forma de cúpula, con paredes y moblaje hechos de un silicón plástico cuya materia prima provenía del mismo suelo en que se asentaba. Había cortinas y alfombrillas hechas de un material ligeramente diferente, tejidos según las indicaciones del Asistente Casero para todo servicio que su padre había comprado antes de que abandonaran la Tierra. Vivían con bastantes comodidades, pensó Carol mientras conducía puertas adentro al recién llegado.

Pero él apenas si se fijó en la casa ni en nada de lo que contenía. Cuando llegaron a la biblioteca y su padre levantó la mirada del libro que estaba leyendo, recién entonces manifestó algún interés. El libro era uno de los favoritos y Carol pensó que su padre estaría descontento al ser interrumpido en su lectura.

No obstante, apartó la lámpara y dijo: —¿Sí, Carol?

—Este hombre anda en busca de algunos... amigos suyos, papá. Pensé que acaso tú podrías ayudarlo.

Carol le tendió la fotografía y se sintió muy aliviada cuando su padre clavó los ojos en la cartulina y no en ella.

El padre sacudió negativamente la cabeza. —Lo siento, jamás los he visto. ¿Usted está seguro de que viven por acá?

—No—, dijo el hombre, —no estoy seguro. No estoy seguro de nada, excepto de que estos son mis hijos y mi mujer. Tengo que encontrarlos.

—¿Ha investigado en la central de Policía?

—Lo hice al principio, pero no pudieron ayudarme; me contestaron que sus ficheros no estaban completos todavía.

—Están casi al día según mi parecer. Puede que no hayan registrado a todos los vagabundos que giran por las cercanías sin establecerse en ningún lado, pero no llegarán, supongo, al extremo de olvidar a una mujer y dos criaturas. Me temo que usted esté malgastando su tiempo buscándolas aquí, en Ganimedes.

El rostro del hombre se oscureció.

—No es una pérdida de tiempo —arguyó. —Mis horas no tienen otro destino. Y debo encontrarlos. Me necesitan.

Mrs. Marsh cambió el destino de su mirada y la pasó de su interlocutor a Carol, y Carol no fué lo suficientemente rápida en evitar sus ojos. —Ya veo—, dijo él y Carol hizo un cálculo inmediato sobre lo que había querido decir con eso. Solía ver demasiado.

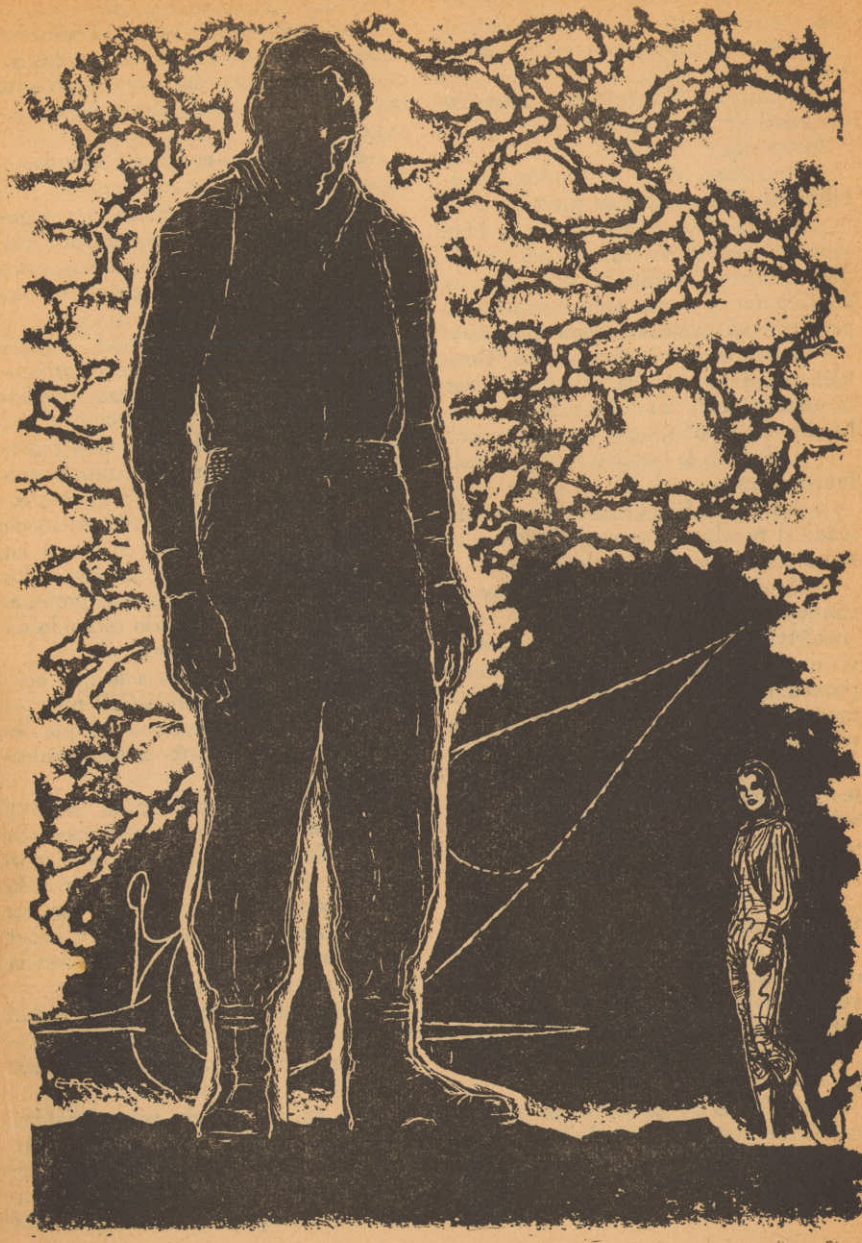
Bueno, si ya lo sabía, poco podía hacer ella para disimularlo. Entonces dijo:

—Quizás, míster... —Carol hizo una pausa y el hombre completó—, ...Callendar.

—Quizás si míster Callendar se quedara a cenar con nosotros y habláramos con más detalles de sus cosas, estaríamos más capacitados para ayudarle.

—No es mala idea, Carol. Así sabríamos un poquito más.

Carol eligió un menú y de inmediato presionó el botón necesario que empezaría a prepararlo.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Su padre dijo como al pasar:

—Usted es extranjero en Ganimedes, ¿no es cierto, míster Callendar?

—No estoy muy seguro —contestó el hombre.

Las cejas de Marsh se levantaron en un gesto de interrogación.

Carol dijo:

—Pero usted viene de uno de los satélites de Júpiter, ¿no es cierto?

—No puedo acordarme de cuál. Hay muchas cosas sobre las que mi memoria permanece borrosa. Ni siquiera puedo recordar el nombre de la compañía para la cual trabajaba como ingeniero.

—Bueno, eso no es tan extraño. También a mí me resulta difícil recordar la escuela de la Tierra en la que trabajaba; P. S. 654, ¿era ésa, no, papá?

—P. S. 634, le corrigió míster Marsh brevemente.

—¿Lo ve? —dijo Carol—. ¿Recuerda usted el nombre de su mujer? ¿Y los de sus chicos?

—No podría olvidarme de *ellos* —contestó.

—Mi mujer se llamaba Mona —clavó unos instantes en la pared su inexpresiva mirada—. Todavía recuerdo el modo en que me miró cuando la dejé para cumplir el contrato. Paul tenía... a ver... debe tener ahora unos nueve o diez años. Y Wilma andará por los seis o siete. Me acuerdo lo asustada que estaba esa vez que se encontró con un pequeño e inofensivo fitopodio.

—¿Fitopodio? —dijo Carol—. No los tenemos por acá. ¿A qué se parecen?

—Son pequeños y peludos, y tienen dos pies que parecen raíces. Cuando se yerguen fijos en algún lugar se los confunde fácilmente con plantas...

—Entonces usted se *acuerda* de algo —dijo Carol.

—Sí, de las pequeñas cosas que no me sirven para saber dónde buscar. Me acuerdo de la vez que fuimos a un picnic —no recuerdo cuántos satélites había en el cielo— y el suelo comenzó a sacudirse; no sufrimos ningún daño pero Wilma estaba aterrorizada.

—No hay terremotos en Ganimedes —dijo Marsh—. Si su memoria del incidente es exacta, entonces usted está buscando a los suyos donde no corresponde.

—Eso supongo —contestó Callendar—. Pero, ¿dónde es que corresponde?

—Quizás si usted enumerara algunos otros incidente podríamos deducirlo. Precisamente, esas pequeñas cosas que uno no olvida son las que pueden ser de más ayuda.

Qué tonterías, pensó Carol, aunque se cuidó bien de retener para sí su pensamiento. Las pequeñas cosas pueden ser las más dañinas. Mantienen el dolor y el recuerdo del dolor, vivo y sangrante. Ella, por ejemplo, recordaba con demasiada exactitud varias pequeñas cosas sobre John... el descuidado modo en que llevaba sus ropas, la forma en que peinaba sus cabellos, los cigarrillos que fumaba, las comidas que prefería. Y, más que nada, el modo estúpido en que se había enamorado de él.

Completamente ajeno a lo que ocupaba la mente de Carol, Callender —con algo más de entusiasmo del que demostrara anteriormente estaba contestando ahora:

—Creo que tiene razón, míster Marsh. Me he aferrado con exceso a mis problemas. Puede que por el momento no esté en sus manos hacer nada por mí, pero tampoco me hará ningún daño conversar con usted. Debí haber abierto mi espíritu a la confidencia cuando me encontraron.

—¿Dónde lo encontraron? —preguntó Marsh—. ¿Y qué quiso decir usted antes, cuando afirmó que no está seguro de nada?

—Me recogieron de un salvavidas, mientras andaba a la deriva en algún lugar entre Marte y Júpiter. El motor estaba apagado pero el acumulador trabajaba, y el equipo purificador de aire estaba funcionando. Aparentemente yo me encontraba en un estado vegetativo, invernando. Debo haber permanecido seis meses o un año en esas condiciones.

—¿Y no recuerda...? —dijo Carol.

—Hay enormidad de cosas que no recuerdo, pero —como ya les he dicho— mi memoria no es un vacío completo. Mi esposa, yo y los niños, nos habíamos asentado en una nueva colonia... cuál, precisamente, es una de las cosas que he olvidado. Creo que, por lo visto, no era Ganimedes. Quizás fuera alguna otra de las lunas de Júpiter.

—De cualquier forma, me parece recordar que tenía algún problema de salud y que fuí internado en un hospital interplanetario para ser sometido a tratamiento... el tratamiento L, me dijeron. Allí me obligaron a dormirme. Lo que pasó después apenas si alcanzo a adivinarlo. La nave debe haber sufrido algún accidente; y a mí me deben haber trasbordado al bote salvavidas.

—¿Solo? —preguntó Marsh.

—No. Junto conmigo había otros dos pacientes. A ellos los encontraron muertos. Yo era el único sobreviviente. Los cuerpos de los integrantes de la tripulación que habían efectuado nuestro trasbordo no pudieron ser encontrados. Tal vez retornaron a la nave en busca de más pacientes y luego no les fué posible volver a salir.

—¿Quién encontró el salvavidas?

—La tripulación de un carguero que lo descubrió flotando a la deriva por una calle espacial. Me llevaron a bordo y me revivieron. Pero estaban apurados y no se tomaron mucho tiempo para investigar el suceso.

Míster Marsh permanecía pensativo y silencioso.

Carol intervino. —¿No había a bordo ningún diario de navegación?

—Nadie pensó en eso, por lo menos no en el principio. En un primer momento, cuando recobré mi estado consciente, mi mente estaba casi por completo en blanco. Luego comencé a recordar cosas, pero nunca todo lo necesario. No podía recordar dónde estaba mi colonia; pero luego que recuperé mis fuerzas lo suficiente como para investigar, comencé la búsqueda de mi mujer y mis hijos. Y no he podido hallar el menor trazo de ellos, a pesar de que he estado en muchos mundos.

Después de un rato, Carol fué sorprendida por una frase de su padre: —¿Por qué no se queda con nosotros durante la noche, Mr. Callendar? Tenemos un cuarto de más y mañana estaré en condiciones de ofrecerle un poquito de ayuda con otros informes.

Los ojos del hombre se reavivaron. ¿Habla usted con seriedad? ¿Cree que a través de lo que yo le he dicho le será posible adivinar de dónde provengo?

—He dicho *podría;* no deje crecer demasiado sus esperanzas.

Su expresión decayó nuevamente. —Gracias por advertírmelo, dijo con voz inexpresiva.

Algo más tarde, una vez que Callendar se hubo retirado a su habitación, Carol dijo; —Papá, ¿de veras crees que puedes ayudarlo?

—Eso depende de qué crees tú que es ayudarlo. ¿Por qué estás tan interesada en él? ¿Acaso te estás enamorando, Carol?

—Creo que sí.

—Dadas las circunstancias, eso me parece completamente idiota. ¿Podría darme alguna razón de *por qué* te has enamorado de él?

—Bueno, ¡parece tan *perdido!* Supongo que será instinto maternal...

—Pocas veces he encontrado un caso tan genuino de esa gran pasión—, respondió secamente. —Es casi tan genuino como tu anterior experiencia.

Carol enrojeció. —¡Pero él no es como John!

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Afortunadamente tienes razón. Burr era en esencia un muchacho egoísta. No puedo imaginármelo malgastando *su* vida en busca de la esposa y los hijos que ha perdido. En el futuro, Carol, si estás como parece destinada a enamorarte perdidamente, será mejor que lo hagas así, de repente. Por lo visto, eliges mucho mejor de esa manera.

—Sí, así parece —dijo ella—. Excepto por el hecho de que su mujer y sus hijos pueden interferir. Pero no te preocupes, papá. Esta vez no voy a abandonar mi trabajo, ni me voy a trasladar a millones de kilómetros de distancia para tratar de olvidar.

—No habrá necesidad de tanto, por otra parte —el rostro de Marsh se contrajo en una expresión preocupada—. Tendrás que enfrentar aquí mismo tu problema.

—Pero tú no has contestado a *mi* pregunta —replicó Carol—. ¿De veras crees que podrás ayudarlo?

—Eso no es fácil de contestar. Debemos prepararlo para soportar una fuerte impresión. Un shock de primera magnitud. Por eso es que quería primero asegurarme de que te habías enamorado de él. Eso puede ayudarlo a sobreponerse a los hechos.

—¿Qué hechos?

Marsh vaciló.

—¿Has oído hablar alguna vez de ese tratamiento que él mencionó?

Carol negó con la cabeza.

—Ya lo supuse —dijo Marsh con voz que se había tornado inesperadamente compasiva.

—Carol —agregó—, vas a tener entre tus manos a un hombre muy enfermo. No será fácil ni para ti ni para mí; y en cuanto a él, va a resultarle simplemente horrible. Pero hay que emprender este horror. Es necesario que lo sepa.

—En nombre del cielo, ¿de qué hablas?

—La L del tratamiento L —explicó lentamente—, significa LONGEVIDAD. Ese es el tratamiento a que lo han sometido. Ya has visto con tus propios ojos por qué razones se lo consideró peligroso y fué suprimido. Si nunca has oído hablar de él es porque fué descubierto y luego abandonado hace unos doscientos años. Callendar no estuvo a la deriva un año o dos como él cree... ¡Estuvo dos siglos!

—¡No! ¡Oh, no!

—Por eso es que las ropas que aparecen en la fotografía te parecieron singulares. Han estado de moda una docena de veces, con ligeras modificaciones cada vez. Y, sobre todo, es por eso que él no ha podido encontrar ni a su mujer ni a sus hijos en ninguno de los satélites de Júpiter: las lunas fueron colonizadas apenas hace noventa años.

—Pero él dijo que...

—Jamás volvió a ver a sus hijos ni a su esposa. Ellos habrán seguido el curso natural de la vida; habrán muerto y se habrán perdido en el pasado. De haber cumplido su propio destino, él también habría muerto junto con ellos dentro del tiempo que le pertenecía y entonces no se habría incorporado al nuestro.

—¡No! —dijo Carol—, ...porque sino jamás lo habría conocido.

Estaba pálida y temblorosa; su padre la atrajo hacia él hasta que su cabeza descansó en el hombro paterno.

Míster Marsh dijo: —Quizá tengas razón, quizás sea mejor así; no sé. De todos modos hay que decírselo. Y en tu propio beneficio, creo que es mejor que se lo diga yo.

Carol guardó silencio y ambos, padre e hija, quedaron meditando en el hombre que ahora dormía sin saber que su antigua existencia había concluído y que, en la mañana próxima, una nueva vida iba, dolorosamente, a empezar para él. ✦

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

por ROBERT SHECKLEY

EL POLIZON

Era un modo distinto de mirar las cosas.... En la Tierra lo llamaban una alucinación.

ilustrado por ASHMAN

FUI al aeropuerto de Marte, unas cuantas horas antes de que llegara la nave de la Tierra. A bordo de ella venían unos taladros de puntas de diamante, que yo había solicitado hacía más de un año, y quería llevármelos antes de que alguien se me adelantara. Eso no quiere decir que hubiera nadie capaz de *robarlos;* en Marte somos todos caballeros y científicos. Pero las cosas son muy difíciles de conseguir y el "hurto por prioridad" es el medio que emplean los caballeros científicos para obtener lo que necesitan.

Fuí hacia la nave de la Tierra, no porque me interesen ni un bledo las naves del espacio, sino simplemente por ver algo no común.

Y entonces vi al polizón.

Estaba junto a la nave del espacio, mirando con sus enormes ojos la roja arena, las abrasadas plataformas de aterrizaje, los cinco edificios del aeropuerto de Marte. La expresión de su cara decía: "¡Oh, Marte..., Marte!".

Gruñí para mis adentros. Aquel día yo había tenido más trabajo del que podía hacer en un mes. Pero el polizón era un problema para mí. El director Burke, en un momento caprichoso, me había dicho:

—Tully, usted sabe tratar a la gente;

la entiende. Le toman simpatía con facilidad. Por lo tanto, voy a nombrarlo jefe de seguridad de Marte.

Esto significaba que yo tenía que ocuparme de los polizones.

AQUEL polizón tendría unos veinte años. Era muy alto, casi de dos metros, pero muy seco de carnes. Su nariz empezaba a enrojecer en el saludable clima de Marte. Tenía grandes las manos y los pies. Era de aspecto torpe. Boqueaba como un pez fuera del agua, en nuestra sana atmósfera marciana. Naturalmente, no llevaba respirador. Los polizones nunca los tienen.

Me acerqué a él y le dije:

—¡Qué!, ¿le gusta esto?

—¡Oh, ya lo creo que sí! —exclamó.

—Es emocionante, ¿no?... —le pregunté—, ¡verse por primera vez con los pies en un auténtico planeta extraño!

—¡Vaya si lo es! —suspiró el polizón. Su cara iba tomando un tinte violáceo por falta de oxígeno. toda la cara, excepto la punta de la nariz. Decidí que debía dejarlo sufrir un poco más.

—Conque, se escondió usted en ese carguero —le dije—, y vino como polizón al maravilloso, encantador y exótico Marte, ¿no es así?

—Bueno, creo que no se me puede llamar polizón —me contestó, luchando por recobrar el aliento—. Yo..., yo vine...

—Sobornando al capitán — terminé por él.

Ya entonces comenzaban a vacilarle las piernas, largas y delgadas. Saqué mi respirador de reserva y se lo apliqué sobre la nariz.

—Venga, polizón —le dije—. Voy a procurarle algo de comer. Luego, usted y yo vamos a hablar seriamente.

Lo llevé del brazo hasta el comedor del aeropuerto, porque iba tan absorbido mirándolo todo, que podía haberse caído sobre cualquier cosa y romperla. En el comedor, acondicioné la atmósfera, y le calenté un plato de alubias con cerdo.

Lo devoró en un momento; se repantigó luego en la silla, y me sonrió con una boca que le llegaba de oreja a oreja.

—Me llamo Johnny Franklin —dijo—. ¡Marte! Me parece mentira encontrarme aquí.

Esta frase es la que dicen todos los polizones, es decir, los que sobreviven al viaje. Todos los años hay unos diez intentos, pero sólo uno o dos de los polizones consiguen llegar con vida. ¡Son tan idiotas, la mayoría de ellos! A pesar de todas las revisiones de seguridad, siempre hay alguno que consigue meterse en un carguero.

La nave despega a la velocidad infernal de unas veinte gravedades; por lo tanto, el polizón que carece de protección especial, queda horriblemente aplastado. Si se libra de esta muerte, la radiación lo ataca, o se asfixia en la bodega sin aire, antes de que pueda llegar al compartimiento del piloto.

Aquí tenemos un cementerio especial, solamente para los polizones.

Pero algunos pocos de éstos logran sobrevivir al viaje, y llegan a Marte llenos de grandes esperanzas y con los ojos relumbrantes como estrellas.

Yo soy el encargado de desilusionarlos.

—¿SE puede saber por qué ha venido usted a Marte? —pregunté a Franklin.

—Se lo diré —me contestó—. En la Tierra, uno tiene que hacer lo que hacen todos los demás, portarse como todos los demás..., porque, si no, lo encierran a uno.

—Por consiguiente, usted pensó que tenía necesidad de nuevos horizontes —le dije.

—Sí, señor —dijo Franklin—. Espero que no le pareceré ridículo y anticuado; pero me gustaría ser colonizador.

No me importa que la tarea sea dura. ¡Yo trabajaré! ¡Usted lo verá! Solamente le pido que me deje quedarme. Trabajaré tanto...

—¿Haciendo qué? —le pregunté.

—¡Eh!... —me miró un momento, sobresaltado—. Haré cualquier cosa.

—Pero, ¿qué sabe hacer? Podríamos emplear a un buen químico inorgánico, desde luego. ¿Por casualidad es químico?

—No, señor —dijo el polizón.

—Conque, su campo no es la química, ¿eh?... —proseguí—. Tal vez habría algo para un geólogo de primera categoría, o posiblemente para un estadístico...

—Lo siento, pero...

—Dígame, Franklin: ¿acaso se ha doctorado en filosofía?

—No, señor.

—¿Tiene algún otro doctorado, alguna licenciatura? ¿Tiene al menos el bachillerato?

—No, señor —me contestó apenado—. Ni siquiera terminé mis estudios en la escuela superior.

—Entonces, ¿qué cree que puede hacer aquí? —le pregunté.

—Bueno, señor... —contestó Franklin—. Leí en los diarios que el Proyecto abarca todo Marte. Pensé que tal vez podría yo ser mensajero o algo así. También puedo trabajar como carpintero, colocar cañerías y... Seguramente hay algo que yo puedo hacer.

—Franklin —le dije—, ¿sabe usted que el Proyecto de Marte no se mantiene por sí solo y que tal vez nunca se mantendrá? ¿Sabe que, según las cuentas del Proyecto, nos cuesta unos cincuenta mil dólares anuales mantener aquí a cada hombre? ¿Se cree usted digno de ganar un sueldo de cincuenta mil dólares anuales?

—No comeré mucho —prometió Franklin—. Y una vez que me acostumbre al trabajo de aquí, yo haré...

—¿Y no se ha enterado también —le interrumpí— de que en todo Marte no hay un solo hombre que no tenga, por lo menos, el título de doctor?

—No lo sabía —murmuró Franklin.

LOS polizones nunca lo saben. Yo tengo que decírselo. Por eso le dije a Franklin que los científicos mismos se encargan de los trabajos de carpintería y albañilería, son los mensajeros, cocinan, limpian y reparan lo necesario, todo ello en sus ratos de ocio. No lo harán bien, quizá, pero lo hacen.

Pensé que Franklin iba a echarse a llorar, pero logró contenerse.

—Venga —le dije levantándome—. Voy a buscarle una cama. Mañana dispondremos lo necesario para mandarlo de vuelta a la Tierra. No se apene tanto. Por lo menos, ha visto Marte.

—Sí, señor —el polizón se levantó con abatimiento—. Pero no pienso volver a la Tierra.

No discutí con él. Muchos de los polizones hablan de ese modo. ¿Cómo iba yo a saber lo que estaba pensando aquél?

A la mañana siguiente fuí a despertar a Franklin. No estaba en su cama. Inmediatamente me pasó por la cabeza la posibilidad de un sabotaje. ¿Quién sabe lo que puede hacer un polizón defraudado? Quizá sacar unos cilindros de una pila, o hacer estallar un tanque de combustible... Recorrí el campamento, buscándolo como un loco, por todas partes, hasta que por fin lo encontré en un laboratorio a medio construir.

La construcción del laboratorio era, naturalmente, un trabajo del que nos encargábamos en nuestros ratos libres. Cuando alguien tenía media hora de sobra, ponía unos pocos ladrillos, aserraba la tapa de una mesa o atornillaba los goznes de una puerta. Nadie podía disponer del suficiente tiempo libre para que aquel trabajo progresara.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Franklin, en unas cuantas horas, había logrado más que la mayoría de nosotros en unos cuantos meses. No cabía duda de que era un buen carpintero, y trabajaba como si lo persiguieran todas las furias del infierno.

—¡Franklin! —grité.

—Sí, señor —vino precipitadamente a mi encuentro—. Quería hacer algo para pagar mi mantenimiento, señor Tully. Deme unas cuantas horas más, y le habré puesto todo el techo. Si nadie usa esas cañerías que están allí, mañana terminaré tal vez la instalación del agua.

Franklin era un hombre útil, sin duda. Era el hombre que necesitábamos en Marte. De acuerdo con las leyes de la decencia y la justicia humanas, yo debería haberle dado una palmadita en el hombro, diciéndole: "La cultura y los libros no lo son todo. Puede quedarse. Lo necesitamos".

REALMENTE quería decírselo, pero no podía. En Marte no hay historias de éxitos imprevistos. Ningún polizón triunfa aquí. Los científicos podemos trabajar como carpinteros y plomeros, aunque los resultados no sean muy buenos; pero no podemos permitirnos el lujo de pagar a obreros.

—Por favor, ¿quiere facilitarme un poco las cosas, Franklin? Soy de corazón blando. Usted me ha convencido. Pero no me queda más remedio que poner en práctica el reglamento. Tiene usted que volver a la Tierra.

—No puedo volver —me dijo Franklin, en voz baja.

—¿Eh?...

—Si vuelvo, me encerrarán —aclaró.

—Bueno, cuéntemelo todo —suspiré—. Pero, por favor, sea breve.

—Sí, señor. Como le expliqué antes —me dijo Franklin—, en la Tierra hay que hacer como todos los demás, y pensar como todos los demás. Bueno, durante algún tiempo eso me pareció bien. Pero después descubrí *la verdad*.

—¿Qué dice usted?

—Que descubrí *la verdad* —me dijo orgullosamente Franklin—. La descubrí por accidente. En realidad era muy sencilla; tan sencilla que se la enseñé a mi hermana, y si ella pudo aprenderla, también puede cualquiera. Por eso quise enseñársela a todos...

—Siga —le insté.

—Pues bien; el caso es que todos se enojaron. Me dijeron que estaba loco. Yo debería haberme callado; pero no podía callarme, señor Tully, porque se trataba de la verdad. Por consiguiente, cuando quisieron encerrarme, me vine a Marte.

"¡Oh, magnífico!", pensé. Franklin era exactamente lo que necesitábamos en Marte. Un religioso fanático, como los de las antiguas épocas, dispuesto a predicarnos su doctrina, a nosotros, los escépticos científicos. Y era precisamente lo que el médico me había recetado. De modo que, después de enviarlo a la Tierra (a la cárcel), yo experimentaría un sentimiento de culpabilidad durante el resto de mi vida.

—Y eso no es todo —dijo Franklin.

—¿Quiere decir que no ha terminado aún su patética historia?

—No, no ha terminado, señor.

—Siga, pues —dije suspirando.

—Persiguen a mi hermana también —dijo Franklin—; porque, como es lógico, cuando ella vió la verdad, sintió tantos deseos de enseñarla como yo, ¿comprende usted? Y ahora tiene que ocultarse hasta..., hasta... —se sonó la nariz y tragó saliva, muy compungido—. Pensé que si yo podía demostrar mi utilidad aquí en Marte, entonces mi hermana podría reunirse conmigo y...

—¡Basta! —dije.

—Sí, señor.

—No quiero oír hablar más de eso —le dije—. Le he escuchado ya demasiado.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¿No quiere que le revele la verdad? —me preguntó ansiosamente Franklin—. Podría explicarle...

—Ni una palabra más! —rugí.

—Bien, señor.

—Franklin, no puedo hacer nada, absolutamente nada por usted. No tiene los títulos necesarios. Y yo no tengo la autoridad suficiente para permitirle que se quede. Pero haré lo único que puedo hacer: le hablaré al director.

—¡Oh, muchísimas gracias, señor Tully! ¿Quiere explicarle que todavía no me he recuperado de los efectos del viaje? Una vez que recobre del todo las fuerzas, le mostraré...

—Sí, sí —le dije—, y me fuí apresuradamente.

EL director me miró como si yo hubiera olvidado el reglamento.

—Pero, Tully —protestó—, usted conoce nuestras normas...

—Sí —le dije—. Pero, realmente, este hombre nos podría ser útil. Y no me gusta nada devolverlo de nuevo, para que caiga en manos de la policía.

—Cuesta cincuenta mil dólares mantener a un hombre un año en Marte —me dijo el director—. ¿Usted cree que merece un sueldo tan...?

—No; ya lo sé —le dije—. Pero es un caso tan patético, y está tan deseoso de ayudar... Además, creo que podríamos emplearlo en...

—Todos los polizones son patéticos —afirmó el director.

—Sí, claro... Son seres humanos inferiores, que no se parecen a nosotros los científicos, ¿verdad? Así que... tendrá que volverse.

—Tully —dijo serenamente el director—, veo que de este asunto va a surgir en usted un resentimiento hacia mí. Por lo tanto, voy a dejar que usted mismo decida el caso. Usted sabe que hay cerca de diez mil solicitudes al año, para una plaza en el Proyecto de Marte. Desechamos a diario solicitudes de hombres mejores que nosotros. Los muchachos estudian durante años enteros en las universidades, para ocupar un lugar aquí, y luego se enteran de que el puesto está ocupado ya. Considerando todo esto, ¿cree usted honestamente que Franklin debe quedarse?

—Yo... yo... Bueno, si lo plantea usted así, claro que no —dije, enojado todavía.

—¿Puedo plantearlo de otro modo? —me preguntó el director.

—Está bien —dije—. Dispondré lo necesario para que el polizón vuelva a la Tierra.

FRANKLIN estaba trabajando en el tejado del laboratorio, cuando regresé. Con sólo mirarme a la cara, comprendió cuál era la respuesta.

Subí a mi jeep y me fuí al aeropuerto de Marte. Tenía que decirle unas cuantas palabras ásperas al capitán del carguero que había traído a Franklin. Aquellas infracciones ocurrían con demasiada frecuencia. El infractor tendría que llevar a Franklin, de vuelta a la Tierra.

El carguero estaba en la plataforma de lanzamiento, con la cabeza apuntando al cielo. Clarkson, nuestro ingeniero atómico, lo estaba preparando.

—¿Dónde está el capitán de ese cacharro? —le pregunté.

—No tiene capitán —contestó Clarkson—. Es un modelo dirigido por radio.

Sentí que se me apretaba el estómago.

—¿No tiene capitán?

—No.

—¿Ni tripulación?

—En estos aparatos no viene nadie —dijo Clarkson—. Usted lo sabe muy bien, Tully.

—En ese caso —dije con animación—, no habrá oxígeno a bordo.

—¡Claro que no!

—Ni protección contra la radiación.

—Así es —Clarkson me miró, extrañado.

—Ni aislamiento.

—El necesario para impedir que el casco se funda.

—Me imagino que despegará con el máximo de aceleración: a treinta y cinco gravedades o cosa así.

—Claro —dijo Clarkson—. Es lo más económico, cuando no hay seres humanos a bordo. ¿Se puede saber qué le pasa a usted?

No le contesté. Subí a mi jeep y me fuí a toda velocidad al laboratorio en construcción. Mi estómago no estaba ya apretado, sino resuelto.

Un ser humano no podía haber sobrevivido al viaje. No había ni una posibilidad de que sobreviviera..., Ni una en diez billones. Era una imposibilidad física.

CUANDO llegué al laboratorio, Franklin había terminado el techo y estaba en el suelo uniendo unas cañerías. Era la hora de comer. Varios hombres de Minería lo ayudaban.

—Franklin —le dije.

—Señor.

Respiré a fondo.

—Franklin, ¿usted vino en el carguero?

—No, señor —me contestó—. Yo quise decirle que no había sobornado a ningún capitán; pero usted no me...

—En ese caso —le dije hablando lentamente—, ¿cómo llegó hasta aquí?

—¡Empleando la verdad!

—¿Podría usted mostrármelo?

Franklin reflexionó un momento.

—El viaje me ha cansado muchísimo, señor Tully —me contestó—; pero creo que podré hacerlo.

Y desapareció.

Me quedé allí, parpadeando. Luego, uno de los hombres de Minería me señaló algo en lo alto. Allí estaba Franklin, suspendido en el aire a unos cien metros de altura.

Un minuto después, se hallaba de nuevo a mi lado, con la nariz enrojecida por el frío.

Por lo visto, se trataba de un transporte instantáneo. ¡Oh, Dios mío!

—¿Es eso la verdad? —le pregunté.

—Sí, señor —me contestó Franklin—. Es un modo distinto de mirar las cosas. Una vez que se ven así, que se ven *realmente*, se puede hacer una infinidad de cosas. Pero en la Tierra lo llamaban una... una alucinación. Y me dijeron que tenía que dejar de hipnotizar a los demás y...

—¿Usted puede enseñar eso? —le pregunté.

—Sin duda alguna —respondió—. Pero hace falta un poco de tiempo.

—No importa. Podemos disponer del tiempo necesario... Sí, sí, sí..., estoy seguro de que podemos disponer de él. Emplear un poco de tiempo en la verdad... puede rendir beneficios y...

—Señor Tully, ¿eso significa que puedo quedarme aquí?

—Puede quedarse, Franklin. En realidad..., si intenta usted marcharse, le pego un tiro.

—¡Oh, muchísimas gracias, señor! ¿Y qué me dice de mi hermana? ¿Puede venir también?

—¡Ah! sí, seguramente —le contesté—. Su hermana puede venir en cualquier momento en que ella...

Uno de los hombres de Minería lanzó un grito de espanto. Sentí que se me erizaban los pelos de la nuca, y me volví lentamente.

Detrás de mí había una muchachita alta y delgada, con ojos enormes, mirando a todas partes, como una sonámbula, y murmurando:

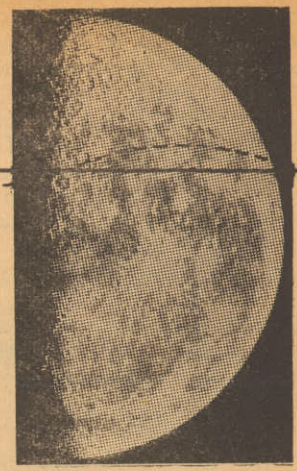
—¡Oh, Marte..., Marte!

Luego, se volvió hacia mí, ruborizándose.

—Perdóneme, señor —dijo—. Yo estaba..., bueno, estaba escuchando lo que usted le decía a mi hermano. ✦

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EFECTOS de la luna



POR FERNAND CRIQUI

SELENE, la reina plateada de la noche, fiel satélite de nuestra vieja Tierra, tiene buenas espaldas: 3.500 kilómetros de amplitud, según precisan los astrónomos. Por un lado se la acusa poco menos que de todos los males de la creación y, por otro lado, se le atribuyen milagrosas virtudes bienhechoras. Para preservarse de las caries dentales, aseguran los checoeslovacos, basta descubrir antes que los demás el filo creciente de la luna nueva. Si muestra usted tendencia a la calvicie, desconfíe de los claros de luna y hágase cortar el pelo únicamente algunos días antes de la luna nueva.

Provisto de todos los dientes y de una cabellera a lo Sansón, no le queda a usted otra cosa que enriquecerse usando la receta inglesa que se recomienda por su extrema sencillez: colocarse de cara a la luna nueva y darle en la mano tres vueltas a una moneda de plata. Después de esto no hay más que esperar la lluvia de dinero que caerá del cielo.

Meteorología y luna

LOS hombres de ciencia no están dispuestos a tomar en serio los dichos populares referentes a la pretendida influencia de la Luna sobre diversos fenómenos de orden meteorológico.

Han llevado a veces este escepticismo hasta negar la existencia de todo lazo entre nuestro planeta y la Luna, excepción hecha, por supuesto, de las fuerzas de gravitación y de la luz solar reflejada. Pero la fuerza de gravitación, y la atracción ejercida por la Luna, ¿no son el origen de fenómenos de marea, no solamente oceánica, sino también atmosférica y aun terrestre? Las mareas atmosféricas, por insignificantes que sean, son susceptibles de perturbar la evolución del tiempo.

Algunos trabajos, en especial los del R. P. Vittrant (del observatorio de Zi-Ka-Wei, cerca de Shangai), que disponía de resúmenes de las observaciones meteorológicas desde 1873, revelan la existencia de períodos meteorológicos que presentan estrecha relación con el ciclo de movimientos de nuestro satélite.

Otras estadísticas son negativas. Sus autores han supuesto que la acción de la Luna es simple, lo que está en abierta contradicción con la complejidad de movimientos de la Luna y con la naturaleza esencialmente dinámica del estado meteorológico. Una misma influencia lunar puede, en efecto, acarrear la lluvia o la sequía, o bien mantener el tiempo sin cambio, según la naturaleza del estado meteorológico sobre el cual se ejerce dicha influencia. He ahí por qué las reglas simplistas de la acción de la Luna sobre el tiempo, tales como el "saber popular" las ha enunciado, no pueden tener ninguna utilidad práctica.

Ciclo lunar y fenómenos vitales

ES todavía más difícil seguir la pista a una eventual influencia de la Luna sobre la vida de los organismos. Sin embargo, si limitamos las investigaciones a los seres inferiores cuyos ciclos vitales son relativamente simples, tenemos posibilidades de descubrir algún fenómeno biológico, cuyo desarrollo, sincrónico con el ciclo de las fases lunares, se manifiesta evidentemente.

Así, las nereidas (género de gusanos marinos que viven en los mares tropicales) se entregan a una suerte de danza nupcial en un período muy preciso de la pulsación sinódica de la Luna.

Algunos sabios, ante la idea de que podría existir relación entre un cuerpo celeste cualquiera y la vida terrestre, estiman que este sincronismo no sería sino un efecto del azar; una simple coincidencia accidental entre una periodicidad biológica endógena y un ciclo astronómico, los cuales, desde luego, no presentan entre sí ningún parentesco.

Los resultados de las investigaciones emprendidas al respecto en los laboratorios de biología del Instituto Max Planck, de Tubiengen, que fueron publicados recientemente, rechazan esa tesis. Las experiencias de cultivos, realizadas durante cinco años con varios mi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

llares de gusanos, confirman el hecho, según el cual el extraño comportamiento de los gusanos de mar está ligado estrechamente al lapso comprendido entre la luna nueva y el primero o segundo cuarto creciente del mes de mayo. Cuando por cualquier razón (falta de calor, individuos demasiado jóvenes) no se produce esta pululación en el primer cuarto creciente ocurre indefectiblemente en el inmediato.

Fenómenos análogos de sincronismo entre las funciones vitales y el ciclo de las fases lunares, han podido ser puestos en evidencia con otras especies de animales, como algunos moluscos y peces (anguilas, por ejemplo), y con ciertos insectos. Todo entomólogo sabe que, en el período de la luna nueva, la captura de insectos nocturnos es mucho más abundante que durante el plenilunio. Ultimamente V. van der Bijl, del Instituto Real de Meteorología de Holanda y J. L. Harrison, del Instituto de Investigaciones Medicinales de la Oficina Colonial de Indonesia, descubrieron una sorprendente relación entre el número de las ratas recién nacidas y las fases de la luna. D. Wulff demostró en 1938, basándose en 23.714 nacimientos, que la cifra de la natalidad aumenta notablemente en las proximidades del séptimo día antes de la luna llena.

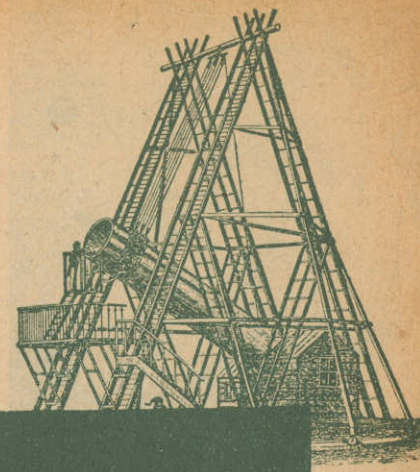
Existen relaciones estrechas e irrefutables entre el ciclo de la revolución sinódica de nuestro satélite y la periodicidad de los fenómenos que rigen la vida de los terrestres; pero, la ciencia ignora todavía la verdadera naturaleza de estas influencias lunares. ✦



En el siglo pasado un periódico de Nueva York duplicó su circulación publicando este grabado como un hecho. Un artista los había convencido de que un astrónomo había logrado divisar por el telescopio a estos extraños habitantes de la Luna.

DESOLACION LUNAR

Los científicos están todos de acuerdo en que esta apariencia desolada de la superficie lunar puede significar la presencia de una gran riqueza de minerales depositados en ella. Las pruebas espectrográficas no son posibles debido a la luz reflejada en su superficie.





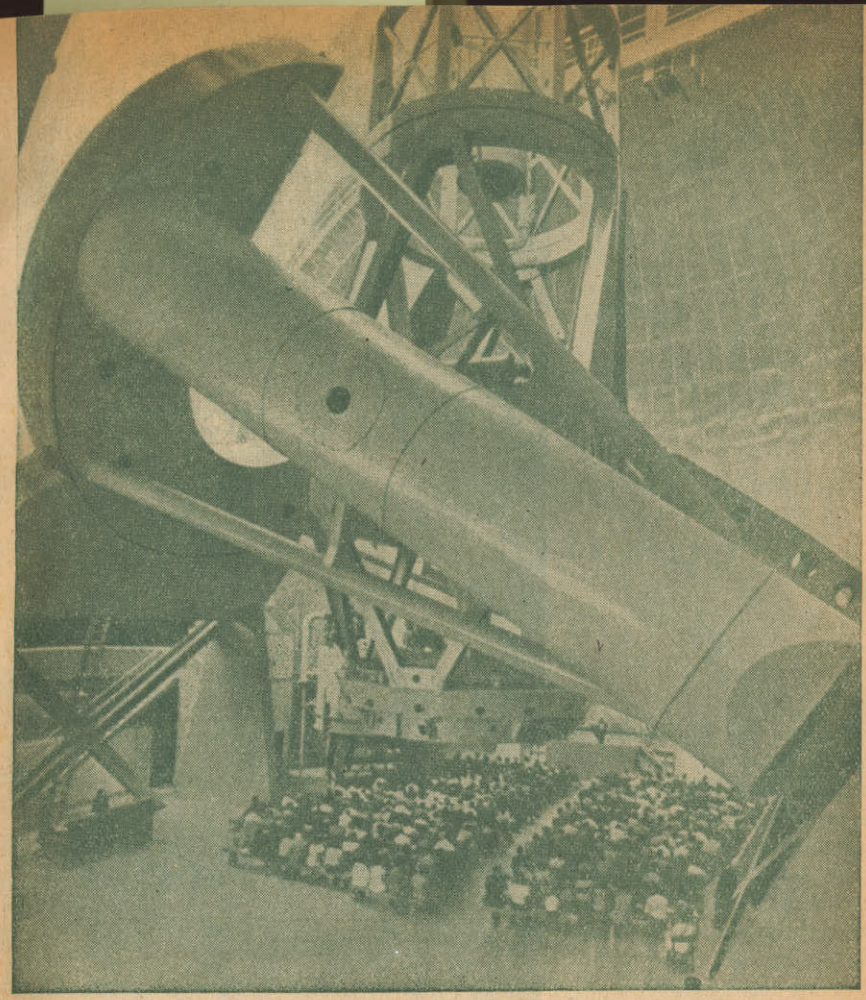
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



LA CARA QUE NOS MUESTRA

Estas dos fotos cubren todo lo que conocemos de la Luna. A la izquierda, la parte Oeste, en cuarto creciente; a la derecha, la parte Este, en cuarto menguante.





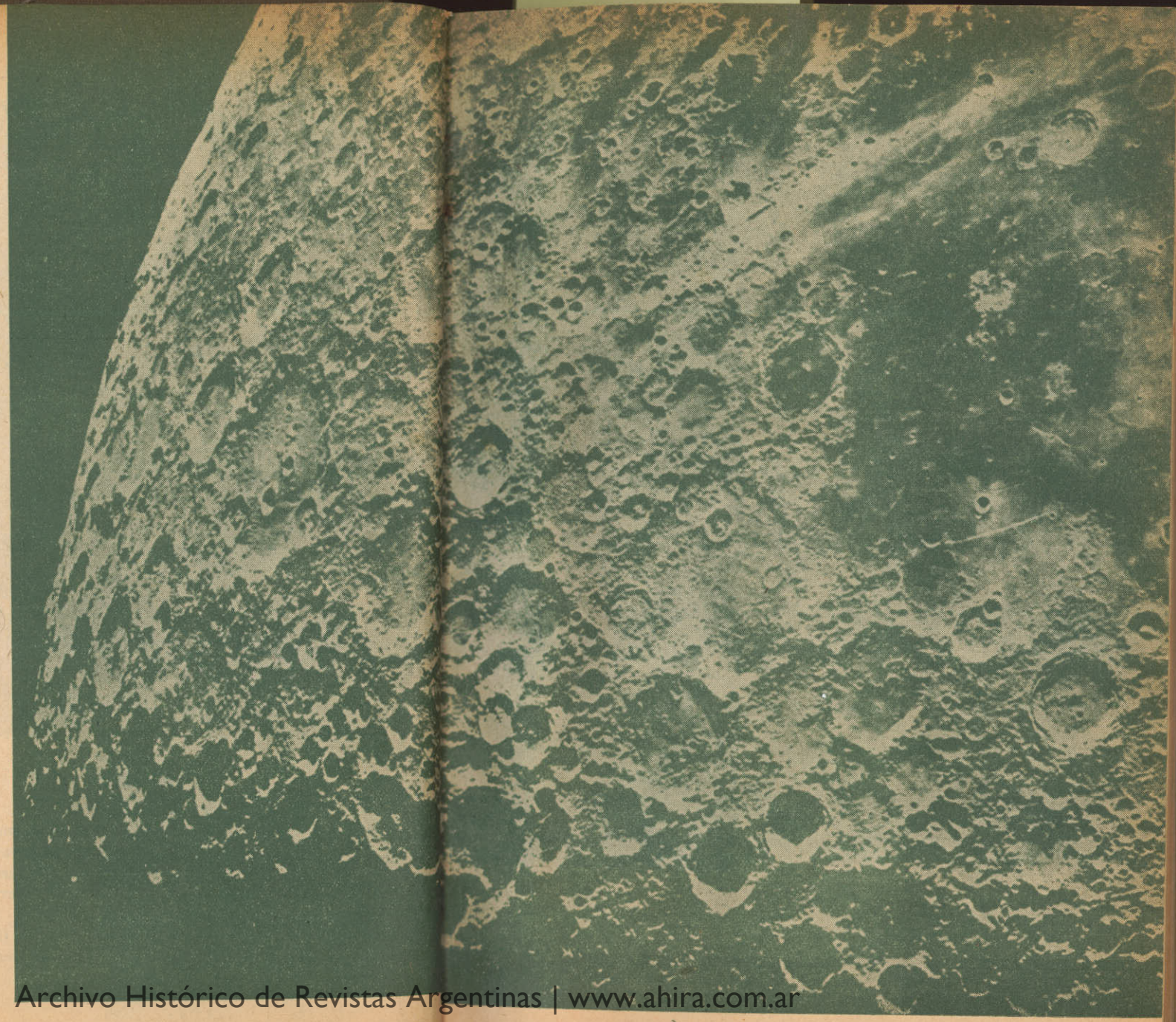
MONTE PALOMAR

Este es el punto de la Tierra desde donde el hombre se siente más cerca de la Luna. Con el telescopio del observatorio de Monte Palomar se han obtenido las fotografías más nítidas del satélite; algunas de ellas ilustran esta nota.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LAS ARRUGAS DE LA LUNA

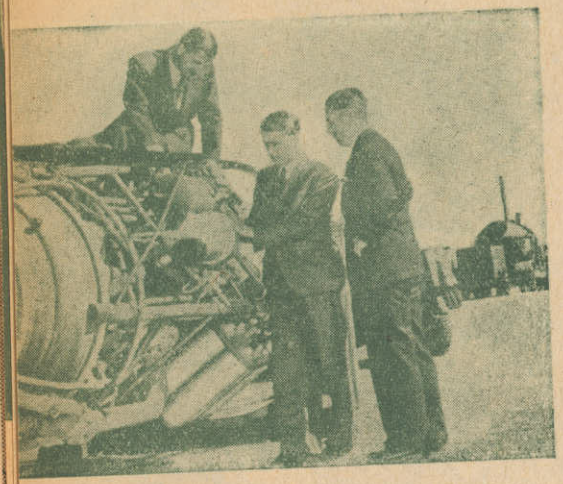
Todavía los hombres de ciencia no se han puesto de acuerdo sobre el origen de los cráteres que envejecen prematuramente la misteriosa cara lunar. Para uno son restos de erupciones volcánicas, para otros, simple consecuencia de la acción de los meteoritos.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

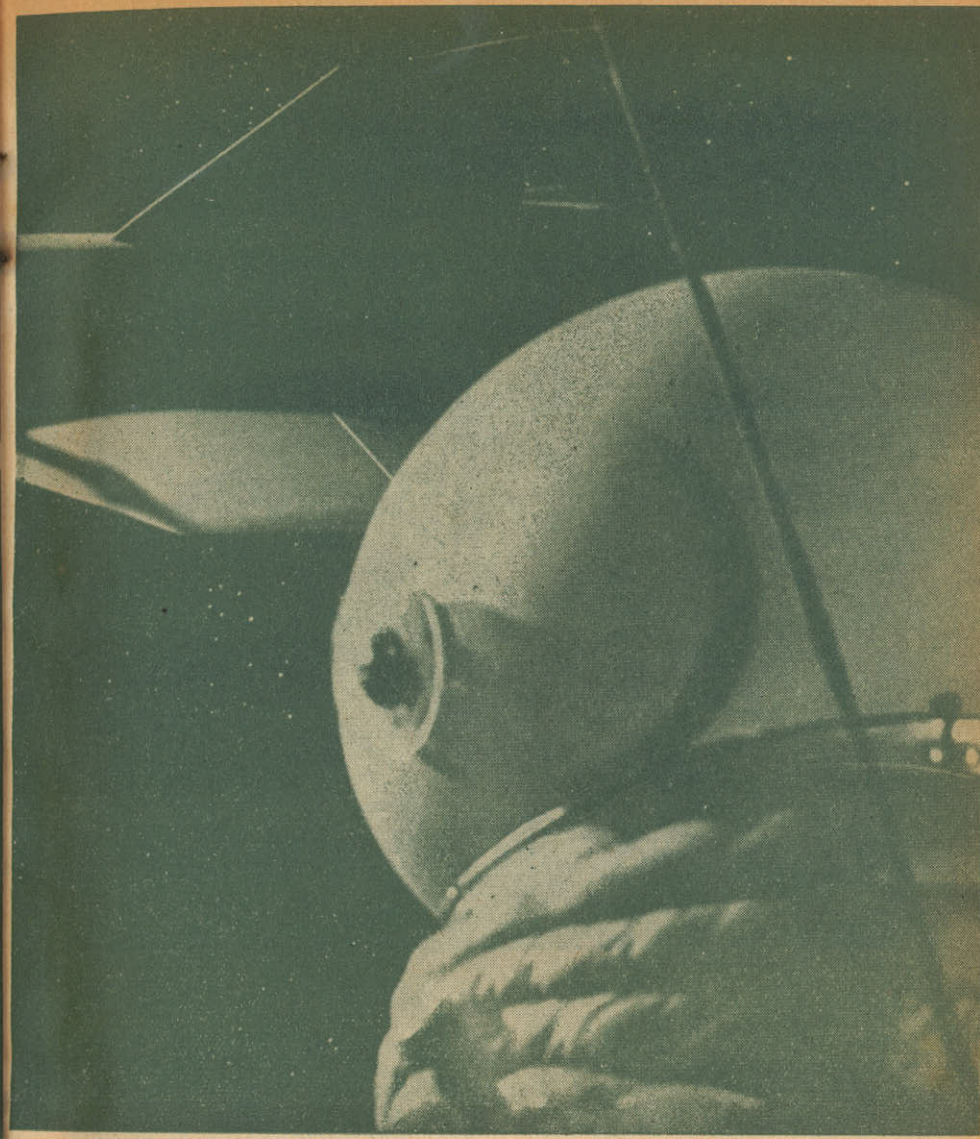
POSIBLE REALIDAD

Esta escena puede ser un hecho para 1970, si se llevan adelante los proyectos de Werner Von Braun. Según este especialista, ya estamos en condiciones de lanzar estaciones espaciales tripuladas por monos, y observar sus reacciones frente a las condiciones que plantea el espacio.



El doctor Von Braun (en el centro) inspecciona el motor de una V2 en los terrenos de prueba de White Sands. Dicha máquina fué diseñada por el mismo Von Braun.





Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

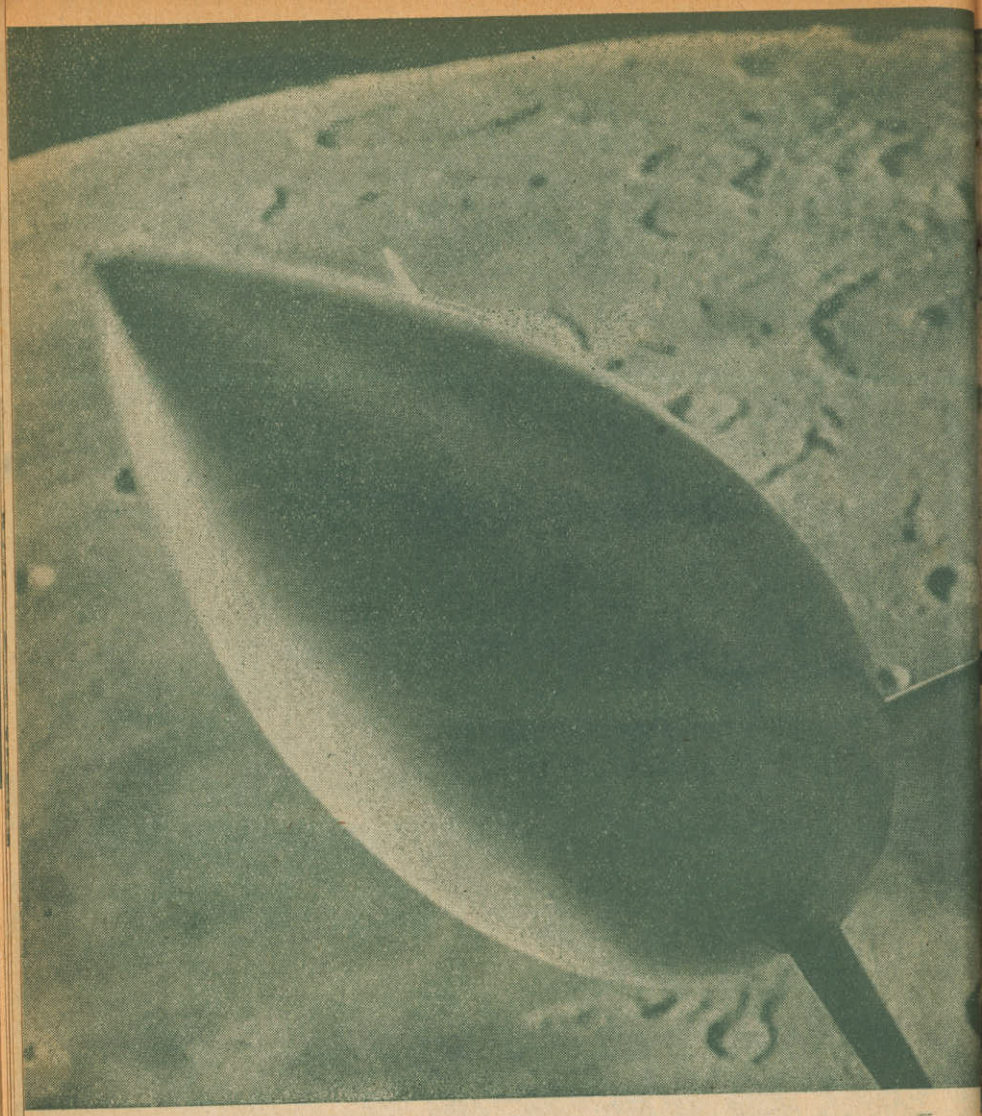


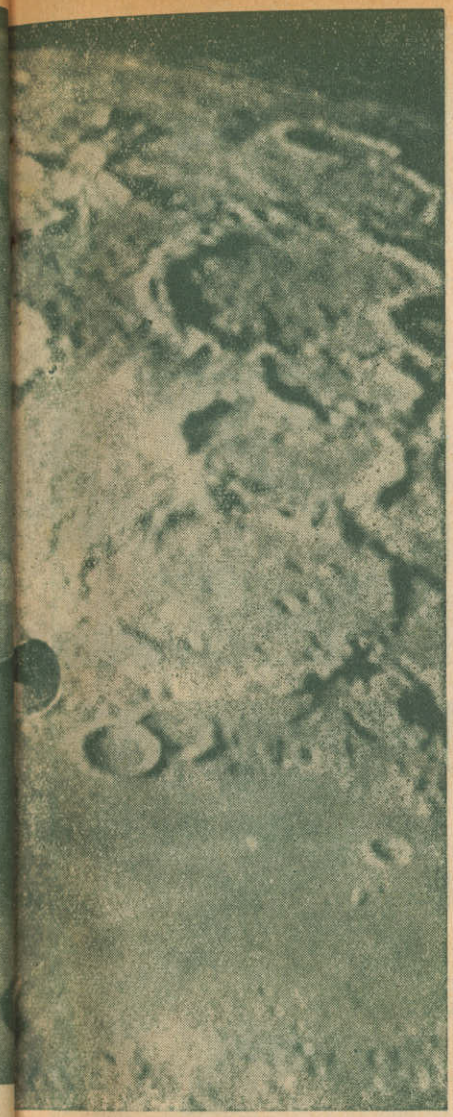
LOS CRATERES DE LA LUNA

Cualquier lector a quien le presenten estas dos fotografías convendrá con nosotros que la Luna no puede ser otra cosa que un desierto árido y pelado. Pero las apariencias engañan: la de la izquierda es una foto de los Apeninos Lunares, la de la derecha es la región del Vesubio, tomada de un modelo en escala realizado por el Instituto Smithsoniano.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

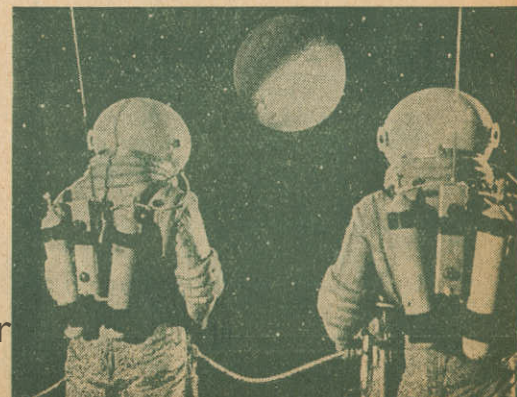




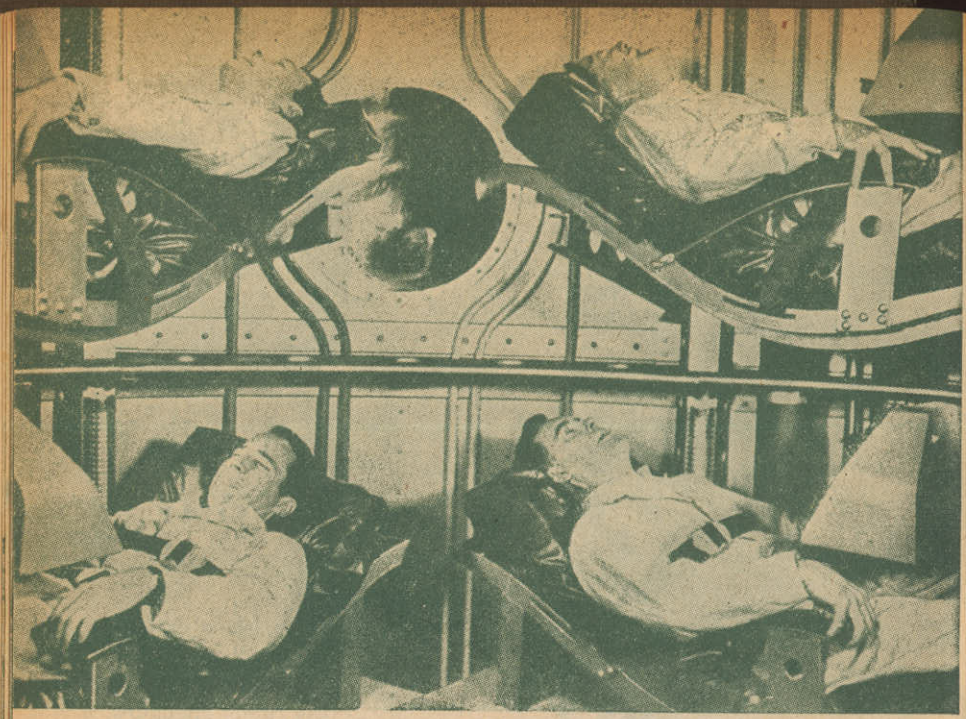


EL GRAN MOMENTO

El cohete lunar está descendiendo sobre la superficie del planeta. Todavía tiene sus tubos apagados, y el magnífico silencio que rodea a la tripulación dramatiza hasta sus últimos límites el instante tan deseado.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



A

DIFICULTADES DEL VIAJE A LA LUNA

A: Para aguantar mejor la partida a bordo de una astronave, sus pasajeros deberán extenderse boca arriba, tal como ilustra la fotografía.

B: Si los pasajeros se quedan sentados, como lo hace este señor, la sangre se va de la cabeza, con sus consiguientes consecuencias, la menor de las cuales es un desmayo.



B



C: La angustia y el terror provocados por la ausencia de peso son todavía imposibles de medir en toda su difícil realidad. Esta composición fotográfica imaginaria trata de expresar gráficamente el posible drama psicológico del hombre en esas condiciones.

D: Hora de comer a bordo de la nave lunar. Pero no tan descansada como en la Tierra. Aquí los alimentos se pueden escapar al menor descuido, y recuperarlos es todo un problema.

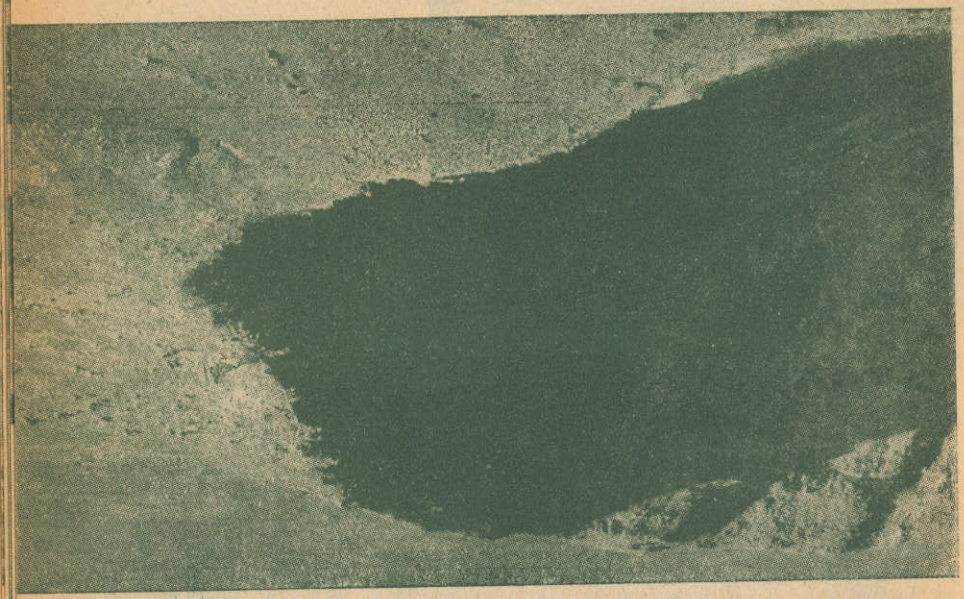
D



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

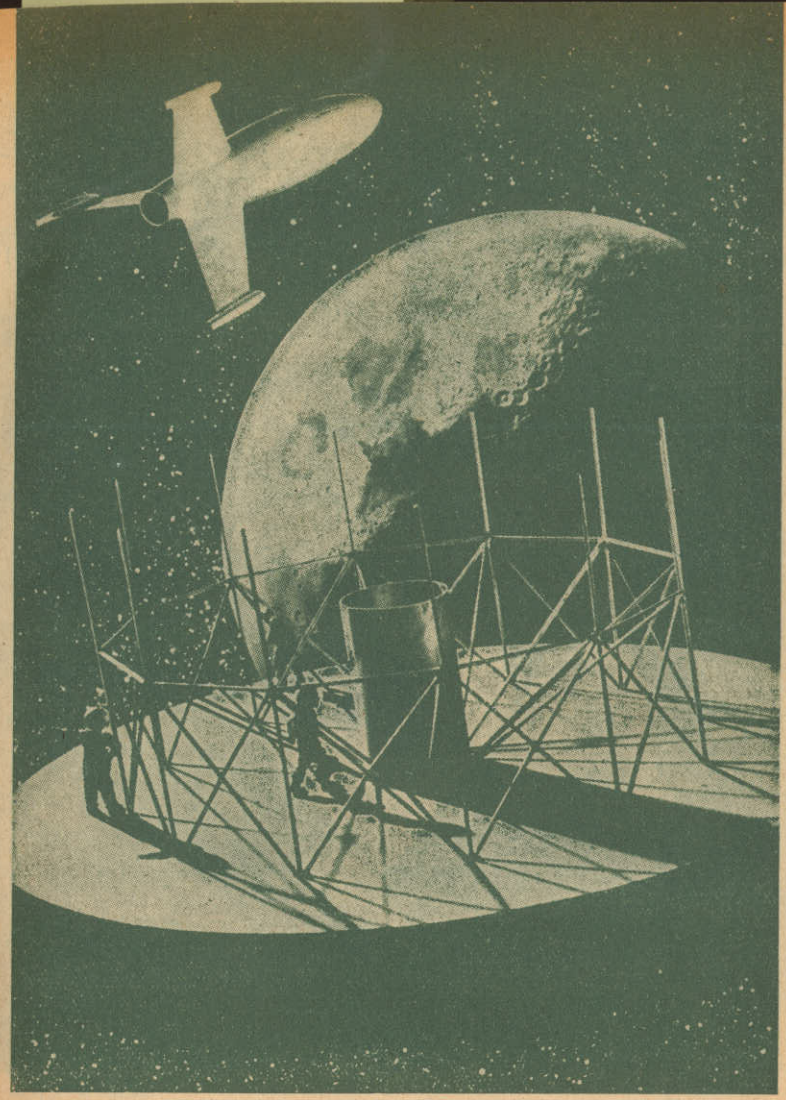
Cráter lunar

El Meteor Cráter de Arizona se halla a 4 ó 5 Km. al Este del Cañón del Diablo. Abajo: Corte mostrando la posición



de los fragmentos del siderito que produjo el cráter de la fotografía superior.

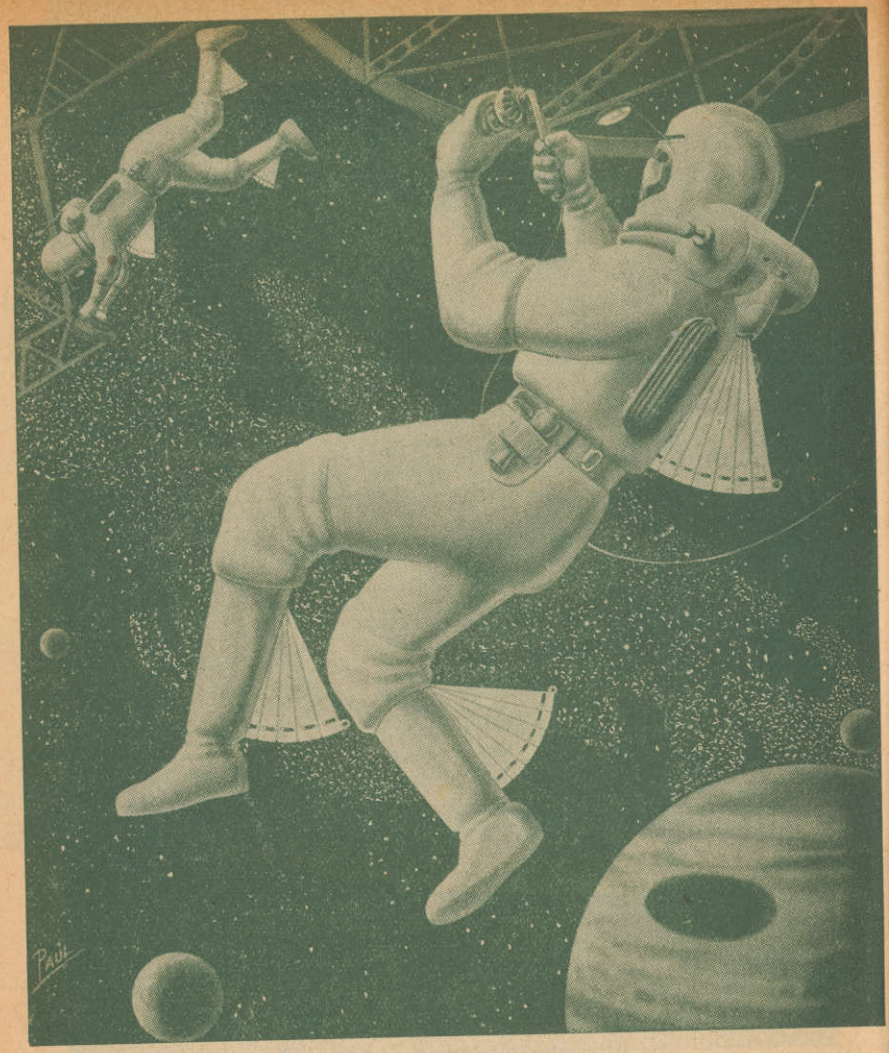




ESTACION ESPACIAL

Una estación espacial rotando en órbita alrededor de la Luna. Escena de la película "Dream of the Stars".

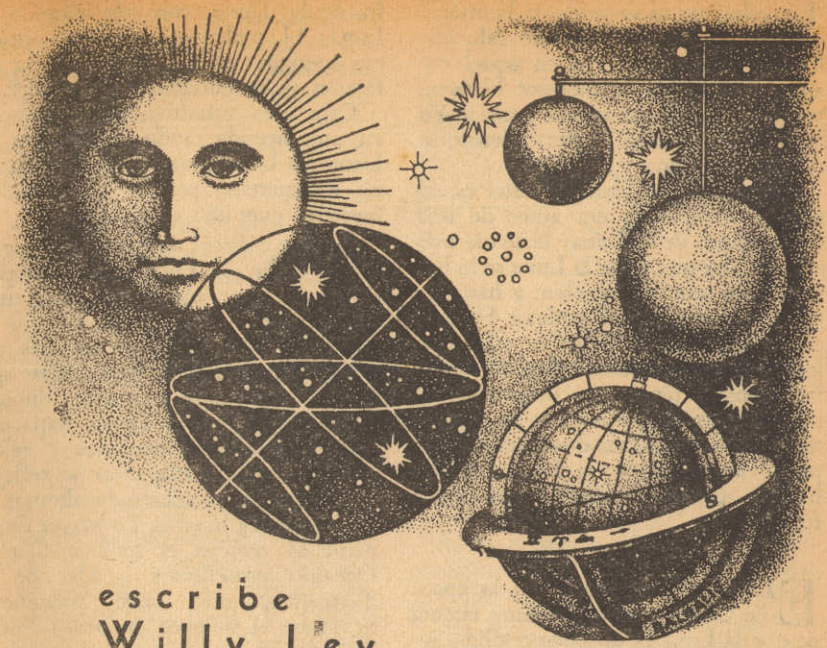
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



TRAJES LUNARES

Los técnicos aseguran que con los trajes espaciales ya diseñados no habría ningún problema en darse una vuelta por nuestro satélite. De cualquier manera, cuando llegue el momento, sin lugar a dudas, los nuevos modelos serán mucho mejores que los que disponemos ahora. Este diseño corresponde al ingenio de Hugo Gernsback. Las pantallas que salen de la pantorrilla y la espalda sirven para regular la disipación del calor.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



escribe
Willy Ley

la otra cara de la luna

La luna llena se balancea esplendente sobre el océano Atlántico, a lo largo de las playas de Nueva Jersey, y en ese hecho hallo motivo para permitirme recordar un poco el pasado. Cerca de treinta y cinco años atrás (cursaba yo en ese entonces la escuela superior, hubo una exhibición astronómica en el viejo observatorio Urania, de Berlín, el mismo donde había sido calculada la órbita del planetoide Eros. Una de las piezas exhibidas era un modelo de la Luna, de aproximadamente 40 cm. de diámetro, y realizado en años de paciente trabajo por un maestro retirado. Un caballero de pelo cano, cuya edad calculé que sería de unos setenta años, se encontraba conversando con dicho maestro; y cuando se alejó del lugar, alguien me dijo:

"Ese caballero es el profesor Hansen".

Tales palabras me habrían sido útiles, de haber sabido yo en aquel entonces, quién era el profesor Hansen; pero el nombre me quedó grabado en la mente, y al cabo de cierto tiempo lo volví a recordar.

Pedro Andrés Hansen, éste es su nombre completo), era autor de una teoría acerca de la Luna: la teoría más espectacular que sobre la Luna se le haya podido ocurrir a alguien, y hasta da tristeza pensar que el profesor Hansen estaba equivocado. De haber estado en lo cierto, los autores de ficción científica habrían tenido un inagotable tema de trabajo a explotar, y los primeros navíos espaciales destinados a explorar alrededor de la Luna habrían hallado, por cierto, mucho que ver y fotografiar.

EL mundo occidental, en la época de Cristo, comenzó a darse cuenta de que la Luna es un cuerpo sólido, independiente en el espacio. Lo que la gente pensaba antes de esa edad humana, sólo se conoce en forma imperfecta; yo creo que la mayoría de los seres no se molestaban siquiera en pensar en el asunto.

Plinio el Viejo menciona en su famosa *Historia Natural* que "los antiguos" creían que la Luna era un escudo circular de plata, que flotaba en el cielo. Pero había desacuerdo en cuanto a la naturaleza de las manchas, que podían verse tan claramente. Un filósofo desconocido declaró que sólo eran suciedad, vapores atmosféricos que se habían condensado sobre la brillante plata. Otro filósofo igualmente desconocido sostenía que no eran vapores los que habían empañado el esplendor del disco celestial, sino que las manchas que podían observarse eran ¡los reflejos de los continentes y mares de la Tierra!

Se podría, pues, estudiar la geografía de la Tierra, con sólo mirar a la Luna. El problema realmente difícil era averiguar en qué punto de esa reflexión se encontraba el observador.

Otra idea primitiva está expresada en una leyenda hindú. Según ésta, la Luna era la redonda luz de una linterna transportada por un gigantesco e *invisible* guardián celestial.

En los clásicos occidentales, según ya he dicho, la Luna fué reconocida como una "segunda tierra", hace unos dos mil años. Se comprendió que la Luna era considerablemente más pequeña que la Tierra; pero creíase que ésa era la principal o la única diferencia. Al igual que la Tierra, tenía mares y continentes, montañas y valles, ríos y forestas. Estas ideas se reflejan todavía en los nombres de algunos de los accidentes lunares. La mayor de las manchas oscuras es todavía llamada *Oceanus procellarum* o Mar de las Tormentas; otro rasgo prominente mantiene el nombre de *Sinus iridum* o Bahía del Arco Iris, y hasta existe un *Palus nebularum* o Pantano Brumoso.

Cuando Galileo Galilei observó la Luna, pensó ver mares y continentes; pero sólo necesitó ligeras modificaciones a los primitivos telescopios, para darse cuenta de que esos "mares" no podían ser mares. Y al familiarizarse con la superficie de la Luna, pronto el observador se convenció de que siempre podía seguir viendo lo que había ya visto, pues su visión nunca era oscurecida por manchas de nubes lunares. Los astrónomos de la primera mitad del siglo XVII no eran todavía capaces de discernir si la Luna tenía o no atmósfera, pero sí podían asegurar que, en todo caso, era una atmósfera sin nubes.

Más tarde y durante el mismo siglo, el asunto fué completamente dilucidado. El astrónomo y matemático holandés Christian Huyghens, muerto en 1695, lo afirmó categóricamente en su libro *Cosmotheoros*: "en la Luna no existen mares ni ríos ni nubes ni aire ni agua". El mismo libro, casualmente, afirma que los satélites de Júpiter y de Saturno muestran siempre la misma cara a sus planetas, de la misma manera que nuestra Luna.

A un lego en astronomía, la afirmación de Huyghens podría haberle quitado todo el interés que por la Luna hubiese tenido. En cuanto a los astrónomos, su trabajo comenzaba entonces. El primer objetivo era, desde luego, la fatigosa tarea de obtener un mapa completo del hemisferio visible. Si en adelante se producía algún cambio en la superficie lunar, un mapa previamente detallado serviría para establecer e interpretar el fenómeno.

Mientras se encontraban realizando este trabajo, los astrónomos comenzaron a darse cuenta del extraordinario tamaño de nuestra Luna. El sistema Tierra-Luna es *casi* un doble planeta; y sabemos que este hecho es teóricamente posible, aunque en nuestro sistema solar no tenemos ejemplo de ello. En realidad, nuestro satélite no es el más grande del sistema solar. Su diámetro de 3.475 km. es superado por tres de los cuatro mayores satélites de Júpiter (Io, Ganimedes y Calisto); por Titán, el satélite mayor de Saturno, y por Tritón, el mayor de los dos conocidos de Neptuno.

Pero mientras Tritón tiene un diámetro de aproximadamente 4.827 Km., el de su planeta es de 43.121 Km. En cambio, el diámetro de la Tierra es algo mayor de 12.711 Km.; de modo que el de nuestro satélite es, en cifras redondas, un cuarto del diámetro del planeta a que pertenece. Aun así, el sistema Tierra-Luna no llega a ser un planeta doble, pues el centro de gravedad común del sistema se encuentra dentro del cuerpo de la Tierra, aproximadamente a unos 1.609 kilómetros debajo de la superficie.

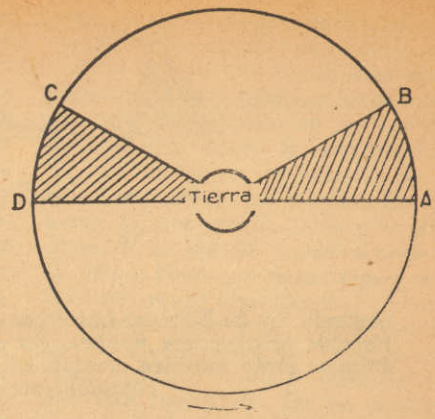
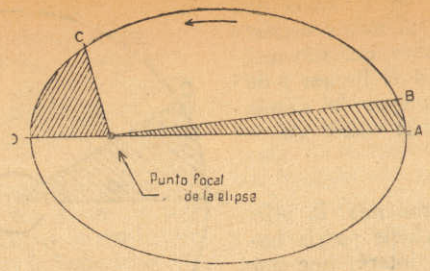


Fig. 1: Ver explicación en la pág. 52.

Aunque para nadie fué nunca un problema localizar en el cielo la Luna (los días en que está visible), el cálculo de su órbita resulta bastante dificultoso. Podríamos decir, sin exagerar, que en sus movimientos se producen realmente todas las perturbaciones posibles. Durante mucho tiempo, los astrónomos buscaron el factor desconocido que influía en los movimientos de la Luna. Y es aquí donde el profesor Pedro Andrés Hansen entra en escena. Hansen nació en Dinamarca, exactamente cien años después de morir Huyghens en Holanda. Antes de ser astrónomo, era constructor de instrumentos; pero inopinadamente vióse envuelto en una aventura astronómica: la medición de un meridiano. Se encontraba entonces trabajando en el observatorio de Altona; y pocos años después, en 1825, le fué ofrecida la dirección del observatorio de Seeberg.

El interés especial de Hansen se concentró en el cómputo de órbitas y se sintió fascinado por las perturbaciones orbitales. No hay que extrañarse, pues, de que haya atacado el problema de la órbita de la Luna. Mientras

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Segunda ley de Képler: *Las áreas descritas por el radio vector, en tiempos iguales, son iguales. En una órbita circular (fig. 1), los ángulos serán también iguales. En una órbita elíptica (fig. 2), son notablemente desiguales.*

se encontraba trabajando en este problema, creyó haber encontrado ese factor desconocido acerca del cual hablaban con tanto interés otros astrónomos. Mucho podría aclararse suponiendo que la Luna no era una esfera perfecta.

NATURALMENTE que muchos planetas no son esferas perfectas. Todo el mundo sabe que la Tierra tiene una bien marcada dilatación ecuatorial, y que el abultamiento ecuatorial de Júpiter es tan enorme que puede verse aun con la ayuda de un pequeño telescopio. Pero no era esto lo que Hansen quería significar cuando hablaba que la Luna no era una esfera perfecta.

No pensaba él en dilataciones ecuatoriales ni en polos achatados. Pensaba que la Luna tenía una forma ligeramente parecida a un huevo, con dos diámetros ecuatoriales, uno de ellos mensurable entre borde y borde del disco visible, y otro de mayor tamaño, que habría que medir desde el centro del disco visible hasta el centro del hemisferio invisible desde la Tierra.

En lugar de tener una dilatación uniforme alrededor de todo el ecuador (como un planeta que rota rápidamente), la Luna tendría, según opinión de Hansen, una gran comba ecuatorial en un solo punto: algo así como una enorme y elevada meseta, suficientemente grande para dar cabida a cadenas de montañas y profundos valles. El centro de esta enorme comba se supuso coincidente con el centro del disco visible de la Luna. En resumen, todo lo que podíamos ver desde la Tierra era esa enorme dilatación, puesto que el mayor diámetro ecuatorial de la Luna se encontraba alineado con el común centro de gravedad del sistema Tierra-Luna.

De ser esto cierto, no sólo explicaba las peculiaridades observadas en el movimiento orbital de la Luna, sino que también difundía nueva claridad sobre las observaciones efectuadas hasta la fecha. Si el disco lunar visible fuera una enorme meseta montañosa, elevada a alturas estratosféricas, sería lógico que las observaciones demostraran la ausencia de aire y de agua. No habría aire que observar, porque la meseta se encontraría por encima de las capas más densas de la atmósfera lunar. Y tampoco habría agua, porque se habría vertido de la comba miles o millones de años ha.

Resultaba que ninguna de las observaciones realizadas podrían aplicarse al hemisferio desconocido de la Luna, así como el más perfecto conocimiento que pueda tenerse del desierto de Sahara no permite construir un panorama de la India o de Méjico por la simple razón de que todos estos lugares posean igual latitud. El otro hemisferio de la Luna tenía probablemente atmósfera y agua. Y donde hay aire y agua, probablemente hay plantas. Y donde hay plantas, la presencia de animales puede suponerse con mucha seguridad, puesto que la vida animal es parásita de la vida vegetal.

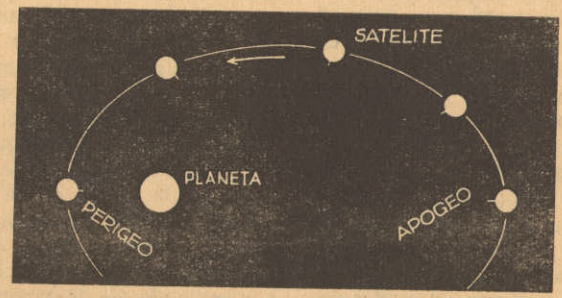
Mas no ha de detenerse la cadena de razonamientos en este punto; pues en habiendo animales, algunos de ellos empezarían a devorar a los más débiles, transformándose luego en carnívoros. Y cierto grupo podría llegar a desarrollar su inteligencia y, con el tiempo, convertirse en lo que los antiguos poetas han llamado "selenitas", o sea, los habitantes de la Luna.

LOS colegas de Hansen escucharon con mucho respeto la nueva teoría, puesto que provenía de un astrónomo de merecidísima fama; y también le prestaron el mayor interés, por ser una idea original y fascinante. El próximo problema consistía en averiguar si era cierta o no. La verificación sólo podía realizarse mediante observaciones continuadas, para las cuales la naturaleza proveía una gran ayuda en forma del fenómeno llamado de libración.

Creo que en este punto debo apartarme del tema principal, a fin de brindar una clara explicación de este fenómeno, que, según la correspondencia que recibo de los lectores, no es bien comprendido por muchos. En general, se sabe que la Luna gira alrededor de su eje en el mismo número de días y horas que necesita para realizar una vuelta alrededor de la Tierra. Es lo mismo que si un hombre camina en círculo alrededor de usted y mirando rígidamente en la dirección en que está caminando. De esa manera, da una vuelta alrededor de su propio eje cada vez que realiza un círculo en torno a usted, y todo lo que usted puede ver es su perfil izquierdo, con la oreja izquierda situada hacia el centro de lo que usted ve de su cabeza.

Pues bien, si este es el caso, ¿qué es la libración y cómo actúa es este asunto? La respuesta exacta es que la libración obedece al hecho de que la Luna se mueve alrededor de la Tierra, no en círculo, sino en órbita elíptica.

Para explicar esto, examinemos primero lo que *no* hace la Luna. La Luna no describe un círculo alrededor de la Tierra. Ese camino circular sería el que muestra la *figura* 1. Si la Luna se moviese en órbita circular, necesitaría exactamente el mismo tiempo para ir



Modo en que una órbita elíptica causa "libración".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Posiciones extremas que puede asumir la Luna, por encima y por debajo de la elíptica, permitiéndonos así observar allende sus polos.

de A a B que de C a D. En realidad, la órbita es elíptica, como se muestra, en forma exagerada, en la *figura* 2, donde la Luna necesita también la misma cantidad de tiempo para ir de A a B que para ir de C a D.

Las secciones orbitarias recorridas tienen una marcada diferencia de amplitud. Lo que en realidad interesa son las áreas sombreadas, comprendidas entre las líneas que unen el centro de la Luna con el centro de gravedad común: áreas que deben ser iguales. Técnicamente, la línea de centro a centro se conoce con el nombre de *radio vector;* y la segunda ley de Kepler establece que el *radio vector* debe describir áreas iguales en tiempos iguales.

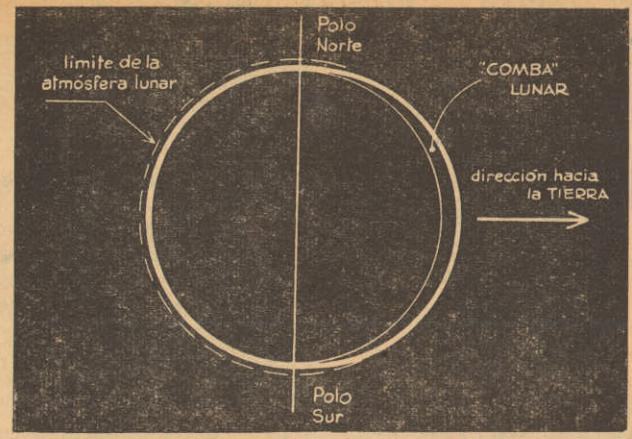
Cuando la Luna se encuentra a su menor distancia de la Tierra, es decir, en perigeo, se mueve con mayor velocidad que cuando se encuentra en su punto más alejado, o sea, en apogeo. Lógicamente, ya que las áreas trazadas por el *radio vector* deben ser iguales, en tiempos iguales, las porciones de la órbita recorrida no pueden ser de igual longitud. El conocido enunciado de que la velocidad media de la Luna es de 1,04585 km/hora, es naturalmente cierto; pero la palabra "media" no debe ser pasada por alto. En realidad, la Luna anda más rápida en su perigeo, y más lenta en su apogeo.

Antes de dar el próximo paso en la explicación, permítaseme mencionar las cifras exactas: el mayor apogeo posible es de 406.610 km.; el menor perigeo posible es de 356.334 km.; ambos medidos desde el centro de la Tierra al centro de la Luna. La distancia de superficie a superficie tiene, naturalmente, 8.045 kilómetros menos.

RECORDANDO, pues, que la velocidad de la Luna a lo largo de su órbita *no* es uniforme, y si ahora establecemos que la velocidad de rotación alrededor de su eje *debe* ser uniforme, esto bastará, para comprender lo que sucede (figura 3). Tanto en el apogeo como en el perigeo, el mismo punto de la Luna (marcado por una línea corta), forma el centro del disco visible en esas posiciones.

Pero este punto no está en el centro del disco visible en las posiciones intermedias. Podríamos decir que la rotación de la Luna se retarda un poco en su movimiento orbital durante una mitad de su órbita, y se adelanta luego otro poco en la segunda mitad. Y si el punto que es central en el apogeo y en el perigeo, se descentra durante el trayecto entre apogeo y perigeo, está claro que una parte de lo que era visible (digamos, en el apogeo), desaparece por el borde derecho, mientras otra porción, previamente invisible, aparece por el borde izquierdo.

Esto es parte de lo que llamamos libración. La otra parte es causada por el hecho de que la órbita de la Luna está ligeramente inclinada con respecto a la eclíptica: órbita que describe la Tierra alrededor del Sol (figura 4). Dependiendo de la posición en cada momento, podemos a veces espiar más



Forma de la Luna, según la teoría de Hansen.

allá del polo norte lunar, y otras veces, allende el polo sur.

El resultado final es que, en el transcurso de cierto número de años, pudimos ver el 59 por ciento de la superficie lunar y dibujar sus mapas. Sólo el 41 por ciento es completamente desconocido, y así permanecerá hasta que veamos las primeras películas filmadas por el primer cohete circunlunar.

Pero ese máximo del 59 por ciento fué suficiente para dar por tierra con la fantástica idea de Hansen. Si él hubiera estado en lo cierto, podríamos haber visto ocasionalmente las "tierras bajas", cuando observábamos por sobre los polos. Además, en los períodos de máxima libración, la anormal forma de la Luna sería perceptible hasta cierto grado, a simple vista.

TRAS dos decenios de intensas investigaciones, muchas de ellas llevadas a cabo por Simón Néwcomb, en Wáshington, todos los astrónomos acordaron que las suposiciones de Hansen no estaban de acuerdo con la realidad. Dado que todo el episodio tuvo lugar en una época en que la ficción científica era casi desconocida, la Luna en forma de huevo del profesor Hansen no fué explotada literariamente.

Pero hubo una excepción, que fué escrita en polaco. Apareció varias décadas después de ser la idea abandonada por la ciencia, lo que ocurrió hace ya medio siglo.

Su título fué *Sobre llanuras de plata,* y el nombre de su autor, Jerczy von Zulawsky. En la novela, dos o tres navíos, cuyas cabinas podían ser utilizadas como automóviles, aterrizaban cerca del hemisferio visible de la Luna y emprendían entonces la larga jornada "sierra abajo", hacia la jungla de las tierras bajas. Cerca del fin de sus días el jefe de la expedición volvía en una de las cabinas automáticas al lugar de aterrizaje, donde un mortero había sido dejado para enviar de vuelta a la Tierra el informe de la expedición. La novela, como es natural, se suponía relatada en ese informe.

Puesto que leí el libro alrededor del año 1928, es posible que haya olvidado

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



¿qué es un albergue

Cuatro paredes y un techo. Una casa, un lugar cualquiera, en cualquier punto del país, donde los jóvenes pueden pasar unos días en forma sencilla y con el mínimo gasto, sintiéndose entre los suyos, aunque no conozcan a nadie.

permite a todos los jóvenes

que tienen ansias de ampliar sus conocimientos, recorrer el país, vincularse con medios y personas afines. Estimula la camaradería, la solidaridad, la reciprocidad.

en cada provincia,

región, localidad, han de organizarse albergues.
Haga llegar sus sugerencias, proposiciones, informes de posibilidades.

ASOCIACION ARGENTINA DE ALBERGUES

Jóvenes de toda la República colaborarán con usted en la materialización de estos propósitos.

¡ADHIERASE!

MEDRANO 337 Buenos Aires

algunos detalles; pero creo que el nombre de Hansen no se menciona en dicha novela.

Bueno, ¿qué aspecto tiene entonces la otra cara de la Luna?

La respuesta es: probablemente no muy diferente de la que podemos ver desde la Tierra. Lo que aparece en los bordes cuando la libración es favorable, son formaciones del igual tipo que las tan conocidas por todos los astrónomos. Existe cierto número de cráteres, una o dos cadenas de montañas y los bordes de algunas llanuras de las denominadas mares.

Y lo más interesante es que conocemos la situación aproximada de por lo menos tres cráteres que se encuentran escondidos profundamente en el inaccesible 41 por ciento de la superficie lunar. Estos cráteres tienen sistemas de "rayos", como los de Tico y Copérnico, situados en el hemisferio visible.

Sobre "nuestra" cara, todos los sistemas de "rayos" se originan en enormes cráteres, y los "rayos" en sí son líneas de círculo máximo. Tiene relativamente poca importancia el hecho de que no sepamos la naturaleza de esos "rayos" y que tampoco tengamos la menor idea de por qué en algunos cráteres los hay y en otros no. Lo que nos importa es que los rayos situados más allá de los bordes indican la existencia y situación de varios cráteres.

Algunos astrónomos británicos han declarado que el hemisferio desconocido podría diferir del conocido en cuanto a proporción de detalles, aunque fundamentalmente debe de ser similar. Creen que el hemisferio desconocido contiene un número menor de cráteres y que consiste principalmente en grandes *mares* o planicies.

Lo único que puedo sugerir aquí es que debemos tener paciencia. Dentro de veinte años, si no antes, podremos ver las películas y conocer cómo es en realidad la otra cara de la Luna. ★



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Espaciotest

Aquí tiene usted un desafío a su memoria y a su cultura. Si usted es un asiduo lector de MÁS ALLÁ, le resultará más fácil responder a este ESPACIOTEST. Indique en los cuadritos de la derecha las letras que corresponden a las respuestas que le parecen correctas. Compare los resultados en la página 99 de este volumen. Si no ha cometido ningún error, puede estar muy orgulloso. Si sus aciertos han sido 4 o bien 5, sus conocimientos son superiores al promedio de las personas cultas. Si ha contestado correctamente 3 preguntas, el nivel de sus conocimientos corresponde al promedio. Si ha acertado 2 o menos, no se aflija y siga leyendo MÁS ALLÁ, que le proporcionará un sinfín de conocimientos serios sin las molestias del estudio.



Pregunta Nº 1: BA

Pregunta Nº 2: BC

Pregunta Nº 3: ED

Pregunta Nº 4: CB

Pregunta Nº 5: CB

Pregunta Nº 6: CE

1 **Para observar el núcleo del átomo con electrones conviene que éstos posean:**

A) Alta energía.
B) Baja energía.
C) Energía media.

2 **¿Cuál es la cantidad de radiación que recibe normalmente una persona como consecuencia de la radiactividad ambiente?**

A) 1 Roentgen
B) 4,5 „
C) 10 „
D) 50 „
E) 100 „

3 **La antigüedad de la vida sobre la Tierra se calcula en:**

A) 10 millones de años
B) 80 „ „ „
C) 800 „ „ „
D) 1000 „ „ „
E) 3000 „ „ „



4 **¿Cuál de las siguientes es la temperatura "controlada" más alta alcanzada por el hombre?**

A) 5000 grados
B) 10000 „
C) 50000 „
D) 1 millón
E) 10 millones



5 **La población del mundo crece a un ritmo de:**

A) 10 personas por hora
B) 80 „ „ „
C) 500 „ „ „
D) 4000 „ „ „
E) 50000 „ „ „



6 **¿En cuál de los siguientes países el número de calorías que se ingieren diariamente por persona es más bajo?**

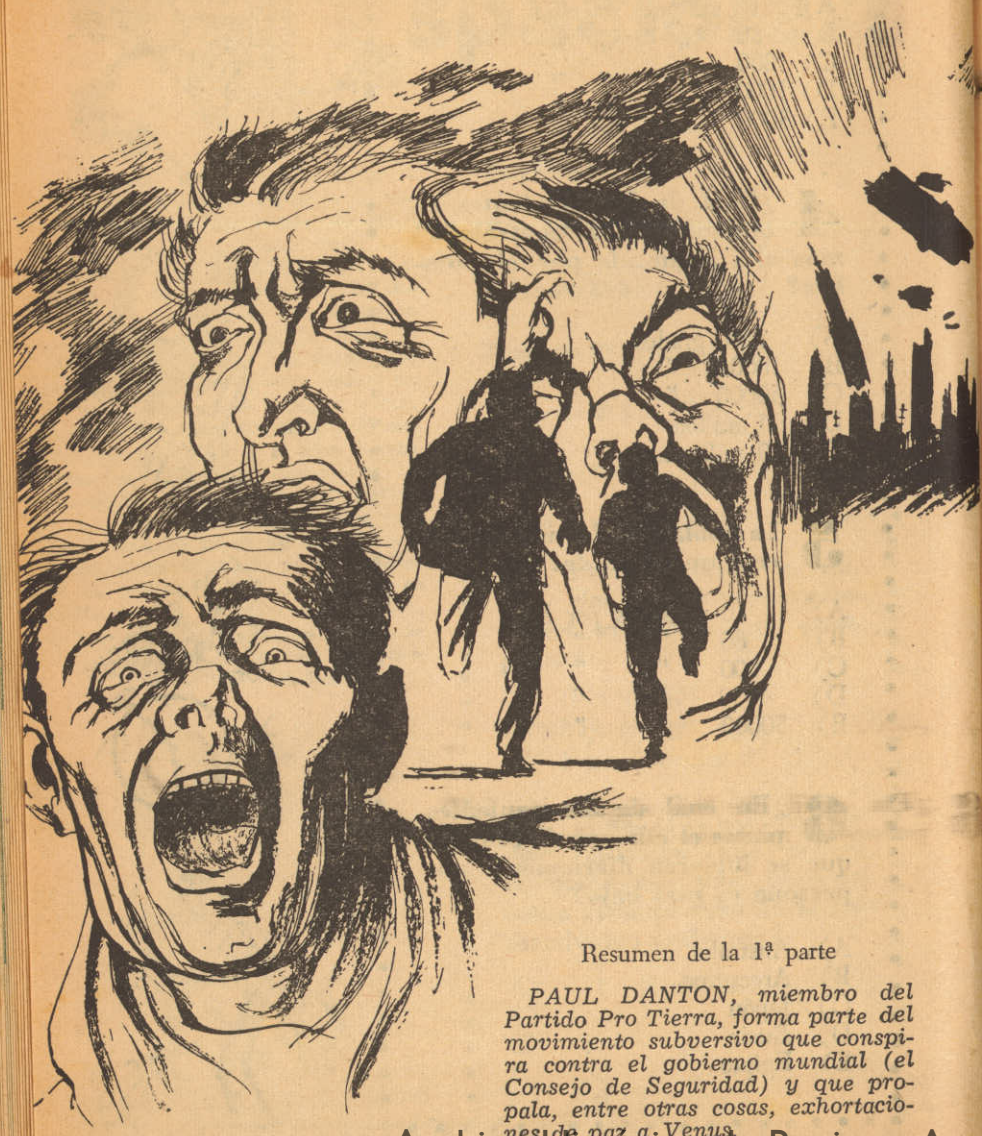
A) Australia
B) Argentina
C) Japón
D) Rusia
E) Egipto



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

por J. BLISH y M. SHERMAN

ilustrado por ORNAY



Resumen de la 1ª parte

PAUL DANTON, miembro del Partido Pro Tierra, forma parte del movimiento subversivo que conspira contra el gobierno mundial (el Consejo de Seguridad) y que propala, entre otras cosas, exhortaciones de paz a Venus.



el hombre doble

(Conclusión)

Entre los integrantes más destacados del Consejo de Seguridad, se encuentran JOACHIM BURGD, odiado por el Partido Pro Tierra, y que es representante de la Antártida. MARCIA NELS, presidenta del Consejo y hábil política. HEATH, representante apalache.

Danton asiste a una reunión del Consejo, donde se debate la imposibilidad de defenderse del Gobierno Terrestre en el Exilio que, desde Venus, ataca a la Tierra con proyectiles químicos. Pero los venusianos han instalado alrededor de su planeta una pantalla de radiaciones, impenetrable para las armas atómicas con que podrían defenderse los terrestres.

A unos setenta millones de kilómetros de Venus, hay un pequeño vórtice en la ionósfera terrestre, establecido magnéticamente por la espacionave en la que huyeron hacia Venus los primitivos miembros del gobierno terrestre en el exilio. Los hombres que lo integran pueden sintonizar la reunión del Consejo de Seguridad. GEOFFREY THOMAS, director de Venus y verdadero anacronismo inmortal, es el fabuloso genio electrónico que creó la pantalla que recubre todo el planeta. Entre el conjunto de hombres que lo rodean está LATHROP, el Sin Nervios; ENFIELD, el Mazarino pensativo; MANN, especie de Casio; TAVERNER, engañosamente ingenuo.

En el debate sobre la posibilidad de poner en práctica el plan de Duplicación, Danton comprende que el Golgi o Corteza (director del Consejo de Seguridad) había adoptado su decisión a favor de la Duplicación, mientras que los representantes del Partido Pro Tierra, fracción minoritaria, se oponía a ella. El secreto de la máquina de Duplicación se ha guardado celosamente hasta aquel momento. Para el público, no es sino una leyenda.

Danton decide someterse a la prueba de duplicación utilizando como operador al capitán SMALL. Una vez logrados los resultados, cortan todas las unidades de comunicación y los alambres exteriores, evitando de esa forma que lleguen informes al Corteza.

Mientras tanto, en Venus la situación se ha tornado angustiosa, pues se presume la muerte de Thomas, y Taverner, su segundo y rival, es acusado de su desaparición. La pantalla

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de seguridad ha sido destruída; y en esos momentos, entre la espesa niebla que rodea al planeta, una extraña confabulación de rebeldes a la causa de los cabecillas en Venus, delibera acerca de las consecuencias que acarreará la ruptura de la pantalla y de las posibilidades que se avecinan en un tremendo ataque de los terrestres.

Estas deliberaciones son anónimas: los componentes de la asamblea aparecen cubiertos entre ellos y son inidentificables. De pronto, la figura de Lathrop irrumpe en la sala y se declara partidario de esa minoría rebelde. Pero Thomas no ha muerto. Su don definitivo de inmortalidad lo torna invulnerable a cualquier agresión. Y así se lo confiesa a su amiga LUISA, eminencia gris que lo tolera, pero siempre pronta a la traición, pues ama a Lathrop.

A todo esto, en la Tierra, la duplicación de Danton ha sido un hecho. En la reunión del Consejo de Seguridad, a la que Danton asiste, se le informa de la existencia del satélite artificial, cuya órbita se centra en Venus, el cual usan los desterrados como observatorio y como estación para bombardear a la Tierra. Los miembros del Consejo ignoran que Thomas sobrevive a la muerte y se habla de él como ya desaparecido hace más de treinta años.

Danton informa acerca de la existencia de dos partidos de Venus: el minoritario, que desea hacer las paces con la Tierra, que preconiza la independencia y se opone a los bombardeos, y el mayoritario, que propone atacar a la Tierra violentamente. Ambos están en pugna y, en esos momentos, en situación crítica.

Danton y su doble, un habitante de Venus, se introducirán directamente en la política de Venus. Lo arrojarán a él y su doble, en paracaídas, a través de la pantalla, y allí podrá obrar a su albedrío.

A las órdenes de MANN, mientras tanto, se prepara el decisivo ataque de Venus a la Tierra, dirigido desde las sombras por Thomas. Se ignora dónde se halla el mariscal Lathrop, que se ha plegado a los rebeldes.

Y entre las nubes de polvo de Venus, más de mil torpedos vuelan hacia la Tierra, que gira plácidamente esperando el ataque.

Capítulo IV

LO importante, pensaba Paul Danton, era mantener el dominio de sí mismo. Recordó cómo recalcaban ese punto en el Partido Pro Tierra, desde que uno se unía por vez primera a sus filas: "Controla tus pensamientos; analiza tus emociones, sé objetivo". Danton estaba sentado en la oscuridad, violentamente quieto, procurando desatar los nudos de su pensamiento, que le impedían razonar ordenadamente.

"Bueno", pensó. "Hay un hecho objetivo: ella me atrae y, aparentemente, yo le gusto a ella". Repitió este pensamiento varias veces, como si fuera un slogan o un discurso que debía decir de memoria. "Esto no me gusta nada", agregó su imaginación. "Esto no me gusta nada, y no quiero saber nada con ella. Es un sentimiento irreal y completamente romántico".

Danton miró a su alrededor. La habitación era confortable, pero estaba cerrada con llave y convenientemente desprovista de ventanas o cualquier otra abertura. A él lo habían alimentado con productos de la propia cocina del Consejo, y le habían dicho que durmiera unas cuantas horas. Dirigió la mirada hacia la puerta y se figuró que Marcia Nels estaba allí, mirándolo del mismo modo y diciendo: "Nadie sabe exactamente, señor Danton, qué esfuerzo implica someterse al proceso de duplicación. No hay peligro alguno; pero conviene que usted tenga los nervios tranquilos y descansados".

Danton sonrió. Bastantes nervios le produciría enfrentarse con cinco copias de sí mismo. Intentó dormir un rato, pero no lo consiguió.

Se levantó, encendió la luz, se lavó y se vistió: todo ello con una ansiedad que hacía años no experimentaba. Se sentía como un chico en la mañana de Navidad, seguro de que es la hora de levantarse, pero sabedor de que no debe deslizarse escaleras abajo, según sus fervientes deseos, y espiar el árbol. Sacó una copia de "Finnegans Wake".

"Dios mío, cómo odiaba yo esto en el colegio", pensó. Pero quizá fuera así porque era lectura obligatoria. Además esta edición parecía sin expurgar.

En la puerta sonó un golpe discreto. Danton gritó:

—Estoy despierto. La puerta se abrió, y entró un asistente con una bandeja. Detrás de él, en el corredor, guardando en el cinturón la llave de color con que se había abierto la puerta, Danton vió una figura que le era familiar: el capitán Small.

—Hola —dijo Danton—. ¿Me va usted a seguir como perro fiel hasta el fin?

—Hasta el pie del cadalso. Se supone que yo lo conozco a usted mejor que nadie. ¿Ha averiguado ya por qué era usted tan valioso?

Danton asintió con la cabeza.

—Sí. Pero si a usted no se lo han dicho ellos, creo que tampoco yo debo decírselo.

El agente saludó con una mano.

—Mi curiosidad es puramente profesional. Hasta luego.

Danton atacó su comida con inesperado deleite. Todavía estaba comiendo cuando la puerta volvió a abrirse.

ERA Burgd.

—Buenas tardes —dijo el antartidense, con tono agradable—. Quédese sentado. No quiero interrumpirle la comida. Todavía falta un rato; pues sólo son las doce de la noche. Mi visita es puramente amistosa.

—Gracias —dijo Danton—; pero me sorprende...

—Bueno, admito que no somos viejos compañeros de colegio. Sin embargo, usted es inteligente (hombre de buena voluntad, como decían en el siglo veinte) y se ha decidido a intervenir en una aventura azarosa por razones idealistas —Burgd tosió ligeramente—. Esa es una actitud que me disgusta, porque conduce inevitablemente a grandes choques emocionales. Si usted fuera un sinvergüenza, no me importaría, pero...

Danton ocultó su reciente desconcierto, mediante la maniobra de cortar un biftec. ¿Acaso intentaría Burgd disuadirlo de la decisión tomada?

—Hablo en mi nombre exclusivamente; no en nombre del Comité —continuó Burgd—. Y le diré que no me gusta la política que estamos haciendo; y que mucho menos me gusta el uso de la máquina de duplicar. Dígame...; ¿recuerda exactamente por qué fué tan fácil poner en vigor las órdenes de Paz, aún cuando, en el momento en que se promulgaron, sólo quedaban en manos del Escuadrón, unas diez bombas atómicas?

Danton parpadeó, preguntándose adónde iría a parar todo aquello.

—Claro... Sí, creo que sí. Los terremotos y las tormentas que siguieron al deshielo de los polos, hicieron imposible toda resistencia. Hubo algo sobre el cambio del ángulo de precesión de los equinoccios...

—Usted se refiere a la ley de Drayson. Lo importante es que el famoso ángulo no cambió. El *momentum* del resto de la masa de la Tierra lo impidió. El resultado fué que la energía consumida para hacer girar y girar la capa de hielo polar se convirtió de *momentum* angular en calor: una vez que la cuarta parte del peso fué bombardeado, el resto de la capa se derritió sola.

Burgd hizo una pausa. Los dos tenían presente una misma visión: la furiosa niebla cubriendo todo el continen-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¡acaba de aparecer!

Otro cuidado libro de la colección FANTACIENCIA, con la versión íntegra, escrupulosamente traducida e impecablemente presentada, de

LA AGUJA DEL DOCTOR COSTIGAN

por Jerry Sohl

El resurgimiento de una civilización, tras un viaje hacia lo desconocido.

OTRAS FANTACIENCIAS PUBLICADAS

- **PODER EXTRAÑO** por Wilson Tucker
  La gran novela de la telepatia y la teleportacion.
- **EL FENIX** por Harold Mead
  La elección entre una supercivilización y la vida primitiva
- **LAS HAPLOIDES** por Jerry Sohl
  El fantastico proyecto de una sociedad sin hombres.
- **LOS AMOS DEL TIEMPO** por Wilson Tucker
  La influencia de dos seres siderales en la historia de la humanidad.
- **PARTIDA** por Cyril Kornbluth
  El punto de partida de una nueva cronologia.

Pida estas FANTACIENCIAS en las buenas librerias

FANTACIENCIA es la marca registrada que distingue las novelas de ficción científica que publica

JACOBO MUCHNIK - EDITOR - BUENOS AIRES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

te, y el rugido del interminable páramo helado resquebrajándose frenéticamente en un infierno de relámpagos y granizo.

—Pero los terremotos y lo demás, sólo sirvieron de complemento —continuó Burgd—. Las naciones estaban en vísperas de otra guerra; otra "última guerra", por supuesto. Esa ha sido la justificación de todos los sinvergüenzas, para iniciar una nueva guerra, durante el siglo XX. Los idealistas no se portaron mucho mejor; y los dos grupos juntos... Bueno, volviendo al tema, había suficiente organización como para combatir contra el Escuadrón Internacional. Diez bombas no eran capaces de asustar a los oficiales que no corrían casi ningún riesgo de ser alcanzados por ellas.

—¿Qué los detuvo, entonces?

—El caos: el viejo cuco de los burócratas.

Cuando el orden establecido es destruído o sufre serios golpes, la cadena burocrática se rompe. Y los burócratas no tienen a quién culpar de sus propios errores o en quién delegar responsabilidades durante la crisis. Si el golpe es suficientemente duro, el burócrata puede perder su posición; pues generalmente ejerce alguna función pública que depende de la existencia de una maquinaria gubernamental altamente centralizada. Los gobiernos nacionales estaban tratando de hacer frente al caos producido por los terremotos, que era lo que temían. Prefirieron entregarse al enemigo, antes de que lo otro los derrotara... Y el grupo de Seguridad representaba para ellos el orden. Cuando llegó la amenaza de la bomba, estuvieron encantados de hallar tan buena excusa y pasarnos a nosotros la responsabilidad de restablecer el orden.

Danton se recostó pensativo en su asiento.

—¡Oh!, ya veo. ¿Y eso es lo que usted espera que pase en Venus?

—Exactamente. En el mundo del funcionario de gobierno, la máquina de duplicar es un arma diez veces más temible que cualquier otra. Inclusive la bomba de carbono no los asusta bastante; principalmente porque casi ninguno goza de suficiente imaginación para hacerse idea de que el planeta entero puede desaparecer de un solo estallido; y los que podrían preocuparse se tranquilizan con las explicaciones de los técnicos, que afirman simplemente que eso no ocurrirá. Yo, sin embargo me atrevo a decir que, si llegamos a tener otra guerra internacional en la Tierra, algún idiota va a poner en uso la bomba de carbono, por puro escepticismo. En cambio, la máquina de duplicar..., ataca directamente la parte del universo que es íntima y real para el burócrata; produce el caos organizado: algo mucho peor que el fuego y el escándalo.

DANTON miró fijamente al antartidense, deseando descubrir su verdadera intención. Burgd hablaba igual que por la televisión, pero no estaba tan acicalado como durante las transmisiones oficiales. Sin embargo, su tono tenía algo que Danton no había notado en anteriores ocasiones, ni creía que hubiera existido. Siempre se había imaginado a Burgd como maestro en el arte político; como profesional con el fino instinto y el entusiasmo auténtico del aficionado. Pero aquella noche, Burgd parecía hablar con el corazón: no representaba ningún papel.

—Dígame exactamente, ¿por qué me cuenta todas estas cosas?

Burgd se alzó de hombros.

—En parte porque usted me agrada. No sé hasta dónde llega su simpatía por los exilados; pero al menos es claro que usted favorece al partido más débil. No importa si lo hace por sentimiento o por principios. Sé cómo siente usted. Yo siempre fuí partidario de causas perdidas..., antes de obtener

este puesto en el Consejo. Deseo que usted comprenda que la misma gente a quien apoya lo odiará por sus buenas intenciones.

—Eso no es ninguna novedad en materia filosófica, señor Burgd —dijo Danton—. Aunque no nos lo dijeron en cuanto entramos a formar parte del Partido Pro Tierra, creo que cualquiera de nosotros se daría cuenta de ello con apenas unos pocos meses de experiencia. La crucifixión de los salvadores es una vieja costumbre, muy anterior a la crucifixión de Cristo; y es una costumbre que no se abandona jamás —Danton se encogió de hombros—. Los que no se dan cuenta de eso, se amargan; los realistas esperamos tan sólo poder conservar la vista fija en nuestro objetivo.

—Eso es verdad, pero solamente en parte —replicó el antartidense—. Lo malo que tienen los salvadores es que quieren salvarlo a uno, pero a su modo.

—Bueno —suspiró Danton—, se me considerará la última palabra en materia de plagas militares; como la más novedosa conquista en materia de armas biológicas —sonrió de repente—. Su afectuoso interés por mí, está tomando un insospechado cariz práctico, señor Burgd. Lo que usted ha hecho es prevenirme, lo más rigurosamente posible, contra la peregrina idea de que les cuente todo a los moradores de Venus, una vez llegado a aquel planeta.

Burgd hizo girar un cigarro entre los dedos, y después lo olió.

—Mi reputación de astuto no es totalmente inmerecida —admitió—; pero la razón que le he dado para prevenirlo es sincera. Hay otra cosa que usted debe conocer, por cualquier eventualidad. Dígame; ¿sabe algo de los inmunes?

—¿Los inmunes? —Danton no pudo disimular su sorpresa—. Maldito si veo la relación de una cosa con la otra, pero..., le diré que son la única mutación sobreviviente que resultó de la radiactividad que quedó flotando después de bombardeadas las capas polares. Son generalmente odiados, pero por ninguna razón determinada.

—Casi la única característica que tienen en común es la de ser estériles: no se enferman y, en consecuencia, suelen vivir hasta edad avanzadísima.

—Hasta aquí vamos bien —asintió Burgd, con gravedad—. Pero creo que la masa del pueblo los cree inmortales y también invulnerables a cualquier accidente. Ninguna de estas dos cosas es cierta. Los inmunes pueden volar por el aire en cualquier explosión y además no pueden vivir sin respirar oxígeno; pero, fuera de esto, son capaces de adaptarse a casi todo lo demás.

—Pero...

BURGD hizo un gesto con la mano para que Danton no lo interrumpiera.

—Me preguntará, usted, por qué le hablo de esto... Y no puedo decírselo. Verá que muy pronto le resultará útil lo que sabe de los inmunes. Si no hubiera sabido nada mi obligación habría sido informarlo. Eso es todo. En cuanto a la máquina de duplicar, como le he dicho, no me entusiasma que la usemos. No es que tenga miedo del fantasma del caos; lo que detesto es el intrincado sistema de organización que hace posible la existencia de ese fantasma, y pienso que el uso de la máquina tiende a perpetuar el sistema.

—Pero —dijo Danton— para gobernar una civilización de tecnología tan avanzada, se necesita un gobierno de organización bastante intrincada.

Burgd miró plácidamente las volutas de humo de su cigarro.

—¡Ah, los progresos de la civilización técnica!... Piense un momento, amigo mío. ¿Cree que sería necesario este tecnicismo desesperado en que nos movemos, si nuestra única preocupación fuera [illegible] la gente bien vestida, bien alimentada y saludable? Hace tiempo que rebasamos esas posibilidades. La medicina, la agricultura, la educación..., ninguna de ellas requiere una técnica tan avanzada y que consuma tanta energía como la que tenemos. Aunque agregáramos algo para investigaciones básicas, no necesitaríamos sino la mitad. Hay una sola razón para mantener el avance de la técnica con este ritmo. Y usted la conoce tan bien como yo.

—La guerra —dijo Danton.

—¡Uf, qué palabra más fea! Llamémosle..., defensa.

—¿Contra qué? ¿Contra Venus? ¿Quién es el ridículo ahora?

—Yo —dijo Burgd—; pero es porque estoy hablando en nombre de una civilización ridícula. Piénselo bien, señor Danton... Y buen viaje.

El consejero salió cerrando la puerta tras sí. Danton se quedó mirando pensativamente el poso de su café. El árbol de Navidad había sido bastante bonito, aunque el tan deseado tren eléctrico no se encontraba entre sus ramas. Pero, recordando luego el dominio de sí mismo y la objetividad que él había mantenido en el diálogo, decidió que había sido un árbol de Navidad ideal.

Todavía pensaba en esto cuando vinieron a buscarlo.

EL rugido de los motores se interrumpió de pronto; sólo se oía la asmática tos de las unidades mal alimentadas. Cerrado el suministro de oxígeno, el combustible que goteaba era rápidamente vaporizado por los calientes tubos, y las explosiones de vapor se fueron haciendo más débiles y espaciadas. Finalmente, todo quedó en silencio.

—¡Diablos! —dijo Mann impresionado—. Me gustaba más el ruido. ¿Por qué está todo tan muerto?

El piloto se alzó de hombros y se pasó los dedos por el pelo.

—Nada de importancia. En Venus siempre había un murmullo de sonidos provenientes de alguna parte, por más distante que fuese. Aquí, nada... ¿Oye el ruido del mar?

—¿El mar?... —Mann frunció el ceño—. Sí, sí; oigo una especie de sonido marino. ¿Qué es?

—El paso de la sangre por el oído interno. En el planeta es dificilísimo encontrar un sitio suficientemente calmo como para oírlo; pero en la Estación Exterior lo oíamos con frecuencia.

—Bueno, no me gusta nada.

Mann aguzó el oído, un momento—. ¡Por Dios!, ¡encienda la radio! —movió nerviosamente las manos, mientras la radio se calentaba—. ¿Por qué no zumba como de costumbre?

—Es un desperfecto de las baterías.

El locutor hablaba en voz apenas perceptible.

—Dos de los muchachos están hablando en alguna parte —dijo el piloto—. Casi ni están en la onda. Voy a ver si puedo pescar a algún otro.

Fuertes ruidos estáticos interrumpían las lejanas y solitarias voces.

—¿Qué diablos están haciendo? —preguntó bruscamente el que hablaba.

Mann sonrió y levantó el tubo.

—Aquí habla Mann. ¿Quién habla ahí?

—Goode. Dejen de hacer ruido por favor. Alguien está queriendo hablar detrás de nosotros, y ni Sparks ni yo podemos oírlo.

—Sí, he oído voces —dijo Mann—; pero sonaban muy débiles. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

—Bastante, espere un momento y se lo retransmitiré.

—Está bien.

Mann tenía ganas de pasear por la pequeña cubierta; pero acababa de golpearse la frente, un momento antes, al intentarlo. Se contentó con golpear el suelo con los pies e imaginarse el desastre que se aproximaba a la Tierra.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Así era mejor. Se relamió mientras el piloto chupaba un lápiz y revisaba los cálculos tranquilamente. Mann interrumpió sus meditaciones y lo observó furiosamente. ¡Al diablo con aquellos tipos de la Estación Exterior, tan acostumbrados al espacio, que ni lo notaban!

Había mirado afuera unos minutos antes, para agitar amenazadoramente el puño en dirección a la Tierra; pero las gloriosas estrellas le dieron vahído, y odiaba aquel vacío de luces y sombras. A Mann le parecía imposible que una de aquellas luces fuese la Tierra y que fuera sólida y bombardeable.

Pensó: "Si a ese hombre le encantara esto, si hiciese frases poéticas sobre este infierno yo le mandaría callarse, pero lo respetaría. Pero simplemente lo ignora, lo pasa por alto... ¡Ese hombre es una máquina!"

—¡Mann!

—¿Qué? —Mann iba a dar un salto, pero se contuvo—. ¿Qué, qué pasa?

—No estoy seguro de haberlo entendido bien —continuó la otra voz—; pero parece que la cadena se rompió en algún punto. El tipo que viene detrás de mí, dice que apenas puede oír al que va detrás de él. De todos modos parece que el parte proviene de Grenfell y que éste empezó a enviarlo apenas alcanzó el espacio. Dice que ha habido una especie de revolución en Venus.

—¿Lathrop?...

—No, todavía no sabemos nada. Parece que se trata de algo llamado Partido de la Tierra. De todos modos, casi todos los observatorios han sido saboteados, y las dos estaciones polares están liquidadas. Un momento; que llegan más noticias...

MANN miró azorado, a través del cristal, a la remota estrella llamada Tierra. La Tierra. Partido de la Tierra. Sabotaje. Eso significaba [illegible] ganizados y armados desde tiempo atrás, completamente a escondidas de la Conjuración. Y alguien...

El locutor susurró suavemente:

—Salieron... Cuatro días... Díganle a Mann...

—¿Hola, Mann? —se oyó la voz más cercana—. Otra vez Goode. Granfell se ha perdido. Es el último que salió. Los de la Estación Exterior les avisaron y les dijeron que se detuvieran hasta que se pudiera arreglar algo. Quedan cinco naves, contándonos a nosotros.

—¡Cinco! —estalló Mann—. ¡Debieran ser dieciséis!

—Ese es el eslabón que falta. No podemos sintonizar a Kolar. Un meteorito o algo parecido... Nunca sabremos.

—Quizá lo único que pasa es que su radio no funciona.

—Posiblemente; pero no hay que contar con él. De todos modos hay mil bombas V en marcha hacia la Tierra, delante de nosotros; y 150 hombres podrán muy bien dañar, aunque sea un poquito, Lon Garland.

—¿No salió ninguno de los atómicos?

—Ni uno. No sé por qué. Tenían suficiente potencia como para compensar cualquier error.

—Lo llamaré más tarde —Mann apoyó el tubo pesadamente en el panel de control. El piloto lo miró con aire fatalista.

—Esto tiene mal aspecto, jefe. Es una pena que no podamos volver. Una vez que caigan esos torpedos, los terrestres van a estar preparados para lincharnos en cuanto pongamos pie en la Tierra.

Mann asistió gravemente.

—Espero que al menos algunos caigan en el edificio del Consejo de Seguridad. Tenemos suficientes bombas para despejar nuestro campo de aterrizaje.

Se irguió para dirigir otra mirada de odio al brillante planeta, recordando cómo todo había nacido en el mismo momento en que había empezado a detestar la vida de Venus. Recordó el odio fanático que sentía su padre por la Tierra, y su propio sentimiento inicial de rebeldía ante la propaganda que había querido inculcarle. Y luego, el pequeño incidente que repentinamente había puesto la situación en su justo lugar y lo había unido a su padre en un deseo común de venganza... Lo raro era, no poder recordar qué había pasado. Había sido algo fundamental: hubo de ser fundamental, para que se operara en él un cambio semejante.

Mann sacudió la cabeza; pensó en el enjambre de torpedos; se imaginó edificios destruídos y cien distintas formas de muerte.

"Esto nadie me lo puede impedir", pensó.

De pronto se sintió cansado, porque empezó a recordar algo más..., algo sobre las razones por las cuales se había rebelado contra su destino.

Sintió necesidad de mirar nuevamente a las estrellas y se dió cuenta de que ya no lo horrorizaban.

"¡Ea!", pensó, "esto será como cualquier otra guerra en la historia de la Tierra: cuando termine, nadie resultará vencedor".

La rebelión en Venus..., seguramente había estallado con objeto de detener el ataque a la Tierra; pero llegaba demasiado tarde: las bombas V y cinco naves químicas estaban ya en marcha.

—La flota también fué lanzada, pero demasiado tarde, demasiado tarde...

—Sí —asintió el piloto—, eso es lo que pasa cuando la suerte se invierte. Y nadie va a ganar esta guerra; pero, seguramente, alguien saldrá perdiendo.

"¿Cuestión de suerte?", pensó Mann. No, no era cuestión de suerte. El partido de la Tierra..., el Partido Tierra... ¿Quién ganaría con esta revuelta? ¿Quién sabía y había guardado el secreto, para servirse de él? Esa sería la única respuesta lógica.

¿Quién podría ganar? Todos habían perdido: la Tierra, él mismo, Lathrop, Enfield, el Partido de la Tierra...

Mann interrumpió sus pensamientos y se quedó inmóvil, aturdido. Había descubierto al ganador: Luisa.

LOS cuatro miembros del Comité Ejecutivo del Consejo de Seguridad de la Tierra estaban presentes.

Paul Danton, los miró de uno en uno. Le pareció que tenían tan pocas ganas como él de que llegara el momento de realizar la esperada sesión de duplicación. Marcia Nels estaba pálida, y sus ojos revelaban que había pasado mala noche. Joachim Burgd lo saludó serio y amistoso; parecía preocupado, y su mirada se dirigía continuamente a la máquina. Solamente Heath, el apalache, parecía tranquilo (el tono de su voz no había cambiado) y hablaba continuamente con Tamara, la cual asentía ocasionalmente, pero manteniendo su mirada, fija e intensa, sobre Danton. Este se sintió inquieto.

Un técnico acababa de dar los toques finales a la máquina de duplicar. Esta-

---

Relojes de sol

UNA compañía relojera suiza ha lanzado al mercado la versión moderna de los relojes de sol, que, al igual que los antiguos, funcionan sin necesidad de darles cuerda. Se trata de relojes equipados con células fotoeléctricas que transforman la energía luminosa del sol en energía eléctrica para hacer funcionar un pequeñísimo motor, encargado a su vez de actuar sobre el resorte del reloj. De esta manera se obtiene un funcionamiento continuo y automático.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ba también el capitán Small, por cuyas actitudes Danton se dió cuenta de que lo habían enterado de todo. Lo miró y comprendió que bajo su expresión profesional había un dejo de ira, que luchaba por sobreponerse a su natural simpatía.

Marcia Nels dijo:

—Señor Danton, ¿todavía está usted dispuesto a ayudarnos?

Su voz manifestaba preocupación.

—Sí —contestó sencillamente Danton.

—Gracias —murmuró la albertana. Tomó uno de los varios objetos brillantes que había en el centro de la mesa; era una especie de casquete de vidrio hilado con un cordón de alambre. Los otros miembros y el agente de Seguridad se calzaron cascos semejantes y enchufaron los extremos en los respectivos orificios.

—Esto no es una máquina de fotografías —explicó el técnico, obedeciendo a indicaciones de Marcia Nels—. Básicamente es un encefalógrafo: capta cierto tipo de ondas kappa, pertenecientes al cerebro de su operador u operadores. Determinar cuáles son las ondas y dónde se originan, es un secreto que murió con Jonas Pell. Por fortuna no necesitamos conocer la verdadera naturaleza de la electricidad, para hacer una lámpara eléctrica. Estos esquemas parecen recopilar los recuerdos y la percepción presente relativos a la persona que debe duplicarse. Se necesita un operador por cada duplicado.

—El máximo de duplicados que se puede obtener en una sola operación es cinco, ¿verdad? —preguntó Heath.

—Hay solamente cinco cascos —dijo el técnico—. No sabemos cuántos más podrían funcionar simultáneamente.

—¿Y qué pasa con la estructura molecular del cuerpo? —preguntó Danton, satisfecho de que se le hubiera ocurrido la pregunta—. Ningún operador sería capaz de llevarlo todo eso en su mente.

—No es necesario. La máquina construye una estructura normal completa, incluyendo el cerebro y las redes nerviosas. El conocimiento que el operador tenga del sujeto, se limita a moldear su aspecto externo e induce los reflejos y conexiones nerviosas que constituyen la personalidad.

—Pues si eso es así —dijo Heath—, ¿por qué no puede el sujeto actuar solo? Me parece que nadie puede conocer a uno mejor de lo que uno mismo se conoce.

El técnico se rascó la cabeza.

—Realmente, señor Heath, esa sí que es una pregunta... No hay una respuesta exacta. Podríamos decir que es así por la misma razón por la cual uno no puede sintonizar su propia imagen en el receptor de televisión: la línea está ocupada.

—Bien, vamos a ver si yo lo he comprendido —dijo Burgd—. El sujeto suministra el esquema cerebral y el esquema orgánico interno. Pero en lo tocante al aspecto externo, señor Danton, la imagen mental que usted tiene de sí mismo, está disminuída en la perspectiva de su altura, está idealizada en cuanto a los rasgos, y no incluye sino una vaga noción de su figura, vista por detrás y por delante. Queremos que los duplicados tengan el mismo aspecto que usted tiene, y no el que usted se imagina tener o desea tener —dirigió una rápida mirada al técnico—. ¿Le parece bien esta explicación?

—Bastante buena.

—Adelante; terminemos de una vez —dijo Marcia Nels—. ¿Está listo, señor Danton? Si es así, haga el favor de entrar a la cámara.

DANTON asintió con la cabeza. Su mirada tropezó con el elegante atavío de Burgd. El antartidense se había afeitado y acicalado como para una aparición en público.

Danton se desnudó y avanzó resueltamente hacia la máquina.

Un momento después, él estaba dentro, y los otros cinco quedaban a la parte de afuera. Una puerta aislante los separaba. Nervioso, se sintió algo desilusionado al notar que dentro de la cámara no había nada que ver.

Las paredes temblaron con un profundo latido: *¡Trummm!*

No experimentó sensación ninguna y se preguntó para qué sería necesario estar dentro de la máquina.

¡Trummm! Parecía como si sus duplicados salieran del aire mismo. Por supuesto que no era así: la máquina no creaba materia a partir de la energía: todas las substancias químicas que constituyen el cuerpo humano estaban guardadas en su mecanismo.

¡Trummm! Ya iban tres. Evidentemente, durante la larga hibernación sufrida por la máquina, debían de haberse perdido muchos datos. De algún modo, por más oscuro que fuese, él tenía que estar contribuyendo al proceso. ¡Oh, sí!, por supuesto, aquéllas eran sus propias imágenes mentales: ningún otro podía suministrarlas.

¡Trummm! Danton esperó. El capitán Small también intervenía en esto. Y Danton se preguntó por qué, y qué conexión tendría el capitán con el Comité de Seguridad. Recordó: "Se supone que yo lo conozco a usted mejor que nadie." Pero ¿qué tendría que ver una cosa con otra?

¡Trummm! Ya estaba hecho todo. Danton tragó saliva y sintió que lo invadía una oleada de pánico. Allí, fuera, había cinco personas que pensaban exactamente como él, que sabrían exactamente lo que él pensara en cada momento, y lo que es peor: que conocían todos sus recuerdos. Se tranquilizó al considerar que sus culpas eran también de ellos, y las de ellos de él.

Decidió esperar a que el técnico abriera la puerta.

—Todo está bien —dijo éste nerviosamente—. Ya puede salir. Lo esperan.

Salió de la cámara, caminando lentamente, para enfrentar a los otros. Al ver la expresión de asombro en los demás, pensó: "Les ha impresionado mucho más que a mí".

Un instante después, su aplomo había desaparecido.

De los cinco recién aparecidos, ¡ninguno era un verdadero duplicado de Danton!

—Pero, ¿qué es esto? —saltó Heath, dirigiéndose al técnico—. Usted debe de haber equivocado algo.

—Se ha hecho todo como se debe. No falta sino cerrar la llave maestra —afirmó el hombre, ásperamente—. Yo no tengo la culpa de que ustedes no sean capaces de recordar durante cinco segundos el aspecto de una persona.

—¡Fuera de aquí! —rugió el apalache, blandiendo furiosamente su pipa.

Todos guardaron silencio. Burgd se secaba la frente, procurando recobrar el habitual dominio de sí mismo.

Heath encendió la pipa y la miró a su alrededor.

—En realidad —dijo—, la memoria de alguno estuvo bastante bien. A lo mejor es que no debemos obtener sino un solo duplicado de cada hornada de cinco.

Su mirada se dirigía a uno de los nuevos hombres, que parecía un hermano menor de Danton. Los otros miembros del Comité estaban demasiado ocupados observando al grupo, y no siguieron la dirección de la mirada de Heath.

DANTON y sus encarnaciones se miraron.

Dos de ellos eran muy parecidos al propio Danton, pero ninguno de los dos podría haber pasado por Danton, ni se parecían gran cosa entre sí. El que los seguía era el más asombroso; en él, la contextura y los rasgos de Danton se habían transformado en una extraña mezcla de hermosura varonil y,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

fealdad atractiva. Era el más interesante, y su aspecto gallardo y airoso contrastaba grandemente con el del hombre que estaba a su lado: individuo tímido, rasgos impersonales, que parecía extraído de un molde desgastado. El joven de aspecto algo inexperto que era objeto del escrutinio de Heath, completaba el conjunto.

—¿Podemos estar de acuerdo sobre el hecho de que uno siquiera de estos hombres se parece al venusiano? —preguntó Tamara—. Ese es el parecido que nos interesa.

Burgd señaló:

—Este se parece al venusiano, más que el propio Danton.

Marcia Nels miró al joven duplicado que Burgd indicaba, y le dirigió una sonrisa algo maternal.

—Quizá tenga usted razón. Convendría, sin embargo, pasarlos a todos por el comparador estereoplástico, como hicimos con el señor Danton. Dudo de que estemos ahora en estado emocional apropiado para juzgar con mucha exactitud por nosotros mismos. ¿Qué piensa usted, señor Heath?

—Yo le preguntaría a Danton qué piensa él.

—En lo que a mí respecta..., —dijeron a coro los seis.

—¡Basta! —gritó Marcia Nels—. Capital Small, llame a ese técnico... Gracias.

Esperaron todos en silencio. Los seis Danton se miraron mutuamente con gesto de desaprobación. Poco después, Small y el otro volvieron.

—Doctor —preguntó la albertana—, ¿cuál de estos hombres diría usted que es el que entró en la máquina?

—Ese —repuso el técnico, sin dudar un instante.

El Danton original suspiró aliviado, notando que los otros cinco parecían seriamente sorprendidos. Aquel momento había sido el peor de su vida. Todos sabían ahora lo que aportaba el sujeto original: continuidad de impresión.

—¿Qué iba a decir usted? —preguntó, la rubia, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a Danton.

—Que, por lo que veo, han conseguido dos parecidos bastante aceptables del venusiano —dijo Danton, señalando a los dos que se parecían más a él mismo, aunque eran diferentes entre sí—. Y de los dos, el mejor parece ser el que señaló el señor Burgd. Los otros podrían servir con mala luz, o si las personas a las que deben engañar no han visto al venusiano sino breves momentos por televisión. En tales circunstancias, podrían ser bastante útiles; pero seguramente que ni por un instante engañarían a ningún allegado.

Miró al agente, el cual asintió con la cabeza.

—El señor Danton habla como conspirador experto, señora Nels. No tengo más remedio que estar de acuerdo con lo que dice.

El anunciador sonó cuatro veces seguidas, y luego dos veces más. Heath se sacó la pipa de la boca y la golpeó contra la mesa.

—Es una llamada de urgencia, ¿no? ¡Como si no tuviéramos ya bastantes complicaciones!

Marcia Nels tocó un botón.

—Comité Ejecutivo —dijo.

—¡Señora Nels! —llamó el locutor con voz alarmada.

—¿Qué pasa?

—Están bombardeando en masa el hemisferio diurno.

—¿Qué?... —rugió Heath. ¿El hemisferio diurno de dónde? ¿De la Tierra?

—Sí, señor Heath. Una verdadera tormenta de bombas V, cargadas con todo lo que pueda imaginarse, desde pestes mortíferas hasta explosivos supersónicos.

—Sí, señor. Hace una hora que comenzó. Los informes empiezan a llegar con cierta coherencia, y poco a poco vamos dándonos cunta de lo que está pasando En este momento, el bombardeo está convirtiendo el Atlántico en un verdadero infierno, y avanza hacia el oeste. Si continúa, el continente americano quedará expuesto a él hacia el amanecer. Hemos destacado todas las naves a nuestra disposición, para interceptar aunque sea una pequeña parte de los proyectiles. Pero puede ser que lleguen más. Espero sus órdenes.

Marcia Nels se cubrió el rostro con las manos. Burgd gritó:

—No desperdicien naves, pretendiendo interceptar bombas V... Es inútil. Guárdenlas para luchar contra las naves tripuladas. Probablemente lleguen naves de guerra. Salgan a encontrarlos. De paso, destruyan todo torpedo que encuentren a su paso.

—Bien, señor.

La comunicación se cortó. Burgd se dirigió a los Danton.

—Díganme, caballeros, ¿no están contentos de que su partido no esté en el poder en este momento?

EL corredor que atravesaba la roca, liso como un cañón de escopeta, mostraba serios síntomas de abandono. Al parecer, no había cierre capaz de evitar que, en Venus, el polvo lo invadiera todo. Penetraba en todos lados, escurriéndose por los tubos de ventilación; obstruyendo las pantallas de tejido más tupido; arremolinándose cuando quiera que se abría alguna de las puertas de la superficie; introduciéndose con la ropa de los equipos de la Estación Exterior. Aún a aquella profundidad, formaba sobre el curvo piso una capa de casi diez centímetros de espesor, que Geoffrey Thomas y sus enfermeros, al andar, removían con los pies.

Nadie, sino Thomas, se había internado en tales profundidades del planeta, desde que se hizo el corredor; y el propio Thomas no bajaba desde hacía más de veinte años. Otro hombre le habría hecho una visita anual; pero Thomas, que sabía lo que sabía, podía esperar.

Sabía con quién trataba.

—Las cosas salen como habíamos decidido que salieran —le dictó a su diente postizo—. Cuando algún accidente desvíe su curso, los acontecimientos lo denuncian claramente, y siempre hay tiempo para intervenir y hacer las necesarias modificaciones.

Los dos enfermeros, hombres jóvenes y de fuerte musculatura, nada contestaron. Sus rostros tenían el aspecto de los hipnotizados, su expresión era suave, desamparada, ciega como la de los caracoles. Comparado con la firmeza de propósitos de que estaba poseída la blanda y casi imposible de manejar mole de Thomas, eran unos débiles. Thomas pensaba: "Los he hecho hipnotizar por su bien", y dijo:

—¡Oh!, ya sé que su lealtad es incontestable; pero, aún así, pueden ser torturados. En cambio, de este modo, no recordarán nada, y nadie los someterá a inútiles torturas.

Cerró los ojos como para auyentar una visión desagradable.

—No quiero hacer daño a nadie —susurró—. Probablemente, ustedes tendrán que morir... Ese psiquíatra ha sido lo bastante tonto como para sentirse atraído por Luisa. Ella quiere saber lo que hay en la cámara. Me parece que no me ha creído la historia que le conté: la de que el secreto de la inmortalidad reside en la única célula inmutable de mi cuerpo... Bueno, ese pobre psiquíatra va a recibir un buen golpe, me temo. Su antecesor, el que trabajó con ustedes, era de completa confianza... Morirán ustedes sin darse cuenta, sin siquiera sentirlo; pero úni-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

camente si alguien trata de interrogarlos —Thomas suspiró profundamente—. No debiera esforzarme por hablar mientras camino: es malo para el corazón —se detuvo un momento como si fuera a sonreír, y suspiró de nuevo—. Olcott, abra la puerta.

LOS dedos de Olcott se movieron sobre la combinación; el rostro permaneció impávido; los ojos, distantes.

—Esta es la primera vez que usted hace esto, Olcott, y no sabe lo que hace. Aunque estuviera hipnotizado de nuevo, no recordaría la combinación. Está usted cumpliendo una acción reflejada, que cumpliría, dormido o despierto, si yo se lo ordenara...; pero únicamente en ese caso. Cuando usted muera, ni yo mismo podré entrar a la cámara; pero, para entonces, ya no lo necesitaré.

La cerradura cedió suavemente y los dos hombres empujaron contra la puerta. Thomas sabía que, sin la hipnosis, no la podría mover contra la presión enorme del aire.

—Tienen ustedes fuerza como si cada uno fuese tres —dijo—; pero me temo que no es porque sus corazones sean puros, sino porque sus fuerzas se triplican cuando las últimas reservas se disponen a cumplir una orden.

Un momento después los enfermeros habían logrado que la puerta girase unos centímetros. Con un silbido estridente, el aire se abalanzó por la rendija, y la puerta se abrió ante un remolino de polvo.

Thomas entró y encendió la pequeña lámpara apoyada sobre el escritorio.

—Cierren la puerta y esperen ahí fuera —les dijo—. Abrirán de nuevo cuando yo golpee.

Pero Thomas recordó que golpear sería inútil, aunque fuese él mismo el que golpease, si faltaba la orden previa: la de su propia voz.

Un instante después, había olvidado a los enfermeros.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Y aquí —dijo Thomas—, en el cuerpo de este escritorio está oculta la fuente de las voces que puedo conjurar desde mi diente falso, mientras el otro diente va grabando lo que pasa. ¿Por qué digo esto? ¿Acaso no figura ya en los discos...? ¡Ah!, sí, yo quería decir esto: La civilización de Venus tiene muchos mitos, y uno de ellos es el de que el sistema de comunicaciones es descentralizado. El pobre Lathrop nunca lo sospechó, porque no hay llave maestra para todo el sistema; pero cada clavija particular está conectada de algún modo con el receptor que está en este escritorio; y cualquiera de ellas puede alcanzarse desde aquí. Puedo escuchar fácilmente una fiesta en el otro extremo del planeta. Cualquiera otra persona necesitaría para ello cooperación en gran escala y una enorme cantidad de retransmisiones.

Thomas manipuló los controles y esperó. Después de un rato, el diente falso zumbó. Y en el cráneo del director, una voz de hombre muy a lo lejos, dijo:

—Hola, Geoffrey. ¿Cómo marchan los asuntos?

—Mi tiempo se acerca, amigo. Pero todo está bien terminado.

Otra espera. Luego, la voz dijo:

—Por aquí han surgido algunos factores inesperados, pero nada de importancia fundamental... ¿Deberás llegar hasta el fin tú, Thomas?

—Ya no me preocupa. Me las he arreglado imaginándome que todo esto era un juego; y ahora estamos en un punto en que me he olvidado de imaginar... Cuando sea el momento, encontrarás los discos. Siempre llevo conmigo un grabador minúsculo..., y le cuento monólogos, como un Hamlet de cartón —su inmensa figura casi sollozó—. Este será el castigo de todos mis crímenes. Cuando se conozca su historia, todos tendrán lástima de Thomas... Adiós, amigo. No creo que vuelva a hablarle. El que habla es lo primero que se pierde...

Tras una pausa, sonó la voz:

—Adiós. Gracias por tu ayuda —el director rió suavemente al responder:

—Lo hice con todo gusto —y cortó la comunicación.

Por un momento se quedó inmóvil, mirando al escritorio, haciéndose preguntas a sí mismo, en la suave luz difusa de la lámpara. Sería un gesto oportuno y dramático llamar a los dos hipnotizados y ordenarles, señalándoles el escritorio: "Destrúyanlo".

"No", pensó, "todavía no".

Sabía que su acción positiva había terminado; pero deseaba aún observar cómo se desarrollaba el drama.

"Además", musitó, "esto también puede advertirme la proximidad de la muerte y darme una oportunidad de vencer a mi mayor y último antagonista: yo mismo... Qué ilusión... Esos dos, de ahí afuera, morirán sin saberlo; yo, en cambio, viviré por siempre sin saberlo. ¿Quién de nosotros debería inclinarse ante el otro?

Suspiró y dió la señal.

—No estaría bien regresar adonde está Luisa, desfigurado por la falta de un diente —dijo mientras esperaba que los enfermeros lo ayudaran a levantarse de la silla.

Thomas apagó la luz. Un minuto después, se oyó el sordo ruido de las bombas que extraían el aire de la cámara.

—Y ahora —dijo—, al fin, la escena está lista. Lo que resta, la historia lo dirá.

Capítulo V

TODAVIA estaba oscuro cuando la limousine del Consejo de Seguridad, en la que iban los seis Danton y el capitán Small, penetró en la ciudad; pero la oscuridad no podría proteger el sueño y la paz de la Tierra. Los terrícolas, que normalmente mantenían ocultos los problemas secretos del Comité de Seguridad, parecían haberse quebrado bajo el peso de este otro secreto, el mayor de todos, según pensó Danton.

El y sus reencarnaciones vieron las calles repletas de inmensas multitudes, que chocaban entre sí, empeñadas en una huída desesperada hacia el campo, o bregando por abrirse paso hacia los refugios subterráneos, que ya estaban totalmente llenos. Miró Danton hacia arriba y vió en las ventanas de los rascacielos los rostros pálidos y aterrorizados que miraban hacia el este, esperando enloquecidos la llegada del terrible amanecer. Al amanecer caería la lluvia de bombas sobre la ciudad. Venus, el desconocido e implacable enemigo del siglo, salía de su caparazón.

Danton, pensó: "Nosotros habríamos podido evitar esto; mas luego se preguntó si realmente el programa del Partido Pro Tierra habría sido capaz de cambiar el rumbo de los sucesos".

El conductor tocó la sirena, que apenas se oyó en aquella batahola infernal. Oleadas de gente rodeaban el automóvil, interceptándole el paso. Los hombres se peleaban por treparse al techo; golpeaban contra las ventanillas de plástico, duras como el acero; gritaban, rogaban y maldecían. Sus voces sonaban absurdamente lejanas y débiles. El conductor, con semblante impasible, miró al agente sentado a su lado.

—No, todavía no —dijo Small—. Siga avanzando todo lo que pueda.

Sólo uno de los seis Danton parecía prestar atención a la infernal escena que se desarrollaba ante sus ojos: el más tímido, el menos atrevido, lanzaba de vez en cuando una temerosa mirada. Los otros cuchicheaban en voz tensa y reprimida.

Danton miró a sus cinco "duplicados", recordando lo que había imaginado que sentiría y comparándolo con lo que ahora sentía. No había entre ellos una semejanza absoluta: los cinco duplicados no eran sino un grupo de gente bastante parecida entre sí.

—Y bien —dijo—; todos vosotros sabéis las mismas cosas que yo; pero creo que vistas y sentidas de diferente manera... Cada uno no es simplemente Danton 1, Danton 2, Danton 3, etcétera.

—No —dijo uno de los que más se le parecían—. A mí podrías llamarme Danton Burgd. Siento cierto parentesco con Burgd; parentesco casi tan grande como el que me une a ti, Paul, y que se impone en mí, aunque yo no lo quiera. Siento como si yo comprendiera a Burgd, pero a la vez como si no me gustara gran cosa. Y lo que definitivamente no me gusta es la dependencia interna en que me hallo.

Small lanzó un corto silbido.

—¡Conque éste es el resultado! —comentó—: esto es lo que cada uno de nosotros, con nuestros cascos puestos, conseguimos hacer. Hicimos duplicados de Danton; pero lo que salió fueron nuestras propias ideas sobre lo que el sujeto era, imbuídas en su forma, su personalidad, sus rasgos...

Danton Burgd asintió con un gesto de la cabeza.

—Tenemos todos la misma mente, el mismo contenido en el cerebro, como dijo Paul; pero hay un solo Paul Danton. Yo me siento Danton, sí; pero en cierto modo ese nombre no me cuadra totalmente. Las diferencias son tan evidentes, que no debemos creer que los seis hemos llegado a esta conclusión por una especie de paralelismo mental. No podemos esperar que nos comprendamos perfectamente, y las semejanzas no harán sino aumentar la cofusión.

—En efecto, tú hablas como el propio Burgd —dijo perversamente Danton Small—. Deja que primero hable Paul.

—Bueno, lo sorprendente son estas "diferencias inducidas"... Ahí empieza todo —dijo Danton—. La ucraniana

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

consideró que el hecho de que yo me decidiera a prestar apoyo al plan de Seguridad, era síntoma de mi carácter de ciudadano servil y obediente. No creo que..., sea muy..., acertada o penetrante su versión.

—Yo diría que el hecho de ser tú miembro del Partido Pro Tierra contribuyó tanto a formar la idea de Tamara sobre tu personalidad, como dicha personalidad misma —dijo el capitán Small—. Tamara considera que los miembros de cualquier partido, cuando no ocupan un cargo especial, son un poco carneros de rebaño.

—Es muy posible —suspiró Danton—. El resultado es que este hermano nuestro —dirigió la mirada a Danton Tamara— es, para decirlo con buenas palabras, una personalidad algo inoperante, aunque básicamente sea capaz de los mismos esfuerzos físicos y mentales que yo.

DANTON Tamara tosió como disculpándose.

—Si no molesta a nadie preferiría evitar el análisis de personalidades. Estoy preparado para servir al Partido, como siempre lo he hecho; y, dígase lo que se diga, no dejaré de aportar mi granito de arena.

—Nadie quiso ofenderte, hermano —replicó apresuradamente Danton—. Después de todo, una pulla contra ti es una pulla contra mí mismo —Se detuvo azorado, pensando en el efecto que le había hecho a la ucraniana.

—Y yo —dijo Danton Small— soy la impresión que tú causas a la policía.

—Sin embargo no eres el revolucionario clásico —dijo Small—. Yo estudié a Paul lo más cuidadosamente que pude y sin prejuicios. Mi trabajo consistía en enterarme de lo más posible acerca de cómo realmente era él —miró a Paul Danton—. Es gracioso cómo pasé por alto unos cuantos detalles evidentes. El técnico no dejaba de tener razón cuando dijo que no éramos capaces de recordar durante cinco segundos el aspecto de una persona.

—No estuvo tan mal —dijo Danton Small—. Yo me siento capaz de hacer de Paul y hacerlo bien.

—Tienes mente de conspirador —dijo Danton Burgd—. Creo que el capitán Small, sobrestimó las condiciones de Danton Burgd como conspirador.

Danton se dirigió a Danton Burgd.

—Veo más claro que nunca en mi vida, con vuestra ayuda. Tu mente es mucho más directa que la mía, porque así me comporté durante el poco tiempo en que Burgd tuvo ocasión de hablar conmigo. Y como consiguió de mí lo que quiso, ese carácter está más acentuado en ti que en mí. Siempre serás tú más sutil que yo.

Luego dirigió silenciosamente la vista a Danton Heath.

—En ti, en cambio, hay algo..., no es que seas más pequeño que yo, pero lo pareces. Creo que la estatura y el tamaño físico en general deben parecerle importantes a Heath y que, a los que son más chicos que él, los ve todavía más chicos de lo que realmente son. Debe de considerar al Partido Pro Tierra como una especie de molestia accesoria y sin consecuencias.

—Pero —interpuso Danton Heath— yo tengo especiales condiciones para el análisis y la observación. Heath pensó que el concepto tuyo sobre la situación era el de un verdadero experto, y él mismo es tan individualista que ni se le ocurrió que tú estabas exponiendo simplemente la opinión del Partido. Creyó que todo salía de ti, y te catalogó como bicho inteligente aunque sin mayor importancia.

El más gallardo y airoso del sexteto habló por primera vez; su voz tenía un timbre extraño.

—Y yo, hermanos, soy la imagen de una mujer enamorada.

Paul Danton y los demás se callaron.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Paul no había dejado de pensar en ello; pero, al oírlo decir con tanto aplomo y claridad, apenas podía creerlo. Hasta entonces, había sido una idea difusa, una simple inspiración que lo reclamaba y dirigía su mente por canales en los que encontrar alguna clave tangible. Sabía que eso era superior a su capacidad de analizar a los otros duplicados como si no fueran sino cinco personas relacionadas con el proceso de duplicación.

Pero la idea de lo que significaba el aspecto de Danton Nels, se había mantenido sumergida en la mente de Danton.

Ahora, éste ya no podía desconocerla. Se restregó la frente, recordando la belleza fría y rubia de Marcia Nels, rodeada desde su juventud por hombres de fuerte personalidad y sutil inteligencia: los hombres que gobernaban la Tierra.

—Somos piezas de un gran ajedrez —dijo Danton Nels—. Quizá no seamos simplemente peones, pero estamos muy lejos de ser reyes.

Paul Danton dió un respingo al oír cómo el otro se hacía eco de sus pensamientos. Podía, pues, haber algún paralelismo mental, en determinadas ocasiones. Todos ellos eran fragmentos de Paul Danton; de vez en cuando, los pensamientos y sentimientos de éste aparecían como caracteres básicos de los otros, y en esos momentos sería posible comprenderse.

Paul se puso a pensar en los rumores confidenciales que corrían sobre las intimidades entre Marcia Nels, Burgd y otros jefes.

DANTON Nels continuó:

—Las diferencias inducidas o provocadas son muy importantes —se dirigió a Danton Heath—. Supongo que tú habrás pensado en "incompetencia inducida".

—Sí —dijo Danton Heath—. Dos de nosotros no deben ir a Venus. Danton Burgd es uno de ellos. Carece de temperamento de conspirador, y sería incapaz de mentir sin que se le notara a la legua. Si le hicieran un interrogatorio medianamente hábil, estaríamos perdidos.

—Tienes razón —contestó Danton Burgd.

El duplicado de Tamara dijo:

—Presumo que yo soy el otro —sonrió débilmente—. Sí..., no soy sino un buen soldado. No creáis ni por un momento que tengo ganas de ir: simplemente acepté la idea porque me pareció que no podía hacer otra cosa. Pero..., creo que, si yo fuese, sería muy capaz de manejarme como es debido. No sería particularmente útil para la causa, en cuanto se refiera a acciones heroicas; pero, en algunas oportunidades, las personas como yo resultamos ideales; ni más ni menos.

—Ya veis —dijo Danton Small—. No es muy inteligente que digamos... Se cree Paul Danton.

—No quisiera aguarles la fiesta, caballeros —dijo el locutor bruscamente—; pero les aseguro que, independientemente de lo que piensan ustedes, van a ir todos.

El capitán Small rió con ganas.

—Déjelos hablar, teniente, y escúchelos, que le aprovechará. Aquí tiene reunidos el reverso de cada uno de los miembros del Comité Ejecutivo.

—Está usted encantado de su propia creación, ¿eh? —gruñó el teniente; pero no los interrumpió de nuevo.

El sexteto en pleno se alzó de hombros; los seis se miraron entre sí y sonrieron. Danton Tamara dijo:

—Somos como una canción a seis voces: de vez en cuando, todos daremos la misma nota.

—Pero uno de nosotros —dijo Danton Small, pensativamente— deberá quedarse.

—¿Uno de nosotros?... —preguntó

Danton Heath—. Por lo menos, dos.

—Me refiero a uno de los que están en condiciones de ir. Naturalmente que los dos que no lo están deben quedarse. Pero Marcia esperará que otra persona también se quede.

—¿Por qué? —interrogó Danton Nels.

—Porque ella está enamorada de ti.

Danton Nels sacudió la cabeza.

—De mí, no. Ella está enamorada de Paul. Yo no soy sino su idea de Paul.

—Y ésa es la razón por la que deberás quedarte —dijo Danton Small.

—¡Maldito sea si me quedo! —gritó Danton Nels; pero luego se calmó—. Ya sabemos que, de nosotros, tú eres el conspirador, pero debes recordar que yo no puedo evitar ser como soy. De entre todos nosotros, soy el único que está destinado a sacrificarse por Venus. Marcia me imaginó así y me hizo de modo que no puedo dejar de actuar así... —bruscamente, su voz se quebró de un modo tan notable que los otros se sintieron avergonzados.

—Por supuesto —susurró Danton Heath—, ¡por supuesto! Tú eres para ella el amante ideal, combinado con el revolucionario ultrarromántico: acentuando lo de romántico, una especie de Rudolf Rassyndale de Ruritania. Tú la quieres; pero todo tu amor se concentra alrededor de la idea de sacrificarte por ella. Nadie antes ha tenido que ser un Adonis tan frío —se calló y miró por la ventanilla a la multitud enloquecida.

—Señor..., —dijo el conductor.

El capitán Small miró también al exterior. El automóvil se había detenido. En la cuadra siguiente, la muchedumbre negra y compacta se agitaba desesperada. No se divisaban individuos: solamente la masa oscura, homogénea. Hacia el este apareció una ligera claridad. Todos los rostros se volvieron en aquella dirección.

—¿No puede avanzar? —preguntó Small.

El conductor hizo sonar la sirena. En el cielo del amanecer se dibujó una fina línea de fuego que se dirigía hacia la Tierra. La multitud gritó.

—Es imposible —dijo el conductor.

Small apretó los dientes.

—Pues de todos modos, ¡avance!

EL automóvil avanzó. Una parte de los que lo rodeaban se apartó; pero la masa humana seguía siendo tan compacta como antes. El automóvil tuvo que detenerse. El conductor miró al capitán Small.

—¡Le he dicho que avance!

De los bordes del automóvil salió una descarga de llamas blancas. Aun a través del grueso plástico, podían oírse los gritos. Los cuerpos cayeron, con las piernas cortadas y fundidas por las terribles aletas de fuego. El automóvil avanzó nuevamente.

—Eso es lo real —continuó tranquilamente Danton Heath, dirigiéndose a Danton Nels—. Tú eres como sería Paul Danton si la quisiese. Debes volver a ella. No es que ella te espere; pues, en ese caso, volverías sin que nadie te lo ordenara. Pero es que, si no vas, ella es capaz de tirar por tierra toda la operación contra Venus.

Paul Danton se sintió sorprendido.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque ella ya ha de haber comprendido por qué todos los Danton son diferentes —dijo Danton Small—. Marcia Nels no es ninguna tonta ni su belleza le impide discurrir; y sabe ahora que Danton Nels es el amante de sus sueños y que debe volver a ella. Si éste no lo hace, Marcia decidirá que su explicación de por qué somos todos diferentes es equivocada, y actuará de acuerdo con esa idea; lo cual complicará mucho las cosas.

Paul Danton notó que su cerebro se extraviaba en la complejidad del razonamiento. Se sintió curiosamente humilde. Este duplicado suyo, que sólo se diferenciaba de él porque un agente del Consejo de Seguridad lo había creído más sutil de lo que realmente era, razonaba de una manera completamente ajena a la suya.

—Considéralo desde este punto de vista —dijo Danton Heath—. Es una cuestión de lógica y no muy difícil: si Marcia Nels tiene la respuesta acertada (como creemos que la tiene), dejará que la mascarada cumpla con su deber. Pero si tiene alguna razón para creer que está equivocada, probablemente hará algo que haga volar por el aire a todos.

"Bien", pensó Danton, "entre ellos se entienden. ¡Cómo me gustaría saber adónde van a parar"!

—Eso es exactamente lo mismo que dijo él —protestó Danton Nels—.

La segunda vez no tiene sentido. No veo por qué ella ha de esperar que yo regrese ahora mismo. Esperará que regrese algún día, como yo también lo espero; pero creo que, si ahora yo no fuese a Venus, la desilusionaría por completo.

Danton Small dijo moviendo la cabeza:

—Sólo superficialmente y por poco tiempo.

—Ella sabe que tú eres Paul Danton, tal como ella lo quiere —agregó Danton Heath—. No se dará cuenta de que, cuando te creó, no estaba pensando en duplicar; habrá olvidado que las diferencias la desconcertaron. Sí, sí, Marcia te espera. Tendrá que volver.

Danton Nels miró hacia un lado y apretó los dientes.

—No puedo —murmuró tenazmente.

La inmensa concusión de un estallido, al parecer lejano, hizo que el coche se tambaleara.

—Se acercan —dijo el capitán Small—. Mejor será que se decida todo pronto.

—Pero, jefe..., tartamudeó el conductor.

—Cállese —ordenó Small—. Aquí mando yo.

Paul Danton empezó a sentirse más a gusto.

—No hay ninguna razón para que Danton Nels regrese —dijo, y luego se dirigió al bizarro duplicado—. Tú eres sin duda el mejor dotado para enfrentar la crisis de Venus. Me llevas mil puntos de ventaja..., porque así te crearon. Danton Small también debe ir; y también Danton Burgd, que se parece más que yo al venusiano..., aunque necesitará alguna ayuda. Danton Heath y Danton Tamara deberán quedarse Y asimismo, yo me quedaré..., para regresar a Marcia Nels.

—Si tú haces tal cosa, yo te mataré. —dijo llanamente Danton Nels.

—Pues si tú se lo impides, yo te mataré a ti —replicó Danton Small, bruscamente—. Tienes razón —agregó volviéndose hacia el original—: yo había olvidado el factor principal. Dan-

---

Hidráuticos

Así tendrán que llamarse los neumáticos *que en Inglaterra se están ensayando para que se adhieran mejor al suelo los tractores que arrastran pesadas cargas. Se caracterizan por estar llenos de agua en lugar de aire. Según parece, las ventajas de los* hidráuticos *son múltiples: no patinan, facilitan las aceleraciones y frenadas, proporcionan viajes más confortables y se calientan menos que los neumáticos comunes. En 19.000 km. de viaje se produjo un desgaste de 5 mm., que es justamente la mitad de lo que se gasta una llanta llena de aire.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ton Nels debe ir a Venus; y desde luego, tú eres quien debe quedarse con Marcia Nels. Uno de los inconvenientes de tener una mente excesivamente sutil es que lo más evidente se le escapa a uno.

—¿Y qué es lo más...?

La pregunta de Danton quedó ahogada en una gran explosión. El automóvil fué lanzado hacia arriba, dió una vuelta en el aire y cayó destrozado.

CUANDO Paul Danton volvió en sí, el agente del Consejo de Seguridad estaba a su lado. Danton se lió a manotazos contra él. Alguien debía sobrevivir, reiniciar la acción. Un *raid* no podía aniquilarlo todo...

—No seas niño... Estoy de tu lado. Levántate. Le di un buen golpe al conductor.

Danton se apoyó sobre sus codos. A un costado se alzaba un edificio destruído. Parecía que el mundo entero estaba en llamas.

—No falta mucho para el espacio-puerto —continuó Small—. Pedí un camión y puse en él al duplicado de Marcia Nels y al mío. Iré a reunirme con ellos dentro de unos instantes. ¿Cómo te sientes?

Danton sacudió la cabeza, y, tambaléandose, logró incorporarse.

—Bien..., bastante bien.

—No te sientes como..., ¿si hubieses perdido algo? ¿No?... Yo suponía que..., porque, ¿sabes?... Danton Heath murió. Alguien le disparó mientras procurábamos salir de aquel estropicio. No sé..., no puedo imaginarme por qué... Danton Burgd desapareció entre la muchedumbre, y el duplicado de Tamara tampoco aparece por ningún lado. Así es que sólo quedamos nosotros tres.

Danton reflexionó un momento. No..., no sentía molestia física alguna; pero ahora, sí, parecía que le faltaba algo... En el poco tiempo que había tratado a aquel hombre, había experimentado la sensación de que una puerta se hubiese cerrado: de que le habían quitado alguna posibilidad. Dirigió la mirada a Small, y preguntó desconcertado:

—¿Tres?...

—Burgd me ordenó que fuese a Venus con los que quedaban. Yo voy. Tú debes regresar a Marcia Nels.

—Pero... ella sabrá...

—No lo sabrá. Así lo entiendo yo, tal como lo entiende mi duplicado. Más adelante verás por que... Y ahora, en marcha, antes de que lleguen unos cuantos torpedos infecciosos y nos pongan en cuarentena. Tu vuelta a Marcia Nels no figuraba en el plan, pero estoy convencido de que es lo que conviene hacer. Si Burgd me lo quiere discutir, tendrá que hacerlo en Venus... Bueno, ¿qué esperas? ¡Muévete!

Danton asistió con una inclinación de cabeza y salió corriendo para la ruina más cercana.

Un pesado camión se alejó rugiendo del universo en llamas.

En el pasillo de entrada del temblequeante edificio, había suficiente oscuridad como para que nadie notase su presencia. Se detuvo para ordenar un poco sus ideas. El capitán Small, Danton Nels y el duplicado de Small habían partido camino a Venus. Y él, el original y auténtico Paul Danton, debía partir camino a... Marcia Nels: a vivir con la mujer más poderosa de la Tierra y una de las más bellas: *no* a Venus, donde había vivido con el corazón durante tantos años.

Algo que venía de Venus produjo un sonido sordo y rotundo. El yeso del cielorraso se le vino encima. En la pared de frente, un espejo de plástico permaneció desafiantemente entero como una brillante figura geométrica. En su centro, otro duplicado de Danton (más fiel al original; una imagen con la garantía de no hacer sino lo

que Paul Danton se le ocurriese hacer) lo miró a través de la gruesa nube de agitado polvo. Se acercó unos pasos hacia ella y la observó amargamente.

—Hola, extranjero —le dijo.

Siguió mirándola tratando de descubrir en ella algo de la gallardía de Danton Nels, pero le fué imposible. El era él y no la imagen que de él tenía Marcia Nels.

Todo se aclaró repentinamente al recordar a Danton Tamara y cómo aquel hermano perdido era Paul Danton tal como lo veía la delegada ucraniana. Asimismo, Danton Nels era Paul Danton visto por la vocal albertana. No..., no se daría cuenta de la diferencia!

La historia no tenía ya necesidad alguna del Paul Danton original. Lo retiraban de la escena, para vivir feliz, por siempre jamás, con la bella princesa. Desde entonces en adelante, sólo podrían actuar por él malas copias del original: él, el original, había recibido su final feliz mucho antes del final del cuento.

La imagen sin sentido del espejo le devolvió la mirada a través de la nube de polvo cada vez menos espesa.

La historia podía hacerle eso: era implacable. Pero no podía hacer que a él le gustara.

Capítulo VI

AL entrar Luisa en su departamento, encontró al mariscal Lathrop fumando su pipa y con las manos en los controles del teléfono. Lathrop levantó la mirada, y volvió a acomodarse en su silla.

—Y con eso —dijo tranquilamente— terminamos con nuestro amigo Mann. ¿Qué planes para liquidarme a mí estás elucubrando en ese pozo de serpientes que llamas tu mente?

Ella lo miró en silencio, dándose cuenta de que aquél no era el momento para la seducción o la inocencia.

—Hasta una serpiente necesita compañero, Armando —contestó—. Pude elegir y te elegí a ti. Te quería a ti.

Por un instante Luisa sintió la mirada de él; luego, Lathrop echó la cabeza hacia atrás, y su risa llenó la habitación. Ella supo que había ganado. Había algo contagioso en la risa de Lathrop; pero Luisa captó las notas teatrales: no significaban nada. Podía usarlo contra los demás todo el tiempo que lo necesitase; y cuando así no fuese, contra él mismo.

—¿A Mann también le dijiste eso? —preguntó él.

Luisa conoció lo que quería él ahora. Se acercó a su sillón y se sentó en el brazo.

—Algo así —dijo tranquilamente—. Pero, aunque se lo hubiera dicho a cada uno de los hombres que viven en Venus, no dejaría de ser verdad cuando te lo dijera a ti..., por más falso que haya sido en otras ocasiones. El hecho de que una mujer utilice el amor como arma en ciertas oportunidades, no quiere decir que no pueda proceder rectamente con un hombre determinado —inclinó su rostro hacia él—. No pretendas decirme que nunca hiciste tú lo mismo, Armando: que no jugaste con mujeres a las que no querías, simplemente porque resultaba conveniente por placer o por deber o por las dos cosas juntas.

—No he puesto sus vidas en peligro —dijo él—. Es una pequeña diferencia— se levantó y la miró de frente, con una mano cerrada y puesta en la cintura, y las piernas algo separadas—. Puede ser que a la gente se le parta el corazón de pena; pero nadie muere por eso, a pesar de lo que dicen los poetas. En cambio, cuando uno mezcla el amor con la política y el crimen, eso es diferente. No encuentro divertido que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

se juegue conmigo a ese juego. Mann andaba detrás de mí y yo detrás de él. Y tu actitud permitía que cualquiera de los dos hubiese resultado muerto, simplemente por razón de tu interferencia con la otra parte.

Luisa se deslizó fuera del sillón.

—Uno de vosotros está muerto, y exactamente por esa razón —dijo—. O como si estuviera muerto, porque hay muy pocas probabilidades de que regrese. Yo sé lo que hago.

Lathrop entornó los ojos.

—Sí..., resultó tal como deseabas, pero a pesar tuyo, querida. Yo me salvé solo.

Luisa se encogió de hombros.

—Por supuesto. No me interesaría un hombre que no hubiera sido capaz de hacerlo. Por eso os avisé lo que pasaba, a ti y a Mann al mismo tiempo; si no, todavía estarías esperando.

Luisa vió que había dado en el blanco. Dudó un instante, como si no estuviera decidida a continuar, y dijo:

—Lo admito, Armando. No estaba segura de que fueras el más fuerte y necesitaba estarlo. Quería que fueses el más fuerte, pero no soy una jovencita tonta; si hubieras fallado, me habría dolido, pero no me habría detenido. Ahora sé; ahora puedo dar rienda suelta a mis sentimientos.

Lathrop pasó la mano por las medallas de su casaca, acarició la Orden de la Tierra que Thomas le había otorgado y sonrió:

—Muy bien, Luisa; eres capaz de hacer excitante el juego. Y no sueñes ni por un momento que te tengo confianza.

Extendió los brazos hacia ella, y Luisa se sometió a su abrazo, luego dudó un instante, y finalmente ella también lo abrazó. Sabía que Thomas estaba oyendo, y deseó que el director riera con su risa obscena de otros días; porque tenía ganas de reír con él.

—Armando —susurró—, a pesar de todo, soy mujer, no puedo evitar ser mujer..., por más severa que me muestre.

El rió de nuevo, apretando el abrazo. Luisa cerró los ojos y se imaginó la expresión del rostro de Thomas.

—Armando..., no me falles...

LOS tres (el capitan Small, Danton Small y Danton Nels), unidos en estrecho grupo, miraban el suelo de lava que los rodeaba. ¡Venus! El polvo se arremolinaba a su alrededor y llovía con el viento que soplaba sin parar, siempre en la misma dirección y con velocidad de huracán. Desde allí, desde un planeta que estaba 48.000.000 de kilómetros más cerca del Sol que el planeta en que habían nacido, no verían nunca el astro central: sólo una débil claridad, tan profundamente roja, después de luchar por atravesar la cortina de polvo, que casi parecía púrpura.

La cabeza grotescamente enorme del piloto de Seguridad asomó entre las velocísimas nubes, haciendo que el delgado cuerpo, vestido de negro, pareciera un enano de proporciones ridículas. El casco oval de su traje del espacio era una verdadera escafandra de oxígeno. Los tres invasores sólo llevaban máscaras.

Mientras el piloto hablaba, el diafragma de su traje vibraba emitiendo sus palabras como cadenas de sonidos sibilantes.

—Tengo órdenes de dejarles armas portátiles, aunque no creo que las necesiten —dijo—. Las hallarán desmontadas en el equipaje.

Las tres máscaras asintieron con similares y mecánicas inclinaciones de cabeza.

—Encontrarán un puesto donde el aire es respirable —continuó el piloto—. Cuando lleguen, no se olviden de arrojar sus máscaras. No tienen ninguna seña que permita identificarles pero probablemente son de modelo diferente de las que se usan por aquí.

me cabezota se volvió a uno y otro lado con curiosidad—. ¡De modo que éste es el planeta misterioso!... No les envidio la misión —levantó una mano enguantada—. Buena suerte —dijo, y desapareció instantáneamente en la niebla purpúrea.

Un momento después vióse un punto amarillo y bullente que se alejaba; el ruido se fué desvaneciendo al tiempo que el punto amarillo se elevaba como una luz de ultratumba: mancha de color sin sentido ninguno en el eterno monocromo del espacio. Luego desapareció.

Los dos Danton, absortos en contradictorias emociones, permanecieron inmóviles. El capitán Small se puso de rodillas en el suelo y empezó a deshacer el equipaje; consistente en un pequeño atado de víveres, armas y otros elementos. Lo primero que hizo fué preparar los fusiles, y les dió dos a sus compañeros, silenciosamente. El movimiento que tuvieron que hacer para recibir las armas pareció despertarlos.

—Lindo aterrizaje, ¿eh, Small? —dijo Danton Nels—. ¿Vivirá realmente alguien aquí?

—Es una maloliente pelota de golf de piedra —convino el agente, alegremente. Instaló la cabina portátil, sacó los telescopios y los estiró al máximo—. ¿Qué plan tenemos?

—No podemos movernos un paso sin perdernos —dijo Danton Small—. Si tratáramos de explorar este desierto sin un centro fijo, nos encontraríamos una docena de veces en cinco minutos. La idea es que cada uno salga con una brújula en diferente dirección, hasta que alguien alcance el puesto buscado.

—Es una pena que no tengamos equipo de radar —musitó el capitán Small.

—No sabemos si alguna parte de la civilización venusiana se aventurará hasta la superficie —comentó Danton Nels—. ¿Quién tiene las brújulas?

—Aquí están —Small le entregó una, y otra a su protegido—. Hay una para cada uno... Bueno..., el planeta tiene un campo magnético propio; lo que quiere decir que no nos tendremos que molestar en dar energía a los polos.

Miró a su alrededor con expresión de perplejidad. La niebla asumía mil formas burlescas y cambiantes; pero él sabía que se trataba de ilusiones producidas por la retina, que se fijaba ansiosamente sobre cualquier sugestión de forma en la antinatural oscuridad purpúrea.

Entró a la cabina con su atado, y los dos Danton lo siguieron y depositaron el resto del equipaje. Dentro de la transparente estructura, el aire era más claro y tranquilo; pero pequeñas proporciones de polvo se iban filtrando por debajo de las paredes y las junturas del techo. La única ventana parecía un disco de vidrio manchado.

Danton Nels miró la espantosa uniformidad y murmuró:

—¿Es éste el material vivo de un mundo incipiente o su cadáver?

—No habría gran diferencia entre una y otra cosa —contestó el agente del Consejo de Seguridad—. ¿Todo listo? —abrió de nuevo la cabina—. Vamos... No vayáis hacia el sur... El lugar donde aterrizó la nave será radiactivo por una semana al menos. Yo iré hacia el Norte.

Danton Nels miró a los otros dos, y conoció que los tres pensaban la misma cosa: sospechaban las probabilidades que tenían de encontrarse de nuevo. No había palabras que en esta despedida no sonaran frívolas o estúpidas. Concretaron todo su sentimiento en un breve gesto (mitad saludo, mitad adiós) y se separaron.

EN seguida Danton Nels se encontró solo en el páramo. No había modo alguno de medir ni el tiempo ni la distancia. La cabina desapareció en

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

el fondo de polvo negro; después, el universo era todo igual. Sabía que, salvo por el andar de sus piernas, habría sido incapaz de decir si se estaba moviendo o no.

El suelo, liso como un espejo cubierto, por las partículas de formaldehido en perpetuo y velocísimo movimiento, se movía debajo de él, tan sin dirección como un viejo y destartalado molino de rueda. Se dió cuenta de que tenía que mirar frecuentemente al suelo: si simplemente miraba hacia adelante, los ojos se le inmovilizaban y le parecía que se volvía ciego. Cuando dirigía la vista a la brújula, los tenía completamente fuera de foco y había de hacer un verdadero esfuerzo para reacomodarlos. Después de esto, Danton Nels miró a las nubes, aunque lo menos posible.

Algo le golpeó por debajo de las rodillas, y cayó pesadamente al suelo. Poco después, se sentó, recobrando el aliento y masajeándose la dolorida pantorrilla. Súbitamente, captó lo que había pasado.

¡Había tropezado con algo!

De modo que, en aquel planeta, había algo que sobresalía de la superficie. Se incorporó y, saltando sobre un pie, retrocedió para observar.

Era un objeto de piedra algo parecido a una antigua tumba, de forma claramente artificial a pesar de tener los bordes gastados. Estaba firmemente empotrado en el suelo. Danton Nels vió que en caracteres bien legibles tenía una sigla grabada: B. M. 420

Los que habían colocado aquella marca habían trabajado metódicamente, y esto sólo podía significar que el área había sido explorado con rayos infrarrojos. Por allí cerca debía de haber alguna instalación o, al menos, una cabaña de exploración abandonada, que podía contener información útil.

Buscando alrededor, vió una estructura que se levantaba entre la bruma.

LA vanguardia de la multitud avanzó por la avenida de las Banderas y se dirigió irresistiblemente hacia el lado opuesto de la gran plaza. Por detrás y por encima, la mole negra y pesada de una espacionave venusiana avanzaba con sordo ruido, desparramando una estela de rojos estallidos en el mapa de la ciudad. El oscuro oleaje humano se aglomeraba en torno al puesto de vigilancia, a la entrada del subterráneo.

Se oía por los megáfonos la voz del guardián:

—*"Las puertas del subterráneo están abiertas. Por favor, trate cada uno de resguardarse bajo tierra, cuanto antes... No hay refugios seguros en este lado... Las estaciones de subterráneo los admitirán uno por uno. Hay suficiente número de trenes que parten de la ciudad..."*

Era como predicar a un remolino de viento. La nave venusiana maniobró algo más rápidamente; pero las bombas dejaron de caer. Segundos después, el motivo de aquel cambio se manifestó por un estridente y furioso griterío. Parecía una lucha penosamente desigual: el crucero atacante del Comité de Seguridad bajaba en picada, como un rayo del dios Tor, mientras el cruel invasor evolucionaba y rugía para alcanzar mayor velocidad.



Luego, la nave terrestre cayó del cielo en múltiples y llameantes fragmentos.

Un árbol situado hacia el norte de la plaza fué alcanzado y ardió como una tea gigantesca. La muchedumbre se detuvo y empezó a correr hacia otro lado.

El locutor continuaba:



"Por favor, no se atropellen en las puertas. Se les permitirá entrar de uno en uno, lo más rápidamente posible..."

La nave venusiana se elevaba por los aires a gran velocidad. En el horizonte aparecieron numerosos puntos negros: un escuadrón. Por último, la torre del edificio de Seguridad dió señales de vida, y algo que no más de una docena de personas sabía que no era un reflector, disparó hacia arriba.

"Si ocupan la plataforma, dificultan su propia salvación..."

Una de las puertas cedió, luego la otra. A través de la plaza, el árbol era un simple tronco en llamas. Un hombre se arrastró alejándose con una pierna rota. El rugido de la muchedumbre

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

disminuyó al tiempo que la masa descendía al subterráneo. Un momento después, el hombre vió cómo la figura solitaria del guardián que estaba en el puesto de vigilancia, descendió, dudó un instante, miró como buscando un lugar de refugio, y luego cruzó desafiante la plaza, hacia el herido.

—Lo tiene usted merecido, por insensato —le dijo—. Páseme un brazo por el cuello. Puede sostener la pierna, ¿no?

—Gracias —dijo el herido—. No pude evitarlo. Mi auto fué bloqueado por la multitud. Me arrastraron como a un pingajo. Me caí aquí y quedé atrapado.

—Bien, bien. No se preocupe. Tengo mi departamento acá cerca.

—Pero las bombas...

—Tenemos que arriesgarnos. Es más seguro que los subterráneos en estos momentos. Me llamo Kien Ouen-Ti de Han.

El herido sonrió tristemente.

—Yo soy Danton Burgd.

El otro no reaccionó, era de esperar: sólo levantó una ceja casi invisible.

—¿Tiene algún pariente? —preguntó.

Danton Burgd miró la destrucción a su alrededor y dijo:

—Una especie de hijo no pródigo.

Llegaron sin inconvenientes al edificio, pero se encontraron con que el ascensor no funcionaba.

—Parece que toda la energía se ha concentrado en ese rayo que está barriendo el cielo —dijo Danton Burgd—. ¿Qué diablos será?

—El hecho de no saberlo hace que parezca más poderoso —susurró Ouen-Ti.

EL departamento estaba en el tercer piso; pero la subida les requirió veinte minutos. Danton Burgd vió que era pequeño pero agradable; la luz uniforme del sol daba cierta alegría, que en aquel momento parecía siniestra.

—¿Casado? —le preguntó a su protector.

—Probablemente mi mujer salió a la calle al oír la primera alarma —dijo Ouen-Ti, dirigiéndose a la cocina—. Ya sabe cómo son las mujeres —la frase directa, el tono despectivo, la teatral pasividad oriental de aquel rostro, parecían decir: "Por favor, no me haga pensar en eso".

Danton Burgd tragó saliva y cambió apresuradamente de tema.

—¿Qué tal andan sus precauciones contra la peste?

—Las comunes: lámparas U-V y lo demás. Creo que el Comité previó esto. Durante el último mes, me han vigilado todo el tiempo. Por supuesto, que si Venus ha producido algún tipo de virus biológico... ¿Tiene ganas de comer algo? Tengo una cocina de radar.

—No tengo mucho hambre —dijo Danton Burgd—. ¿No podríamos intentar primero arreglar esta pierna?

—Perdón. Estoy un poco mareado. No es muy agradable estar parado en el blanco más destacado de la ciudad, explicándole a los demás cómo deben esconderse.

Descolgó una cortina y se puso a hacer tiras con ella. Danton Burgd lo miró un momento y dijo:

—Creo que usted está peor que yo... Si usted cumple las normas de todo guardián debe de tener aquí un equipo DP con tablillas y todo lo necesario para un caso como el mío.

Ouen-Ti de Han se dejó caer en una silla y se puso a llorar convulsivamente, sin lágrimas. Danton Burgd miró hacia otro lado, pero no pudo reprimir su imaginación. En aquel momento, él estaba sentado en uno de los millones de hogares de toda la Tierra; y en todos un hombre lloraba y hacía movimientos inútiles y sin sentido, descompuesto por el terror acumulado durante un siglo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Después de un rato, Ouen-Ti se incorporó, y sacó su equipo DP como si nada hubiese pasado desde que pronunció sus últimas palabras. Entre los dos enderezaron la pierna torcida de Danton Burgd y empezaron a vendarla. El de Han preguntó:

—¿Qué hacía usted antes del desastre de hoy?

—No hacía gran cosa —contestó evasivamente Danton Burgd—. Yo debía tomar parte en impedir este raid; pero las cosas ocurrieron de otro modo.

—Pertenece al Consejo de Seguridad, entonces.

—Bueno, pertenecía —Danton Burgd extendió hacia adelante su pierna—. Me preocupaba por Venus... Tenía algo que ver con el Partido Pro Tierra. Creo que mi deber era ser algo así como un villano profesional para las dos partes. Este accidente me vino bien, porque carezco del talento necesario para cualquiera de las dos cosas.

El de Han se sentó de nuevo displicentemente, y estornudó como si sólo se preocupara de su resfriado.

—Me gusta encontrarme con una persona que tiene ideas propias. ¿Qué piensa hacer ahora?... Si estuvo en contacto con ambas partes, debe de estar en condiciones de actuar..., con talento o sin él.

Danton Burgd movió los dedos de los pies por vía de experimento y pensó un rato. Joachin Burgd no le había dado muchos elementos con que trabajar; y ahora él no sabía si era realmente una persona, y, mucho menos, un ciudadano en el correcto sentido de la palabra. Con seguridad que no era el verdadero Paul Danton. Y lo único que lo diferenciaba del original parecía consistir en sus deficiencias: era, esencialmente, una mala imitación de un original que tampoco tenía nada de extraordinario.

Pero, si no era Danton, debía de ser algún otro. "Quizá yo sea una persona auténtica", pensó; "y en tal caso, debo de tener ideas propias".

—Haré algo —le contestó finalmente a Ouen-Ti—. No podré asumir una actitud política; pues, como he dicho, carezco de capacidad para ello. Pero lo que quiero es averiguar dónde va todo esto..., y qué significa. No estoy satisfecho con las explicaciones que me han dado: son demasiado parciales, incompletas y mal relacionadas entre sí. Sin duda ha habido algún factor fundamental, oculto, en todo este asunto de Venus. Quiero saber qué es. Estoy decidido a averiguarlo —miró sombríamente a su desconcertado huésped—. La única respuesta aparente es "un engranaje dentro de otro engranaje". Esto habría satisfecho a la rama Danton de mi familia. Pero, como los cachorros de elefantes, parece que yo tengo una especie de "insaciable curiosidad" heredada de la rama Burgd. No me interesan los engranajes menores. Lo que quiero saber es cuál es el que dirige todo el movimiento: el motor principal. El resto no cuenta.

—¿Y cuando lo encuentre?..., —murmuró Ouen-Ti.

—*Lo destruiré* —dijo Danton Burgd.

Estas palabras quedaron ahogadas por una fuerte explosión que agitó toda la habitación. Danton Burgd no las repitió.

JOACHIM Burgd levantó la vista del informe que estaba leyendo en el momento en que entraba un grupo de soldados llevando un hombre prisionero: uno de los líderes de Venus, según rezaba el mensaje. Sus uniformes estaban sucios y rotos, y uno de los soldados traía un ojo amoratado. El delgado prisionero venusiano no tenía mucho mejor aspecto, pero caminaba erguido, como si fuese de hierro, con los labios apretados y pálidos y los músculos de las mandíbulas tensos. Los soldados lo llevaron hasta una

silla al lado de la gran mesa, en frente de Marcia Nels, y tuvieron que obligarlo a sentarse.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la albertana.

—Nos atropelló la multitud, señora —dijo uno de los soldados—. La mayor parte de los tripulantes que venían con este hombre cayeron sin conocimiento cuando su nave chocó en tierra; y cuando llegamos allí, había unos doscientos civiles linchándolos a mansalva. Separamos a los que todavía no habían sido asesinados, y sacamos a los sobrevivientes de la nave. Entonces la gente se volvió contra nosotros. Nos fué bastante difícil escapar.

—¿Murieron civiles? —preguntó Burgd.

—Uno, señor: el que parecía instigador de los linchamientos y el que más persistía en ellos.

Burgd asintió con una inclinación de cabeza, sintiendo una momentánea simpatía por los linchadores, por más que detestaba sus actos.

—Era inevitable su muerte —dijo el antartidense, tranquilamente—. Buen trabajo, teniente... Y bien, amigo venusiano, ¿Cómo se llama usted?

El invasor lanzó una furiosa mirada, pero nada dijo.

—Vamos —lo urgió Burgd—, puede darnos su nombre y rango, sin necesidad de traicionar a su gobierno; es tradicional..., ¿no?... Teniente, ¿qué sabe usted?

—Sus hombres dicen que se llama Mann, señor, y su insignia indica que es general..., si es que usan el mismo sistema que nosotros.

Burgd levantó las cejas.

—Bien, bien...: el Halcón de Guerra. Bienvenido, general Mann. Creo que su amigo Armando Lathrop va a recibir una sorpresa..., al menos por el ascenso que usted mismo se ha otorgado.

Un espasmo agitó los músculos faciales del invasor; pero fué Marcia Nels la que miró con sorpresa a Burgd.

—Joachim Burdg, ¿qué quiere decir esto? ¿Conoce usted a este hombre? ¿Cómo...?

El sonrió extrañamente.

—En seguida sabrá usted, Marcia. Mientras tanto —le dijo al prisionero—, debo prevenirle que no le conviene ser obstinado, general Mann. Ya ha presenciado usted una demostración del estado de ánimo del pueblo. Nosotros somos más responsables que ellos, pero también podemos perder la paciencia —su voz bajó de volumen, pero aumentó en intensidad—. Este sangriento y criminal ataque aéreo no ha hecho nada por dulcificarnos. Si usted no se presta a cooperar con nosotros, podemos tomar represalias.

—Tómelas y fusíleme —dijo Mann sin moverse.

—¿Fusilarle? ¡Oh, no!... eso sería demasiado fácil. En cambio, creo que lo devolveríamos a la calle y olvidaríamos haberle visto nunca. ¿Le gustaría eso?

—Ser entregado a los civiles carniceros...

—Sí, a los que, hace pocas horas, soportaron la carnicería organizada por ustedes. Ese es el asunto, mi general —Burgd se recostó en la silla—. Creo que será mejor que nos diga lo que tiene que decirnos, empezando por el exacto número de fuerzas que participaron en el ataque y las que podemos esperar en el futuro. Comprenderá usted que le conviene ser veraz.

—¡Váyanse al infierno! —dijo Mann.

—Puede que nos vayamos —dijo Heath, brevemente—; pero usted irá primero.

Burgd suspiró.

—Quiero hacerle comprender —dijo— lo inútil y arriesgado de todo este teatro, mi general..., por no decir lo pasado de moda. Teniente, encontrará usted un oficial de Venus esperando en la biblioteca, bajo guardia. Tráigalo, por favor.

TODO el Consejo miraba a Burgd. Heath abrió la boca y volvió a cerrarla, sin decir nada. De todos ellos, sólo Marcia Nels parecía sospechar lo que iba a ocurrir.

Pero hasta ella se sorprendió cuando, al abrirse la puerta, entró Danton Tamara, escoltado y vestido con el uniforme de coronel de Venus.

—Creo que ustedes dos se conocen, caballeros —susurró dulcemente Burgd—. Pero, en caso de que así no fuese, los presentaré: Coronel Armando Lathrop..., el "Sin Nervios"..., que llegó a la Tierra exactamente una hora y veintitrés minutos antes que usted; ¡y lo vendió sin reparo alguno!

Danton Tamara parpadeó mirando a Mann y a los otros. Para los miembros del Consejo era evidente que el coronel no tenía ni la más remota idea de lo que estaba ocurriendo; pero su expresión azorada no hizo sino contribuir al mejor éxito de la escena. Presentaba la imagen exacta del vencido.

Hubo una pausa. El corazón de Burgd latía aceleradamente. Todo dependía de que Mann, en la difícil situación en que se hallaba, no se diera cuenta de algunos detalles. Un instante más de escrutinio podía ser funesto.

Mann estaba de pie, inmóvil. De pronto sus ojos se abrieron y su rostro pareció estallar.

—¡Basura! —gritó—. ¡Reptil traidor! ¡Le dejé ocupar el puesto de mariscal de campo; pero a usted no le bastó! No le bastó cortarme las fuerzas, apenas despegué. Tenía que venir acá para presenciar personalmente el gran chasco. Lathrop, si vivo para contarlo, su nombre producirá asco en todos los venusianos, durante toda la eternidad —se detuvo, respirando pesadamente.

—¡Bravo! —interrumpió Burgd—. De modo que no vendrán más naves... Eso es todo lo que queríamos saber. Señor Danton, no hay razón ninguna para que usted permanezca aquí, escuchando improperios. Gracias por su colaboración.

Danton Tamara se encogió de hombros y salió sin vigilancia. Mann se quedó helado, grabada en su rostro la expresión de fiera indignación correspondiente a sus anteriores palabras.

Luego, gritó como una mujer, y se avalanzó sobre Burgd. Seis soldados lo detuvieron contorsionado y con las manos crispadas como garras, a pocos centímetros de la garganta de Burgd.

El que debía haber sido conquistador de la Tierra, tuvo que ser llevado afuera, arrastrándose y balbuciendo como un niño. Burgd, que había permanecido inmóvil en su lugar, se esforzó por sonreir displicentemente, y se sentó contento de que la mesa ocultara el temblor de sus piernas.

—¡Uf! —dijo Heath— ¡qué tipo desagradable!

—Y el ejemplo de provocación más perfecto que he visto en mi vida —agregó Tamara—. Señor Burgd, yo tenía entendido que todos los duplicados habían sido despachados para Venus. ¿Cómo quedó éste atrás?

—Nadie lo detuvo —repuso Burgd—. Hubo un accidente en el camino al astropuerto. Uno de los duplicados murió, y dos se dieron por perdidos. A éste lo encontraron hace un rato. Todavía estamos buscando al otro. Francamente, no se me había ocurrido antes este truco, pero le hice poner el uniforme por si se presentaba la oportunidad. Y se presentó.

—Felicitaciones —expresó Heath, y encendió su pipa—. Si este asunto ha concluído, yo me voy. Todavía tenemos que arreglar el lío que hicieron los secuaces del general Mann.

El consejo se disolvió tranquilamente. Marcia Nels y Burgd quedaron so-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

los; y, ya en la intimidad, hablaron tutéandose.

El dijo:

—Ya sé lo que quieres preguntarme.

—No quiero preguntarte nada —contestó ella—. Quiero felicitarte... por tu obra maestra de ofuscación. Explicaste tu repentina intimidad con los asuntos de Venus, sugiriendo que la habías adquirido de un venusiano ("encontrará un oficial de Venus en la biblioteca"); y cuando resultó que el venusiano no era tal, pareció realmente que la información provenía del general Mann. Como siempre, todo resultó perfecto.

—No bastante perfecto —corrigió él—. Tendría que haberte engañado tambien a ti; pero cuando me miraste, me di cuenta de que a ti no te engañaba... Bueno, Marcia, ¿me vas a interrogar?

—No —dijo ella, serenamente—. Tengo confianza en ti, Joachim. Si tú puedes conseguir información de Venus, por cualquier medio que los demás no podamos emplear, estoy segura de que será en bien de la Tierra: nunca te comportaste de otro modo.

—Gracias, Marcia.

—Pero quiero que sepas —continuó ella, con igual serenidad— que, desde ahora en adelante, te vigilaré.

EL sector 15 no era uno de los centros comerciales más importante de Venus; sin embargo, estaba muy concurrido. Al parecer, aun en una economía estrictamente tecnocrática, la guerra producía insospechadas alzas.

Danton Small marchaba abriéndose camino rápidamente por entre la muchedumbre, tras un individuo de uniforme, al que vino a alcanzar cuando ya había recorrido casi toda la caverna. Lo tomó del brazo; y, jadeando, le dijo:

—¡Eh, Nels, no te apresures tanto! Acá estoy esperándote hace tres días y cuando apareces, te alejas de mí a todo correr. ¿Por qué tardaste tanto? ¿Te metiste en algún lío?

Danton Nels sonrió y miró hacia los comercios alineados a lo largo del muro de la caverna.

—Sí y no —dijo—. Ahí hay un bar. Entremos y tomemos un trago mientras te cuento.

—¡Oh, Dios! —exclamó Danton Small—. ¡Pensar que la superficie del planeta nos pareció rara!... Pues acá dentro es peor. Me recuerda una escenografía de Macbeth que vi una vez. Hombres de las cavernas, poseedores de una técnica avanzadísima... A cada momento creo que van a salir murciélagos volando del techo.

—Si tú puedes ver el techo, tienes mejor vista que yo.

Danton Small sonrió de nuevo.

—No, no puedo verlo realmente. Pero sé que está ahí y no muy lejos de nosotros. Te juro que sería el lugar ideal para desarrollar la famosa civilización de Spengler, si se le diera el tiempo necesario.

—Puede ser —asintió Danton Nels.

Entraron al bar, dirigiéndose hacia una mesa del fondo; pero a mitad de camino se detuvieron, y Danton Small se sentó, desafiante, en una mesa que podía verse perfectamente desde afuera, a través de la ventana.

—No vale la pena esconderse —murmuró—. Cualquiera que sea la gestapo de por acá, no es muy eficiente; pero la pondríamos sobre aviso si nos hacemos los misteriosos.

—Tienes razón —admitió el otro, sentándose a su vez—. Es maravilloso, lo bien que nos llevamos, ¿no? Hemos visto las mismas obras, leído los mismos libros, jugado los mismos juegos, amado las mismas... —una expresión de descontento le cruzó la cara, y se calló.

—Dime: ¿qué ocurrió? —interrogó Danton Small—. No puedes haber tardado tanto tiempo, sólo para darte cuenta de que los tubos para disparar cohetes están aquí.

—Efectivamente. Tuve mi primer contacto con una especie de cabaña de Quonset, que debiera haberme traído aquí directamente. ¿Sabes que tienen un Partido Pro Tierra aquí también?

—Naturalmente —Danton Small hizo un ademán despectivo con la mano—. Fué lo primero que indagué.

—¡Ah! es cierto, hermano: tienes alma de policía. Por supuesto que lo habrás averiguado. Bueno, ese lugar que encontré era una especie de escondite de esta gente, y parece que se han uni-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

do al partido militar. El individuo al que se supone que nos parecemos (cuyo nombre es Lathrop) quería detener el ataque a la Tierra, hasta que se organizasen para conquistarla totalmente. Ya veo que también sabes eso, Sherlock —suspiró—. ¿Sigo, o te escucho mientras me cuentas todo lo que tú dedujiste mientras yo andaba explorando?

—Marcia Nels debe de haber encontrado a nuestro originario Danton bastante entretenido —observó Danton Small—. Sigue, aunque ya sé casi todo. Tú has visto muchos detalles que yo no conozco.

Danton Nels frunció el ceño.

—No creo que "entretenido" sea la palabra exacta. Pero en mí hay algo de extraordinario... Bueno, había una mujer allí, muy ocupada con una radio. No necesitó más de dos segundos para darse cuenta de que yo venía de la Tierra y... —se tocó el lóbulo de la oreja—. ¡Dios mío, qué recibimiento! ¡No me podía librar de ella!

—Pero, ¡cómo!...

—Bueno, por lo menos no sin dispararle un tiro. Me llevó al interior del planeta, me explicó miles de cosas, me dió estas ropas y, en fin, fué tan servicial que necesité tres días para emprender el regreso.

LA expresión del rostro de Danton Small se iba haciendo cada vez más abstraída. En aquel momento miraba fijamente por encima del hombro de su compañero.

—Hablando de mujeres, nuestra camarera parece que está embobada.

Cuando Danton Nels se volvió irritado, la chica se sobresaltó y cambió de expresión. Danton Nels levantó dos dedos, y ella se dirigió rápidamente al bar.

—Justamente iba a preguntarte, si me permites: ¿qué diablos estás haciendo en uniforme?

—Y yo iba a preguntarte por qué tú no lo llevas —dijo Danton Nels.

—Porque tengo un poco más de sentido común. Sé que Lathrop debe de andar por ahí, y no tengo ganas de encontrarme con alguien que acabe de separarse de él en una esquina. ¡No conviene utilizar el parecido, antes de que sea útil! ¡Ah! acá están las bebidas, por fin.

La camarera apoyó los vasos, sin dejar de mirar al distraído Danton Nels. Danton Small jugueteó con el cambio.

—Aquí tiene, señorita.

—¡Oh! gracias —murmuró; pero no se retiró hasta que Danton Nels la miró furiosamente.

—¿Qué hay de mi padre espiritual? —preguntó entonces Danton Small.

El otro se encogió de hombros.

—No sé; no he oído hablar de él desde que llegué, ni lo he visto. Espero que no se haya perdido en los arenales purpúreos de allá arriba.

—Lo dudo. Es un tipo vivísimo. Probablemente anda metido en algo bastante importante, mientras nosotros estamos aquí charlando —Danton Small se detuvo y miró hacia arriba—. ¡Qué horror!; cuando más veo de esto, menos posibilidades para actuar.

Danton Nels lo miró ingenuamente.

—¿Cuál es la dificultad? —preguntó.

—Esta sociedad está tan descentralizada que por más que uno ataque, no se dañará nunca el conjunto. Es un infierno para los saboteadores. Salvo hacer volar todo el planeta... ¡Hola!, ¿y ahora qué pasa?

Una mujer de aspecto algo marchito, que había estado sentada en un taburete junto al bar, se acercaba a ellos, con un grueso libraco de aspecto algo raído en la mano.

—¡Coronel Lathrop! —murmuró extasiada, dirigiéndose a Danton Nels—. Ahora es usted mariscal, ¿no? Espero que me disculpe; pero no puedo resistir la tentación... No sabía que tuviese usted un hermano...

—No lo tiene —aclaró Danton Small sonriendo—. Por casualidad me parezco a él.

—Comprendo —dijo fríamente la mujer, y su semblante expresaba que Danton Small había dejado súbitamente de existir para ella—. Pero lo que quería pedirle, *a usted* —no miraba sino a Danton Nels—, es si sería tan bueno de firmarme un autógrafo. Siempre lo pido a los miembros del gobierno. Será muy lindo cuando mis niños crezcan... No me refiero a que yo sea madre. Quiero decir que será lindo tener las firmas de casi todos los personajes famosos que conquistaron la Tierra para ellos, cuando ellos no eran sino unos bebés...

Danton Nels empezó a preocuparse. No se le ocurría cómo podría firmar con la firma de Lathrop, si nunca la había visto antes. Pero no tenía solución. Firmó y, cuando la mujer se fué, dijo:

—Espero que nunca pueda mostrársela a nadie importante.

—No te preocupes, no lo hará. Pero mejor será que consigas un modelo de la firma de nuestro común amigo y la ensayes un poco —el timbre de su voz cambió repentinamente—. También podrías practicar algo más; ve a la biblioteca y escucha algunos discursos de Lathrop, hasta que pesques las inflexiones y el tono de su voz.

—Iré —accedió Danton Nels, mirando a su compañero y preguntándose cuál habría sido la causa del cambio súbito operado en él—. Bueno, al menos el parecido físico ha quedado bien demostrado.

VIO cómo el otro tomaba su copa, con aire pensativo, la vista fija en la mesa. Finalmente, Danton Small lo miró con fijeza.

—No creo que esté demostrado —dijo lentamente, mientras su rostro reflejaba una expresión de disgusto que Danton Nels encontró algo desagradable—. Te convendría saber, amigo, que no te pareces tanto a Lathrop..., si te examina un hombre, piensa en eso y no lo olvides.

—¿Tú crees eso? —Danton Nels abrió los ojos—. Pues yo lo he comprobado en el espejo...

—¡Oh, sí!, así, sí. Pero hay elementos glandulares que el espejo no puede descubrir. Acuérdate de que no somos sino imitaciones, por más reales que nos sintamos. Tú has sido hecho especialmente atractivo para las mujeres; y fuiste hecho de ese modo por una mujer. Como consecuencia, tu atractivo es una imitación: en lugar de ser un hombre realmente hermoso, eres el resumen de los encantos que una mujer ve en el hombre. Algunos actores de televisión llegan casi a eso, y en consecuencia a que su propio sexo los desprecie un poco. Y... tú eres el sumun en ese sentido.

—Pero... —replicó Danton Nels, preocupado—, ¿tú también sientes así?

Danton Small lo miró y luego bajó la vista.

Danton Nels esperó un momento y recordó una imagen: la de una chica que el Danton original había conocido una vez... y que se perdió por alguien cuyo tipo era como el que Danton Small había descrito. Adivinó que Danton Small estaba pensando también en aquello.

Le pareció imposible que él mismo nunca hubiese visto a la chica; pues hasta evocó su nombre.

Danton Small levantó nuevamente la vista.

—No —dijo—, no lo siento muy interesante; sólo lo suficiente como para saber que es así. No me molestaba más de lo que me molesta recordar a Carola... Mi creador no me hizo muy adecuado para emociones sexuales de ningún tipo; solamente me inculcó un conjunto de recuerdos que a veces interrumpen el curso natural de mi pensa-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

miento. Pero reconozco en ti la presencia de esos elementos, y sé que Lathrop no los tiene. Otros hombres notarán asimismo la diferencia.

Danton Nels se recostó en su silla.

—Es..., es terrible. Eso da por tierra con todo nuestro plan.

—No —aseguró Danton Small—, no es así, no los tira por tierra; pero dificulta los preliminares —se inclinó sobre la mesa—. Mientras tratabas de escaparte de tu secuestradora del Partido Pro Tierra yo anduve metiendo mis narices por los alrededores del Directorio Venusiano, y me enteré de algo muy importante, especialmente para ti. *La persona que realmente lo maneja es una mujer.* La llaman Luisa. Ahora, escucha atentamente...

Capítulo VII

AL vulgar hombrecito le resultaba difícil ver la esquina del bar. Con toda seguridad que alguien estaba parado allí, pero el oscurecimiento, aunque incompleto, cambiaba la forma de los objetos familiares, enmascarando la identidad y aun el sexo de las personas, y convirtiendo la ciudad en una masa gris y negra.

Por un momento se oyó, proveniente de alguna radio, una vez que decía:

—"La Tierra continúa girando como de costumbre; de modo que el bombardeo se ha corrido hacia el oeste... La lucha prosigue entre nuestros cruceros de Seguridad y los negros cohetes de Venus..., pero el terror inicial ha pasado..."

Lo peor había llegado, pensó el hombrecito; pero al menos era algo tangible. Tanto él como los otros habitantes de la Tierra sabían lo que debían esperar y se imaginaban cómo era. ¿Qué había dicho el Cito? ¡Ah! sí: "Dendritas: ahora que el temido terror es algo real, será posible llegar a un acuerdo".

Hasta la noticias perdían nitidez y forma en el oscurecimiento. El hombrecito suspiró y trató de distinguir una sombra al otro lado de la calle. Podía ser el Cito, o aun el hombre que estaba buscando. Cualquiera de los dos tenía sus razones para andar por la calle a pesar del bombardeo. O quizá sería un inmune, un transformado, que no tenía nada que temer...

Un pequeño punto rojo indicaba el cigarrillo de la figura desconocida. El hombrecito encendió otro, con el encendedor electromático que era obligatorio usar en los oscurecimientos, y luego describió con él varios movimientos en aire, que nada hubieran significado para quien no fuese miembro del Partido Pro Tierra. Esperó a que a través de la calle le llegara la contraseña; la cual llegó, seguida de otro signo que quería decir algo así como "acérquese a consultar", en vez de "quédese ahí".

Hasta que estuvo al lado del otro, el hombrecito no pudo asegurarse de si aquel camarada era Dendrita L o el Cito... Sí, era el Cito, no sólo el principal, sino el hombre más alto del Vago; aunque la difencia de estatura entre él y Dendrita L no era tan grande como para distinguirla no estando muy cerca. Al hombrecito le gustó que el líder lo hubiese llamado para una consulta.

—¿Oyó algún rumor? —preguntó el jefe.

El hombrecito habló en voz baja y en tono conspiratorio.

—Dicen que uno de los líderes de Venus ha sido tomado prisionero.

—Lo mismo he oído yo... Puede hablar normalmente, K; no hay necesidad de cuchichear... También me han hablado de una expedición de castigo secreta..., aunque me han dicho los detalles, por supuesto. Pero eso es todo. ¿Usted oyó algo más?

Dendrita K resplandeció de importancia. El más sabroso de los rumores no lo conocía el Cito.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Dicen —expresó deleitándose en cada palabra— que un oficial de Venus se ha pasado a nuestro lado. Me lo dijo un agente del Consejo de Seguridad.

El otro emitió un silbido.

—*Muy bien,* Dendrita K. Se lo diré al aferente, en cuanto corresponda pasar el informe. El Golgi quiere estar enterado de cada rumor y de su fuente de origen, si es posible.

—¿No saben si Paul Danton es inmune? —preguntó el hombrecito.

El Cito se encogió de hombros.

—Nunca lo pareció. Sin embargo... Bueno, usted oyó al aferente tan claramente como yo, esta mañana: Danton murió sin orden del Golgi. Se quemó al salir de un automóvil volcado, en compañía de un agente de Seguridad. Sin embargo, cuatro horas después, se lo vió en compañía de otro guardián de la Seguridad, llamado Ouen-Ti, y no tenía sino una pierna rota.

Dendrita K hizo un gesto despectivo. Aquel suceso podía interpretarse de muchas maneras, pensó; pero, en realidad, el Golgi no tendría que haber tratado de oponerse a la ejecución. ¡Y ahora esperaba que la disciplina de Partido detuviera la próxima intentona!

De modo que, ahora, las cosas eran algo distintas: un eferente les había dicho a todos que la facción Accionista había dado un golpe de estado interno y se había instalado en la dirección del Partido.

"Al fin", pensó Dendrita K, "el Golgi entra en contacto con los miembros comunes del Partido".

Una repentina presión sobre su brazo lo volvió al presente.

—¡Atención! —dijo el Cito.

Pasos desiguales avanzaban hacia el escondite donde los dos estaban seguros de que la oscuridad los protegería mientras se mantuvieran en silencio. El ruido de los pasos se acercaba. Instantes después una delgada figura pasó cojeando, torció por la esquina y desapareció.

Los dos dendritas salieron a la calle y giraron por la misma esquina.

DANTON Burgd se dió cuenta de que se había excedido en su impaciencia: no había esperado a que la osteoblastina actuara sobre su pierna antes de aventurarse a salir; y ahora, la pierna lastimada le dolía. Andaba lentamente y cojeando.

Un objeto romo le tocó los riñones, y una voz le dijo:

—Tome un cigarro, amigo.

Danton Burgd tenía un hombre a cada lado, y los dos le resultaban familiares. Hizo un gesto de enojo.

—Guarde eso. Está usted equivocado. Yo soy Dendrita B, del Inguinal.

—Era —dijo la voz suave del más alto—. Los neuromas deben ser extirpados.

Danton Burgd necesitó concentrarse un momento, para recordar de dónde provenía aquella frase. Hacía muchos años que no la oía usar en el Partido; pero el sentido era clarísimo.

—De modo que se me considera un traidor —dijo serenamente.

—Usted es el único que estaba en condiciones de hacer posible esa escena del Plexo Solar; y desde entonces anduvo en compañía bastante sospechosa.

—Supongo —sugirió Danton Burgd— que al Golgi no se le ha ocurrido considerar que, como el resto, fuí tomado prisionero.

El otro, el hombre de pequeña estatura, rió sobradoramente.

—Oh, sí, por supuesto —dijo—. Golgi lo consideró. Considerar es su oficio; y no me sorprendería que lo considerara durante un año... Por lo menos, así actuaría el Golgi en que usted está pensando. Pero ahora tenemos un nuevo Golgi: nuestro Golgi..., y no nos entretenemos con rompecabezas. Consideramos que su actitud de esta mañana es definitivamente... —se detu-

vo de pronto y señaló hacia una oscura entrada—. Adentro —ordenó—. Y no se haga el rengo, porque nuestra paciencia puede agotarse. No olvide que está vivo porque tenemos curiosidad por enterarnos de cómo pudo arreglárselas.

El hombrecito se metió en un hueco de la puerta giratoria; el grandote empujó a Danton Burgd en el hueco siguiente, y él se introdujo en tercer lugar. Del otro lado lo deslumbró una explosión de luz. Joachin Burgd había quitado al hijo de su cerebro algunas condiciones esenciales; pues el Paul Danton original era lo suficientemente práctico como para prever la existencia de vidrios polaroides cruzados, en los paneles de la puerta.

EL lugar estaba bastante lleno de gente; pero la atmósfera no era tan de hostilidad concentrada como Danton Burgd había temido. Varios hombres, que estaban próximos a él, lo miraron con no mayor atención que la de simple curiosidad.

Era posible que la reunión, a pesar del golpe político interno, no estuviera exclusivamente compuesta por extremistas.

—Aquí está la pequeña célula cancerosa que emigró a la sangre del Partido —dijo el hombrecito, con voz henchida de perversa satisfacción—. Esta mañana no lo encontraban; pero ahora ¡aquí está!

—Por el contrario, esté seguro de que no se trata de la última célula cerebral del Partido —dijo inesperadamente el hombre a quien se dirigía el pequeño dendrita—. Entiendo —agregó mirando a Danton Burgd— que usted es Dendrita B. ¿Sabe que es el principal oficial del Plexo Inguinal?

—¿Qué?... No, por supuesto que no lo sabía. Entonces, ¿quién envió a estos fanáticos en mi búsqueda?

—Tenga cuidado con lo que dice... —comenzó el hombrecito.

—Dendrita K —dijo el otro con el tono de voz con que se habla a un niño—, guarde esa arma. Dendrita B no está armado y no va a escaparse de una habitación llena de gente, haya hecho lo que haya hecho —en esto notó la presencia del Cito—. Casualmente, dendritas, les aconsejo discreción. La... (digamos) revolución palaciega no fué tan permanente como algunos deseaban. El Corteza ha censurado la incapacidad de algunos oficiales para aclarar la situación, y sugirió que se restaure la disciplina lo antes posible.

Y en eso, según pensó Danton Burgd, quería decir que el golpe había sido anulado. Respiró con más tranquilidad.

—Gracias. ¿De modo que no me van a someter a proceso?

—No inmediatamente, aunque nuestros "fanáticos" lo anotaron en la agenda. Todo está en orden..., mientras permanezcan en su puesto los oficiales que conviene que estén en el poder; pues el Corteza ha indicado que una limpieza ligera no vendría mal.

Esto último significaba, para Danton Burgd, que cualquiera podía darse cuenta de cuál era la facción que el Corteza iba a apoyar, y cuál era actualmente la posición del Partido.

—Estamos reunidos —continuó el otro— para tratar de ponernos de acuerdo sobre la acción a seguir. Acérquese.

Danton Burgd avanzó y se sentó en uno de los bancos de delante, sintiéndose como en exhibición y algo confuso.

—Sólo tenemos que considerar dos cosas —anunció sin preámbulos el presidente—. En primer término, lo referente a Dendrita B. Alguien que decidió hacer justicia por mano propia, le disparó un tiro esta mañana.

En el salón se oyó un murmullo.

"Ajá", pensó Danton Burgd; "algunos no lo sabían".

—Por suerte sólo le dieron en una pierna. Aquí lo tenemos entre nosotros... Póngase de pie, Dendrita B. ¿Qué tiene que decir de esto?

—¿Qué esperan que diga? —preguntó Danton Burgd—. Parece que algunos ya han prejuzgado.

—La opinión está dividida. Usted es oficial principal, y si hay algún medio de aclarar su situación le agradeceremos su colaboración. Sería conveniente conservar aunque fuera cierta apariencia de organización.

Danton Burgd se encogió de hombros y decidió no esforzarse en imaginar lo que habría dicho o hecho su original en caso semejante. Por un tiempo, el hecho de haber sido acusado no implicaba el de ser convicto. Podría resultarle más fácil o más difícil que de costumbre; pero él tenía la seguridad de que el proceso sería respetado.

DE pronto comprendió que allí nadie sospechaba absolutamente nada sobre la duplicación, y que nada que él dijera o hiciera les parecería fuera de lugar o de carácter. Al fin y al cabo, los Dendritas que habían estado suficientemente cerca de Paul Danton como para conocerlo íntimamente, ya no andaban por ahí.

—Puedo formularles una sugerencia —dijo con serenidad—; aunque probablemente les parecerá algo ingenua. Denme una misión que realizar. Les sugiero que elijan algo que les parezca imposible de hacer; así en caso de que yo les resultara traidor, nada perderían, pues no habría desaparecido ninguna posibilidad auténtica.

Oyó murmullos alrededor; y la impresión que tenía de que la suerte no le era totalmente adversa, se acentuó.

—Esa sería una prueba bastante directa —consintió el presidente—. ¿Alguna objeción?

El hombrecito se puso de pie, como imagen viva de resentimiento y frustración. Danton Burgd lo miró y pensó:

"¡Pobre diablo! Tu momento importante llegó y ya se ha esfumado".

—Me opongo —expresó Dendrita K,

Respuestas a las preguntas del Espaciotest

Respuesta Nº 1: A.—Visto como una onda, cuanta más energía tenga un electrón menor será su longitud de onda y por tanto podrá **penetrar más** fácilmente dentro del núcleo.

Respuesta Nº 2: B.—Para tener una idea de qué significa un Roentgen de radiación téngase en cuenta que en una radiografía bucal se recibe alrededor de 5 Roentgen en la mandíbula.

Respuesta Nº 3: E.—Las últimas estimaciones han dado antigüedades de hasta 3.300 millones de años en algunos fósiles estudiados en la Universidad de Edimburg.

Respuesta Nº 4: D.—La obtención de temperaturas controladas, vale decir, no en el transcurso de una explosión, es el objetivo más importante de la ciencia de nuestros días. El millón de grados que se menciona fué obtenido por Igor Kurchatov, físico soviético, mediante cortas descargas eléctricas en isótopos de hidrógeno.

Respuesta Nº 5: D.—La población mundial actual pasa de los 2.500 millones de almas y para cobijarla todos los días debería construirse una ciudad nueva de alrededor de 90.000 habitantes.

Respuesta Nº 6: C.—La cantidad de energía ingerida por persona en Japón es de menos de 2.200 calorías. En nuestro país el promedio pasa de las 2.700.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tratando de recobrar la dignidad perdida—. A menos que se ofrezca para algo absolutamente imposible y *logre llevarlo a cabo*, no podremos confiar en él.

El insignificante hombrecito volvió a sentarse, y Danton Burgd vió que una leve sonrisa cruzaba su rostro.

"¡Bravo!", pensó; "te apuntaste un tanto".

—Tiene razón —opinó otro dendrita, y la sonrisa del hombrecito se acentuó—. Pues no siendo con esa condición, el fracaso lo devolvería a su posición actual..., listo para vender el secreto de algo que podría valer la pena hacer.

Danton Burgd se volvió para enfrentar al resto de la reunión, y miró serenamente a Dendrita K. Se dió cuenta de que el Partido estaba plagado de dendritas semejantes a él: pobres personas que querían hacer algo constructivo y que se les reconociera su valor; individuos que eran capaces de grandes maldades, porque no se les permitía participar en los planes de los poderosos.

Ya sabía qué papel desempeñaría en el Partido, si llegaba a tener éxito.

—Tiene usted toda la razón —dijo Danton Burgd—. Es precisamente lo que estoy proponiendo.

—¡Bien! —susurró alguien que estaba a su lado.

El presidente dijo:

—Este método ahorra tiempo y discusiones. ¿Nuestro desconfiado amigo Dendrita K podría sugerirnos algún imposible?

El hombrecito se puso de pie, sonriendo; gozó con la importancia del momento, y luego sacudió la cabeza.

—Me temo que no puedo. Todo lo que se me ocurre parece hacedero. Que él mismo sugiera algo. Nos dará idea de lo que le parece importante.

—¿Quiere responder, Dendrita B? —inquirió el presidente.

Danton Burgd asintió con una in-

clinación de cabeza. —Con todo gusto. Pero impongo una condición. Si yo elijo la tarea a realizar, el Partido deberá colaborar conmigo. Si debo actuar a solas, elíjanme ustedes la misión.

—Voten —dijo el presidente.

La urna empezó a pasar; y, mientras ésta recorría los bancos, Danton Burgd iba pensando directamente en una acción a cumplir: algo que era a la vez resultado y causa primera. ¿Qué había escrito Ouspenski mientras estaba drogado? "*Piensa en otras categorías*". Danton Burgd recordó que todavía había un motor principal oculto en la inmensa maquinaria de la guerra contra Venus; una rueda que todavía giraba, impulsando los mecanismos ciegos hacia un objetivo que no podía adivinarse.

Sabía que ese objetivo no debía alcanzarse, y que la máquina debía detenerse antes de que demasiadas personas resultaran muertas. Sabía también, y ello le producía un curioso sentimiento agónico, que un acto determinado la detendría finalmente, comprendía por más increíble que pareciera, que, en la víctima obligada de esa acción única, él debía reconocer al motor principal; porque la muerte de ninguna otra persona daría semejante resultado.

Porque éste fué su acercamiento al problema: no "¿quién es el motor principal?", sino "¿hay alguna persona tal, cuya exclusiva desaparición ponga fin a la guerra?"

No era raro que las personas evitaran pensar con tan absoluta claridad: el arma tenía dos filos.

Danton Burgd oyó la voz del presidente, que decía:

—Por mayoría, Dendrita B, usted elige la misión, y nosotros colaboraremos.

En el tenso, helado silencio, el hombre que ahora era Dendrita B dijo con voz clara:

—Asesinato de Joachim Burgd.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA leyenda popular decía que las plumas estilográficas esféricas funcionaban mejor si estaban mojadas en agua; lo cual explicaba probablemente el hecho de que tantos venusianos tuvieran la lengua manchada de negro. Al menos, el capitan Small había notado la presencia de gran cantidad de personas en esas condiciones..., y también notó que casi todos chupaban la pluma pensativamente, antes de escribir.

Small caminaba por la acera norte, silbando alegremente y haciendo anotaciones en un manoseado librito. Se comportaba como un verdadero venusiano, lo que quiere decir que estaba acostumbrándose al gusto de la tinta.

La suave claridad de los túneles se hizo más brillante; y hacia el frente, el suelo empezó a inclinarse suavemente hacia la próxima comunidad cavernaria. Un electrómnibus de un solo riel pasó junto al capitán, aminoró la marcha y se detuvo. Se oyeron comentarios en voz baja. Small guardó su libro de notas y se dirigió a la escalera que daba acceso a la plataforma.

Allí compró un periódico y hojeó sus páginas ansiosamente, frunciendo el ceño. Fragmentos de la conversación de los pasajeros llegaron hasta él, pero no pudo reunirlos en una sola idea completa. Captó que la atmósfera general era de confusión y descontento; desconcierto ante el silencio del gobierno respecto del ataque a la Tierra; conjeturas en cuanto a la reacción de la Tierra; y argumentos de estratega de salón sobre si la pantalla existía o no.

Por encima de todo, captó la sensación sutil e indefinible de estar cogido en una trampa.

Episodios semejantes, se producían ahora en todo Venus, pensó Small; y aunque no era lo que buscaba en ese momento, la idea no le disgustaba.

Descubrió a un hombre gordo que parecía un tambor, y se acercó hacia él, con expresión fraternal, pero siempre mirando las páginas del periódico y frunciendo el ceño. El venusiano guardó su propio diario en el bolsillo, con un gesto de desagrado.

—Le aseguro a usted, buen hombre —dijo—, que, busque lo que busque, no lo encontrará en esas páginas.

—Prácticamente me doy cuenta de que los artículos han sido censurados — asintió Small—. Parece que todo lo que sabemos ahora ha de venir de boca en boca.

—Tiene razón —dijo el venusiano—. Creíamos que iban a informar algo sobre la epidemia..., pero no: tienen miedo de imprimir media palabra sobre eso.

—¿Epidemia?

—Sí —continuó el gordo—. Un hombre que no conozco..., primo de un amigo de mi mujer..., dice que hay peste en el sector 11. Piensan que quizá es cuestión de sabotaje: terráqueos probablemente, que han llegado hasta el agua corriente o que han inoculado virus en los repiradores. Están haciendo lo posible porque nadie se entere.

Small hizo un silencioso y despectivo gesto con la boca.

—Acabo de estar allí, y tuve que regresar. Me extrañaba que hubieran cerrado las puertas de incendio.

—¡Ah, conque las han cerrado!... Bueno, ¡qué alivio! Temí que dejaran extenderse el mal por los corredores, de miedo a que la gente sospechara.

—Yo, ahora, tengo que irme a mi oficina —declaró Small—. Gracias por las noticias. De paso, si alguna vez necesita un fotógrafo retratista de primera calidad, déme un golpe de teléfono. Aquí está mi tarjeta.

—Gracias, amigo. Así lo haré —dijo el venusiano—. Aquí está la mía: los mejores productos enlatados de todo el enlatado planeta. ¡Ja, ja, ja!

Small se alejó y volvió a sacar el libro de notas. Con esto era suficiente

alarma para aquella comunidad, decidió. Había valido la pena su trabajo con las puertas de incendio del Sector 11. Bastaba con un solo ómnibus que regresara antes de que el gobierno las reparase haciéndolas abrir nuevamente, y el daño moral se consumaba solo. En el sector 12, el populacho había inventado la epidemia para explicar las puertas cerradas. Se preguntó qué aspecto tendría la historia en el sector 202.

Bueno, bien podía ir allí y enterarse, haciendo mientras tanto todo lo posible para extender el pánico. El capitán Small rió y se trepó a un ómnibus que se dirigía al exterior.



EN la cabaña de Nissen de la superficie de Venus, el Triste expresó el sentimiento que era general en el Partido de la Tierra.

—Si no fuera por el látigo con que usted nos amenaza, mariscal Lathrop, le presentaría un millón de objeciones..., y usted lo sabe. Hemos hecho lo posible durante estos años para que el Partido operase en pequeño; para que el número de miembros no aumentara, en un momento en que sería perjudicial. Pensamos que los planes grandiosos del futuro se arreglarían solos.

Danton Small hizo un gesto de impaciencia.

—La situación ahora es diferente. Parece que no puedo lograr convencerlos de que ahora soy jefe de la Conjuración, y que este hecho, en sí mismo, multiplica las fuerzas de ustedes cien veces. No los necesito más. Mi posición está consolidada, y podrían volver a ser activamente ineficaces si los dejara.

—¿De modo —señaló el otro— que ahora está usted de nuestra parte por puro amor desinteresado?

—¿Me toma usted por tonto?... Estoy de su lado porque quiero que permanezcan intactos en caso de que surjan eventualidades inesperadas. Si Luisa se pasara a Enfield (y podría hacerlo) y otra vez a Thomas (que también podría), o de cualquier otro modo tratara de dar un golpe de estado, ella sabe que les entregaría el gobierno a ustedes. Tengo un seguro contra ustedes; pero ustedes son mi seguro contra ella. Por eso debo tratarlos muy cuidadosamente, para que resulten una amenaza efectiva contra ella. Por eso no los quiero ver organizando estúpidos mitines de protesta, o cualquier otra cosa que terminara repentinamente con ustedes todos en la cárcel si me obligan a ello, violando abiertamente la ley. No porque personalmente me importe que los metan en la cárcel, pues sería



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

el lugar estratégico para que estuviera en caso de que repentinamente necesite todas sus fuerzas..., aunque no creo...

El otro asintió con la cabeza.

—Usted ha ganado, mariscal. Y le concedo esto: nunca intentó engañarnos con palabras mentirosas. Se portó con entereza todo el tiempo. Si alguna vez estamos en el poder, no lo olvidaremos.

—Espero que así sea —expresó Danton Small—. Todavía tengo esas cápsulas de la memoria, que le dije.

—Bien —dijo el Triste—. Suspenderemos la manifestación. Pero comprenda que no lo hacemos porque estemos de acuerdo con usted. ¿Qué más?

Danton Small respiró profundamente. Había tenido lo que se llama un golpe de suerte: alguien había explicado la relación entre Lathrop y el Partido de la Tierra en el momento mismo en que entró; de lo contrario, nunca habría él adivinado lo que ocurría.

Pero el resto se debía exclusivamente a que el capitán Small había concebido a Paul Danton como a un archiconspirador y había dado al hijo de su cerebro una buena dosis de inclinación en ese sentido. El hecho de saber que se estaba comportando como era natural que se comportara porque así había sido creado, no disminuyó su contento. Hasta el llevar la pesada máscara de oxígeno le producía satisfacción. Estaba en su elemento. Dudó un momento, saborearemos la situación, y luego se lanzó con el placer del hombre que se divierte a más no poder.

—Escuche con atención —dijo—, y entiéndalo bien claro, porque no es sencillo y debe salir a la perfección. Primeramente quiero destacar un hombre en cada comunidad, y quiero que la red de comunicaciones de todo se conecte con algún intercomunicador central (no importa cómo lo hagan, siempre que lo hagan y funcione), de modo que yo pueda comunicarme con cualquiera de ellos, en cualquier momento, y desde cualquier sitio fácilmente accesible.

—¡Por favor! ¿Tiene idea de lo que está pidiendo?

—Para utilizar una antigua frase —respondió Danton Small, loco de contento—, le diré que todavía no han oído lo mejor.

EL capitán Small seguía desarrollando su fraseo propaganda para la venta.

—Son muy buenos platos, verá usted. Todas las bandas de ondas desagradables se han suprimido: sólo son sensibles a las longitudes de onda agradablemente pintadas a mano. Los tendrá listo dentro de unas dos semanas.

La expresión del otro reflejó desconcertada angustia. Hasta entonces había asentido alegremente.

—¿Por qué tanto tiempo? Necesito llevármelos ahora mismo.

Small se disculpó con un gesto.

—Ya sabe usted las cosas que pasan...: la guerra y demás. Gran parte de la materia prima la obtenemos del sector 4, y allí las cosas no andan muy bien que digamos. Creo que el gobierno se está incautando de todo.

—¿Ah, sí? No había oído nada al respecto. ¿Qué pasa?

Small se encogió de hombros.

—No sé... Material de guerra, supongo. Al menos, parece que nadie sabe de qué se trata. Están subiendo rieles para tranvías inmensos, hacia en techo, en pesadas bases hidráulicas; y el sector 6, que está justo por debajo de ellos, está elevando su techumbre para sostenerlos.

El comprador miró incómodo hacia el techo del pequeño estudio que Small había alquilado.

—¿Sabe? —dijo pensativamente—, muchas veces me he preguntado si estas cavernas, hechas y reforzadas hace [illegible], no deberían ¿No es cierto que el metal se fatiga con el tiempo?

—No sé decirle —contestó Small, suspirando—. No soy sino un simple comerciante. ¡Hasta la vista!

ARMANDO Lathrop se enorgullecía de ser un realista. Sabía que una cosa es obtener el poder, y otra, mucho más difícil, mantenerlo hasta que la posición se consolide. Llegaría un tiempo en que el peligro que Luisa significaba no podría ya contrarrestarse con el placer de poseerla y lidiar con ella.

Ella lo ayudaría contra Thomas durante un tiempo, siempre que pareciera que entre los dos podrían librarse de Thomas.

Y ¿entonces?... Entonces, si aparecía otra persona que pareciera más fuerte... Bueno, Lathrop pensó que él se encargaría de esto, liquidando a los posibles candidatos. El primero sería Enfield. Mann había sido un tonto al desestimar a Enfield; él, Lathrop, no lo haría. El mero hecho de existir hacía de Enfield una persona peligrosa.

Era mejor eliminar a Enfield antes de terminar el asunto de Thomas, de modo que Luisa no tuviera ninguna otra posibilidad de elección. Sonrió siniestramente al pensar que la acción que había planeado lo elevaría a los ojos de Luisa.

Era sencillo e infalible: había que denunciar a Enfield como traidor que había hecho fallar el ataque a la Tierra. El Partido de la Tierra sería su ejecutor; y las pruebas necesarias se dispondrían convenientemente para que fuesen descubiertas cuando se investigara la muerte de Enfield.

Y después, ¿qué? Una nueva expresión de tiranía: algo totalmente novedoso. Lathrop sonrió ampliamente, mientras se abotonaba la túnica. Tenía en sus manos todo el movimiento subversivo. Qué mejor para liquidar a sus propios enemigos que hacerlos aparecer como traidores al régimen. Era la política secreta ideal.

Lathrop tocó el timbre y se puso el sombrero. Debía entrar inmediatamente en contacto con el Partido de la Tierra. Aguardó un momento. Luego frunció el ceño, al notar que los esperados pasos no se oían. Se dirigió rápidamente a la puerta, la abrió y llamó:

—¡Drayle!

Un hombre bajo y fornido, vestido de paisano, asomó la cabeza por otra puerta.

—¿Llamaba, señor?

—¡Por supuesto que llamé! —gritó Lathrop, entornando los ojos.

—¿Qué hace sin uniforme?

El subordinado lo miró con desconcertada preocupación.

—Es que, señor..., estaba por irme —llevó la mano al bolsillo de la chaqueta—. ¿Entendí mal...?

La furia de Lathrop se desvaneció ante la expresión del subordinado.

—¿Le dieron licencia, Drayle? —le preguntó más calmado, maldiciendo mentalmente a Luisa.

El subordinado sacó un papel del bolsillo. Lathrop extendió la mano, lo tomó y vió que de su puño y letra estaba escrito:

"El portador, Quentin Drayle, queda por la presente relevado de toda obligación, con paga completa de oficial, hasta nueva orden. (Firmado:) *A. Lathrop".*

—Usted mismo me lo dió después del accidente —dijo Drayle.

Lathrop miró nuevamente el papel. Era su propia letra o al menos una imitación bastante exacta para engañar a cualquiera, a menos que se le hiciera una cuidadosa inspección microscópica.

—Reláteme ese accidente, Drayle.

El hombre estaba totalmente desconcertado; pero, con paciencia, Lathrop consiguió que le relatara cómo, aquella mañana, el mariscal le había ordenado

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que consiguiera un automóvil oficial y lo llevara inmediatamente a la Conjuración. Un taxi los atropelló en el camino, y Lathrop recibió un golpe que lo dejó inconsciente. Drayle trajo al mariscal de vuelta a las oficinas del comando, donde recobró el conocimiento y manifestó que se encontraba perfectamente bien y que proseguiría su camino en ómnibus. También el mariscal le preguntó a su subordinado si necesitaba algo. Drayle le recordó que su licencia estaba vencida y le pidió permiso para quedar libre por el fin de semana. El mariscal le otorgó licencia por tiempo indeterminado, y para ello escribió el papel en el acto.

Lathrop, que sabía que había estado todo el día trabajando, sacudió levemente la cabeza. Había llegado a pie a la oficina, unos quince minutos antes.

Algo raro pasaba; de eso no cabía duda; pero su significado e importancia le eran desconocidos. Lo mejor sería que Drayle no sospechara nada por el momento. Le devolvió el papel.

—¿Quiere que llame a su médico, señor? —preguntó ansiosamente el subordinado.

Lathrop asintió con una inclinación de cabeza.

—Sí, por favor. Siento mucho lo ocurrido. Disponga de su licencia, como le dije anteriormente. Puede retirarse —hizo con la mano un gesto displicente y vió cómo el sobordinado se dirigía corriendo al puesto de comunicaciones.

¿Luisa?... Muy posible: bien podía ser que estuviese tramando algo. Tras este pensamiento se le ocurrió otro, salió rápidamente a la calle, detuvo un coche y subió a él.

¡Un impostor!... Quizá, esta vez, la culpable no fuera Luisa sola..., sino Luisa y Thomas.

EN el ómnibus, el capitán Small se fingió ramplón e insignificante, garrapateando en su libreta, ennegreciéndose la lengua a gran velocidad, y con la expresión de aquel cuya relación con los números es la de una guerra sin cuartel. Sentados delante de él, dos ciudadanos mucho más notables hablaban preocupados, en ronco susurro. Justo antes de que el ómnibus llegara, uno de ellos dijo la frase "derrumbamiento de cavernas", en voz suficientemente alta como para que varias personas, inclusive Small, la oyeran. Small trazó una línea bajo la columna de números y se recostó en su asiento: no necesitaba preocuparse por aquella comunidad: los dos caballeros conseguirían sembrar mucho más alarma que el terráqueo.

Durante algún tiempo, mientras los otros dos duplicados trataban de lograr sus dispares objetivos, el capitán Small, había llevado la vida de cualquier comerciante venusiano, y no había hecho nada en especial, pues no estaba muy seguro del terreno que pisaba. En su calidad de agente del Consejo de Seguridad, estaba acostumbrado a trabajar como oficial de contraespionaje. Y le costó su tiempo asimilarse a la posición opuesta, porque el contraespionaje se basa en tener todos los datos desde el comienzo y en utilizarlos como corresponde. Sabía que no llegaría a conocer bastantes detalles sobre el gobierno venusiano, como para actuar del modo que le era habitual.

Pero fácilmente podía prestar ayuda a los duplicados. Mientras ellos desarrollaban sus propias individualidades, él, Small, podía provocar la intranquilidad popular. El mismo motivo que había dificultado la labor del capitán en la Tierra, facilitaría en Venus la de los duplicados.

En Venus crear esa atmósfera de intranquilidad no era difícil, dadas las condiciones de vida.

Cualquiera podía imaginar la base del terror común en una civilización subterránea: la posible ruina

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Fuera cual fuera la causa (fuego, peste, derrumbe estructural), siempre había en el fondo la claustrofobia básica. La gente de la invencible Venus sufría de escasez de aire para respirar.

Por eso Small se dedicaba tranquilamente a su paciente labor de minar la tranquilidad pública, y cuando oyó la frase "derrumbamiento de cavernas" supo que había cumplido con su cometido.

Capítulo VIII

DANTON Nels observó la leve sonrisa que se dibujaba en el rostro de Luisa y rió interiormente. El hecho de ser un hombre creado por una mujer, tenía su ventaja bien determinada: la de estar provisto de la capacidad de comprender por intuición ciertas modalidades del temperamento femenino. Pero en Luisa había un factor masculino que atajaba y hacía trastabillar tal intuición. Danton Nels sabía que con Luisa no podía estar seguro.

Tendría que considerarlo como si ella fuera hombre, mientras sus cuerpos estuvieran separados, salvo en las breves oportunidades en que se manifestaba femenina, que es cuando él la comprendía a la perfección.

—Con el triunfo estás más atractivo, Armando —decía ella—. Estoy asombrada. Creí que te ibas a poner insoportable por engreimiento. Al principio pareció que así era; pero después cambiaste, y ahora..., bueno, te estás suavizando, dulcificando un poco. Todavía tienes momentos en que te muestras altanero, pero ya no como antes. No te dejes engatusar por tu propia propaganda —se acercó a él y le rodeó el cuello con los brazos—. Nunca soñé que pudieras ser un pícaro tan delicioso, querido. Tu plan para dominar y utilizar a la vez el movimiento del Partido de la Tierra me dejó maravillada.

Danton Nels, en un relámpago intuitivo, tuvo la certidumbre de que, desde que conocía a Luisa, era la primera vez que ella expresaba sus verdaderos sentimientos.

—Pero, por favor —siguió Luisa—, no te hagas el altivo y arrogante para conmigo, tesoro; porque me dan ganas de pegarte. Resérvate eso para el pueblo.

—No puedo evitar tener el aspecto que tengo —replicó Danton Nels—. Ahora no estoy fingiéndome altivo. La expresión que tengo no es sino de dolor. Yo debería conocer el porqué... En realidad lo conozco, pero no consigo explicármelo.

El sabía que en la relación entre Lathrop y Luisa había un aspecto oculto que él todavía no conocía; algo que todavía permanecía oscuro para él. Podía sentirlo en el modo con que ella lo miraba.

Allí estaba de nuevo... Era como una sombra que cruzaba por el semblante de Luisa. Danton Nels pensó que el tiempo apremiaba: que a menos que él coordinara pronto las ideas e hiciera lo que ella esperaba de Lathrop, además de estas otras cosas que no esperaba pero que habían logrado su franca admiración, todo estaría perdido.

—¡Claro! —dijo ella con satisfacción—. Antes de que asumieras el poder supremo, tenías demasiada determinación para preocuparte sobre si las cosas andaban como tú querías. Simplemente ponías manos a la obra y las hacía marchar a tu antojo. Ahora..., te preocupas.

De modo que era eso. Lo que había en Lathrop, por lo que esa mujer lo eligió, era el rasgo que, entre todos los duplicados, le faltaba a Danton Nels...; aunque Danton Tamara tampoco habría estado a la altura de la ocasión.

Y ninguno de los elementos que integraban su personalidad podía reem-

plazar totalmente esa cualidad básica, ausente. Lathrop atropellaba sin fijarse en los obstáculos; unas veces velozmente, otras con lentitud pero siempre sin reparar ni en las consecuencias ni en el precio. Danton Nels comprendió lo que esperaba Luisa de él, y reconoció que no podía ganar. Su única oportunidad residía en entretenerla durante algún tiempo y aparentar que él poseía lo que no poseía. Era cuestión de tiempo..., tiempo..., ahorrar, ganar tiempo, hasta que pudiera descubrir exactamente lo que convenía hacer, y dar el golpe definitivo.

"Luisa ve a Lathrop como a una especie de supertanque", pensó; "Marcia vió a Paul como a un espadachín romántico. ¿Podrán ambas cosas reconciliarse?

No era solamente cuestión de fuerza (Danton Nels tenía fuerza y lo sabía): era cuestión del tipo particular de fuerza que Luisa exigía en su hombre.

Luego se le ocurrió otra idea... Sí, había un modo en que él podría conquistarla como espadachín; algo que Luisa nunca podría comprender en otra persona, y mucho menos en un hombre: lo femenino.

Sonrió lentamente y dijo recalcando las palabras:

—De modo que te parece que me estoy suavizando demasiado, ¿eh?

Ella sacudió la cabeza, pero él no la dejó hablar. Echó la cabeza para atrás, agitando las aletas de la nariz, y dijo:

—¿Qué sabes tú de mis problemas? ¿Qué sabes tú de la técnica de consolidación del poder?... Oh, sí, tú vales para complotar y conspirar...; para todo el trabajo de zapa que no exige sino la ductilidad de tu sexo. Pero, ¿para qué sirve todo eso cuando se tiene el poder en la mano y se es el de arriba, y no el de abajo?

POR la expresión que ella puso en su rostro, Danton Nels vió que esto la había impresionado, y pasó a otros temas, subiendo el tono de la voz, en fulgurantes protestas sin sentido. Finalmente, ella le hizo callar con un beso en los labios.

El la apartó con firmeza.

—¿Crees que con un beso vas a arreglarlo todo?... Amiguitos de nuevo, ¿eh?

Se puso el puño en la cadera, como hacía Lathrop en sus discursos públicos, y rió; la insultó de mil modos, y rió más aún. Luego, antes de que ella pudiera contestarle, la tomó de los hombros y la besó con la fuerza más brutal que pudo.

Cuando la dejó, Luisa temblaba.

—Armando... —balbuceó—. No me siento ofendida, no... Me gusta. Pero es un cambio que no me parece oportuno. ¿Sabes lo dice la gente de ti?

Bruscamente, él cambió de tono e inclinó la cabeza.

—Lo he oído, pero de segunda mano. Dicen que me vendí a la Tierra, a cambio de la promesa que me hicieron de nombrarme virrey. Yo ya me esperaba esa acusación; pero era imposible ocultar el hecho de que fuí yo quien detuvo el ataque... Y la promesa de atacar más adelante, cuando estemos mejor preparados, no será capaz de aplacar el deseo de guerra tanto tiempo acumulado —tomó sus guantes, se los puso y sonrió—. Puedes ser útil, muchacha, pensando algunas sutiles medidas de represión... No es que yo no sea capaz —semiocultó un bostezo—; pero tengo cosas más importantes en que pensar. Ahora, ven un momento y dime cómo vas a extrañar mi ausencia hasta que yo vuelva.

—¡Armando, espera! —Luisa cruzó la habitación hasta el televisor—. Para variar, óyelo de primera mano —dijo—. Tu sistema de espionaje se está de-

La pantalla se iluminó, y un rugido atravesó la habitación. El taxi de Lathrop había llegado a la calle Tercera, a buena marcha: pero, allí, la multitud lo había detenido. Danton Nesl pudo verlo, de pie en el asiento trasero, con un revólver en cada mano, como imagen de la furia en uniforme; gesticulaba y movía la boca rabiosamente; pero sus palabras no se oían.

—¿Quién es ése? —inquirió Danton Nels. Se acercó al aparato, se sacó un guante y movió un botón de modo que el auto apareció en primer plano.

Los selectores del aparato amortiguaron automáticamente los sonidos circundantes. Un segundo después, la voz taurina y rugiente de Lathrop gritaba directamente en la cara de Danton Nels, contra un fondo inevitable de rumorosa marejada.

—¡Apártense, insensatos! ¡No hacen sino empeorar la situación!

Por la esquina de la pantalla asomó la cara de una mujer, como en un cuadro de Picaso, la cual gritó:

—¡Impostor!

—Despejen el camino —rugió Lathrop—. No quiero tener que disparar, pero...

Rápidamente, Danton Nels pasó el dial al Centro Militar. La llamada tendría que recorrer una buena distancia a través de la red central de Venus: red tejida por una laboriosa araña que conocía bien su Euclides. Habría, pues, alguna demora. Si ésta bastaría o no para que Lathrop se abriera paso a través de la multitud, hasta las oficinas de Thomas, era una incógnita.

Danton Nels preguntó de nuevo a Luisa:

—¿Quién es ése?

—¿Qué sé yo? —contestó ella—. Ya lo ves: alguien del Partido de la Tierra lo ha denunciado como impostor.

—¿Por qué no lo han tomado prisionero?

—Carezco de la autoridad para ordenarlo, y Thomas no sabía cual de vosotros dos era el verdadero. Si no fueses tan satisfactorio yo le habría dicho que el impostor eras tú —su voz se suavizó—. Nunca conocí a un hombre que te igualara, Armando.

DANTON Nels estaba totalmente desconcertado.

—No hablemos de eso ahora —dijo— ¡Maldito si sé cómo el Partido de la Tierra diferencia al uno del otro! De todos modos, hasta ahora me han obedecido...

El visor zumbó. Un comandante, completamente amedrentado, miró a Danton Nels con aire culpable.

—Diga, señor.

—¿Puede enviar un helicóptero al sector 74? ¿Es bastante grande la caverna?

—Sí, señor; pero...

—Hay allí un hombre prisionero de la turba, en la calle Tercera. Mande un escuadrón para que despejen, y tráigame al hombre.

El comandante parecía al borde de las lágrimas.

—Perdón, mariscal; pero...

—Diga... Hable —instó Danton Nels con impaciencia—. No tenga temor ninguno.

—Se dice que usted es un impostor —explicó atropelladamente el comandante—. Yo pensé que era usted el que estaba allá..., quiero decir que... No, no puedo mandar un escuadrón, porque todos están con la multitud. La mayoría de los oficiales de seguridad pública, junto con el ejército, se han pasado al Partido de la Tierra, y están armando al pueblo.

—Bueno, no se preocupe por el escuadrón —interrumpió Danton Nels—. Prepare el helicóptero y envíelo al campo del director Thomas.

Luisa dió un rápido paso adelante y lo cogió del brazo.

—¡Armando, no vas a...!

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Danton Nels apagó el visor y se separó violentamente de ella.

—¿Ir allá?... Por supuesto que sí. ¿No comprendes que ese hombre no puede ser sino un espía de la Tierra? —Danton Nels sonrió perversamente al ver la expresión del rostro de Luisa—. Ningún grupo disidente de Venus está suficientemente organizado como para registrar el planeta en busca de dobles o sosías míos. Ese hombre es una amenaza feroz para toda nuestra organización gubernamental. Agradece al Partido de la Tierra, ya que ninguno de mis oficiales tuvo la valentía de denunciarlo.

Se dirigió a la rampa, consciente de que la última escena estaba por empezar. Y ahora sabía exactamente lo que diría y haría el verdadero Lathrop, en igual situación. Le venía bien y decidió seguirlo. Se detuvo en la rampa y dijo:

—Mejor será que depongas tus ambiciosas jugarretas en este momento, querida. Casi puedo ver cómo giran las ruedecillas en tu linda cabecita... Pero piensa bien en esto: sé exactamente lo que ha ocurrido y me extraña comprobar que sé más que tú misma.

Salió.

LUISA quedó de pie en el cuarto, sola con su ira, fustigada por la decidida actitud de su Lathrop. Una cosa era toparse con un hombre que no se le rendía servilmente como los demás, y otra encontrarse con que se le adelantaba en algo fundamental como lo que estaba ocurriendo.

Lo único que ella sabía era que existía un doble. Si existían más, y cuántos, o si serían capaces de engañarla, o qué significaba su acción aparentemente insensata, ningún venusiano, ni siquiera ella misma, podía decirlo. Había creído que al enterarse repentinamente de esto, Lathrop perdería el control, y volvería a depender de ella.

Por un instante, se sintió descontenta. ¿Por qué no había sido él un poco menos autosuficiente?

El momento pasó, y Luisa supo a quién debía recurrir, a falta de otra fuente de información. Thomas debía de saber; Thomas siempre sabía. Lo cual significaba que... Thomas tenía alguna otra fuente informativa.

Y había solamente otra fuente: la Tierra.

Luisa tomó una chaquetilla y se la puso. Al salir, su vista se detuvo ante la fotografía enmarcada de Lathrop. Por un instante, apretó los puños; luego, extendió un brazo y la tiró contra un mueble. El antiguo florero de vidrio de la Tierra se hizo añicos. Luisa salió, olvidada de toda gracia femenina. Sus tacones resonaron como pistoletazos en la escalera de caracol que conducía a la Cúpula.

Aquella era "la" cúpula. Había en Venus otras cúpulas, pero aquella era una cúpula gigante. En cualquier otro planeta, una caverna tan prodigiosa estaría casi totalmente llena de antiguo aceite, y el resto con gas a presión. En Venus, era solamente una caverna, porque toda la vida de Venus era subterránea. Una atmósfera con formaldehido no es capaz de alimentar a sus propios hijos.

La escalera penetraba en la Cúpula por una trampa del techo, y bajaba dando vueltas como un muelle de espiral. En el suelo había gran cantidad de artefactos que semejaban un ejército de caracoles. Por encima de ellos, en una pequeña plataforma que sobresalía en medio del muro, estaba sentado algo que parecía casi humano: Thomas.

LOS zapatos de Luisa resonaron a lo largo del angosto pasadizo que iba desde el primer descanso de la escalera hasta la plataforma. Durante largo rato, Thomas pareció no advertir la presencia de Luisa. Ella, furiosa y en silencio, vió que el director estaba totalmente rodeado por un conjunto de visores portátiles y tenía un mapa extendido sobre sus fláccidos muslos.

—Ninguna noticia hasta ahora —decía un informante, desde uno de los visores—. Creo que es una falsa alarma.

—De todos modos, siga indagando. No podemos tranquilizarnos con "Nunca ha pasada antes"; pues todo puede ocurrir. Hola, Luisa —continuó, sin levantar la vista y con el mismo tono de voz—. ¿Has oído ese maldito rumor sobre el derrumbamiento de las cavernas?

—Sí, lo he oído —gruñó ella—, y tengo suficiente sentido común para no creerlo.

—Lo mismo me pasa a mí. Pero, de todos modos, si no nos preparamos, la gente nos va a volver locos. Están aterrorizados. Saben que la mayor línea de falla y dislocamiento de terrenos de Venus alcanza al piso de la Cúpula, de modo que tengo aquí todo el escuadrón de reparaciones en duralita. El primer temblor que asome las uñas es capaz de hacer saltar todo el planeta.

Ella esperó escuchar su sarcástica [illegible]

—Es raro, ¿no? —continuó él—. Esa habitación mía privada (esa que tanto despierta tu curiosidad) es casi justamente donde el mayor fenómeno volcánico debería ocurrir, si en este planeta ocurrieran fenómenos volcánicos. Admito que allí hace calor, pero...

Al fin, Luisa habló.

—Cierra esa boca, Thomas. Estoy harta de ironías de colegial. ¡Derrumbamientos de cavernas! ¡Vamos! Las bases políticas del planeta son las que están cediendo, y tú estás aquí, en el charco de tu propia grasa, jugando a la reparación de los terrenos con duralita. Yo te preguntaría si te has dado cuenta de que parecen existir unos cien duplicados de Lathrop... si no supiera que todos son terráqueos y que tú mismo los has traído.

Thomas la miró suavemente; pero algo en su mirada la dejó helada.

—No he hecho nada de eso. Además, ¿crees que me importa?

—¿Tienes la osadía de negarlo?

—Con toda seguridad. Según mis informes, el propio Lathrop puede ser el responsable. Conozco una vieja leyenda sobre la existencia de una máquina de duplicar. Quizá él haya decidido multiplicarse para consolidar su posición —fijó en Luisa sus ojos blandos y como muertos—. Tú ahora te encuentras simplemente con que le diste al hombre menos valor del que tenía.

Ella lo miró sin poder decir nada.

—Thomas no es omnisciente —siguió Thomas, dictando siempre su historia secreta—; nunca lo fué; pero eligió hacer lo que los otros esperaban que él hiciese. Le divertía la justicia. Procuraba acomodar las cosas para que el castigo se adaptara al criminal, no al crimen cometido. El de Luisa ya estaba planeado: ella había empezado a morir.

Luisa consiguió ocultar un instantáneo sentimiento de horror.

—¡Thomas! —susurró.

El director pareció despertarse.

Pichones lactantes

Las palomas son, a su modo, también mamíferos. En efecto, durante los primeros días siguientes a su nacimiento, los pichones se alimentan de un líquido cremoso parecido a la leche, que tanto el padre como la madre les introducen por el pico. Investigaciones recientes demuestran que este líquido se produce en el buche de los progenitores, y que depende de una secreción interna de la glándula hipofisiaria; secreción llamada prolactina. *Con esto, y con la diversidad de crías de las "nodrizas", queda establecida la diferencia con los verdaderos mamíferos.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Al fin deberás reconocer que has sido derrotada, querida, y que la herida es fatal. Deseaban demasiado la inmortalidad. Nunca conviene desear demasiado una cosa: el universo sigue su marcha impasible, y es peor si te recuerda que si te olvida.

Ella dijo sordamente:

—Me has vencido, Thomas. Pero al menos he conservado la fe en mí misma.

—Otro error: y además es falso..., totalmente falso. Has perdido el control, Luisa. Tu fe no se basaba en nada, pues no eres nada; y seguirás cometiendo errores y cálculos equivocados. Thomas no sabe cuál será el último, pero sabe que pronto lo cometerás. Lathrop conservó la misma fe que tú, y mira — el director no pareció moverse; pero la pantalla que estaba frente a Luisa se iluminó, y nuevamente apareció la escena de la calle Tercera—. Observa con atención, Luisa. Es una lección sobre los peligros de desear demasiado algo..., lección que podrías haber aprendido a tiempo si yo hubiera querido enseñártela.

—Thomas, eso es mentira. Tú...

—Toda mi vida está basada en mentiras, Luisa; y una de las mejores es la de mi inmortalidad. Nunca encontrarás el secreto, porque no existe. Hasta podría morir yo antes que tú.

Thomas consiguió levantarse afianzándose en la barandilla, y llamó a sus enfermeros. Cuando llegaron empezó a retirarse de la plataforma.

Luisa lo observaba, y de pronto le pareció sentirse ella misma tan pesada como aquella mole que en otro tiempo había sido un hombre. Thomas se detuvo en el pasadizo y dijo:

—¿Te has enterado ya de lo que hago en la cámara secreta? ¿No?... Bueno, no te lo diré, querida, pero te daré una pista. Es algo que podría hacer fácilmente en cualquier otro sitio. Si tienes el valor necesario, baja conmigo y lo verás... cuando este drama de Lathrop haya terminado. Te dejaré el camino libre.

Luisa se sentó, con las manos cruzadas en la espalda, a mirar la pantalla, y sintió que se le helaba la sangre en las venas.

En una pequeña y cuidadosamente seleccionada galería de los secretos, en la base de la Cúpula, el capitán Small estaba tranquilamente sentado, sobre un tambor de acero balanceando los pies y observando, con la mano alzada, la marcha de los segundos en la esfera de su reloj pulsera. A la hora cero, el tambor empezaría a rodar.

En la cabaña de la superficie de Venus, Danton Small rebajó a su otro yo al rango de coronel, y empezó a explicar algo sumamente complicado a un auditor invisible.

En la oficina que Luisa acababa de dejar, Enfield se oyó nombrar director supremo de Venus por alguien a quien había odiado durante años: alguien que él creía que era el mariscal Lathrop.

Mas allá del pasadizo, las tres figuras de Thomas y sus enfermeros bajaban lentamente por la escalera de caracol, a la cámara que estaba debajo de la Cúpula.

En la calle Tercera, el helicóptero descendió suavemente, cerca del taxi de Lathrop, y la multitud se amontonó a su alrededor. El conductor intentó aproximarse por entre un claro; pero la turba volvió a cerrarlo. Lathrop levantó las pistolas.

El capitán Small bajó la mano y se apartó del tambor, que empezó a rodar ruidosamente por la rampa que empezaba en la galería. Una estrepa-

do atroz se esparció por las cavernas.

En el mismo momento, Enfield empezaba a bajar desde lo más alto de la escalera de caracol, y Thomas con sus enfermeros llegaba abajo y desaparecía en sus profundidades.

Danton Small terminó sus explicaciones y dijo:

—¡Ahora!

Danton Nels cayó de cabeza desde el helicóptero y murió sin siquiera sentir las balas que lo acribillaron. La multitud enterró a Lathrop en un torbellino de furia.

Y en la Cúpula, el supuesto derrumbamiento de las cavernas empezaba a oírse. Durante algunos segundos, Luisa no lo oyó: vió cómo moría Danton Nels y sintió que casi lo había amado. El linchamiento de Lathrop ni la inmutó. Ahora conocía al menos una parte del engaño de que había sido víctima, porque sabía muy bien cuál era el hombre al que ella había llevado al poder: aquel en cuyo uniforme brillaban las medallas, a pesar de la sangre y el barro... Pero nunca sabría quién había sido el fascinante forastero.

Luego, llegó a sus oídos el inconfundible estruendo, el ruido atronador. La plancha de acero de la plataforma vibró con estridencia.

Todas las pantallas se iluminaron al mismo tiempo. Luisa miró espantada los rostros desesperados que la miraban y se prendió inútilmente del mapa. En él estaban indicados todos los puntos del suelo de la Cúpula que debían reforzarse inmediatamente; pero se encontró con que no podía leerlos.

El ruido iba creciendo. La plataforma parecía estar a punto de desprenderse del muro. Luisa sabía que debía intervenir, hacer algo..., aunque no tuviera ningún sentido. Nuevamente había recobrado su tremenda frialdad y equilibrio.

En aquel momento sonrió con la más dulce de sus sonrisas.

—Hay una abertura al pie de la escalera —dijo con voz clara, totalmente desprovista de nerviosidad—. ¿Quién se ocupa de esa área?

Uno de los hombres gritó desde la pantalla:

—Ese es mi sector: el número 6835-F.

—¡Llénelo de duralita!

—¿El hueco al pie de la escalera?

—Sí.

En el suelo de la caverna, los caracoles convergieron hacia aquel punto. Ríos de duralita vomitaron sobre Thomas.

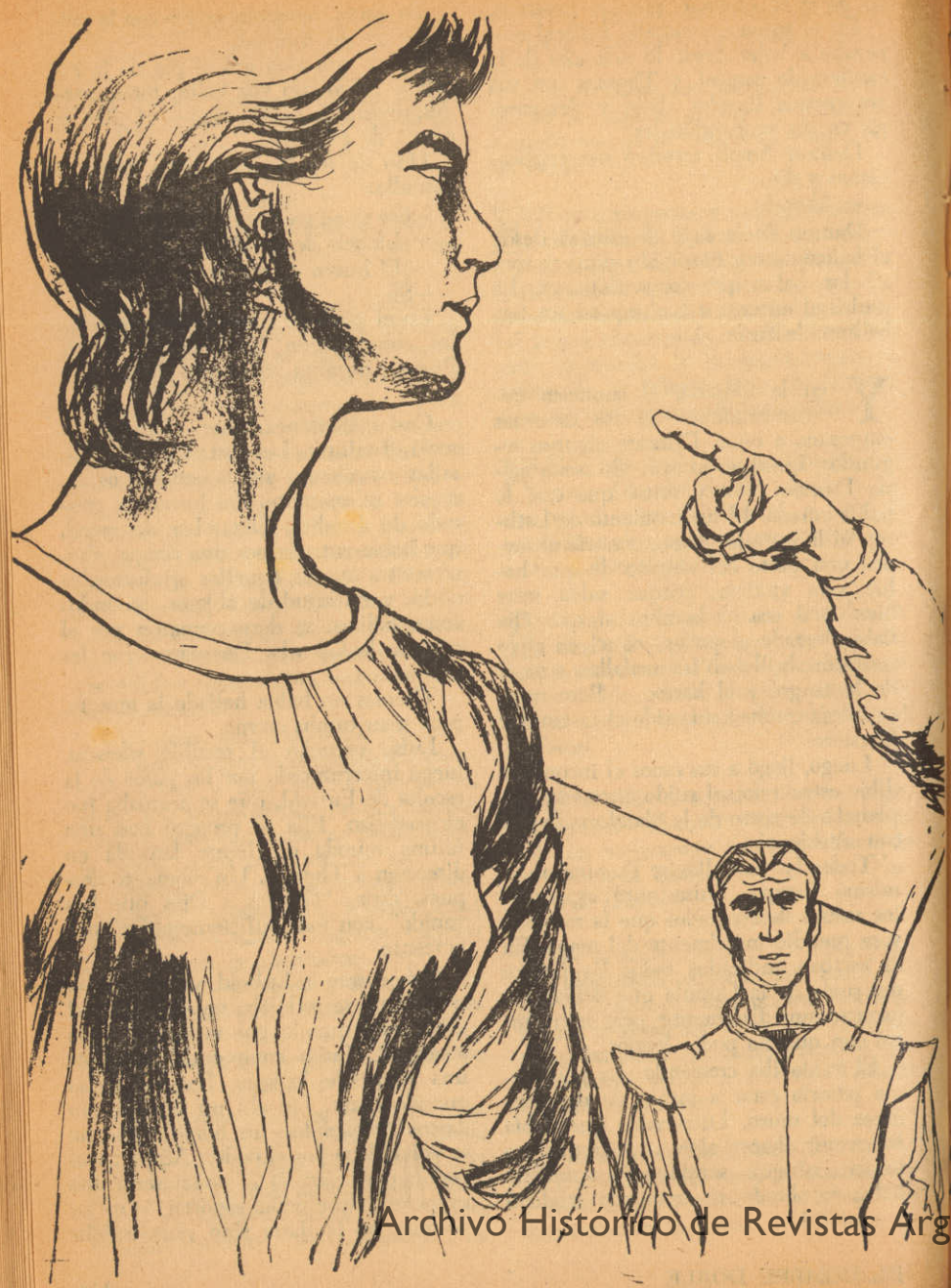
Casi instantáneamente, el ruido pareció disminuir. Los rostros en las pantallas escucharon atentamente. Los caracoles se apartaron del hueco ya atestado de duralita. El tambor de metal, que había entrado por una rampa, chocó contra uno de aquellos artefactos, se abrió, y multitud de objetos, redondos como bolitas, se desparramaron por el piso de la Cúpula. Desaparecieron los ruidos.

Thomas no había hallado la muerte, pero sí su tumba eterna.

Luisa escuchó al terrible silencio, luego interrumpido por los pasos de la escolta de Enfield, que se acercaba por el pasadizo. Ella se preparó con una última mirada desafiante lanzada en dirección a Thomas. Un momento después, diría: "Gracias a Dios que has venido", con tono suficientemente convincente.

Vió entrar a Enfield y vió que el triunfo no se reflejaba en su rostro: el triste velo que lo cubría no se había levantado. Luisa comprendió entonces una parte de lo que Thomas había querido decir. He ahí un hombre sin deseos desmedidos, un hombre que no se volvía loco por el poder. Aceptaría el poder; pero para él el poder sería una carga más, que debía soportar lo mejor posible; no le daría sino responsabili-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



dad y obligaciones a cumplir y quizá, ocasionalmente, la satisfacción del deber cumplido, mas no la alegría desenfrenada, el desmedido júbilo.

Ella empezó a acercarse a él; pero Enfield no la miraba. La voz de Danton Small que decía "Eres el último y el virrey de Venus a los ojos de la Tierra", todavía sonaba en sus oídos. Se detuvo y pareció ver por primera vez lo que tenía delante de los ojos.

Ella empezó a hablar; pero Enfield levantó un dedo y, señalándola, se volvió ligeramente hacia la guardia que estaba a su lado, y dijo:

—Maten a esa mujer.

Capítulo IX

JOACHIN Burgd no era hombre al que gustara distraerse ni aún con sus propios pensamientos. Miró al guardián muerto, luego a Danton Burgd, y dijo serenamente:



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Yo lo esperaba a usted.

Danton Burgd se alzó de hombros.

—Supongo que sí. Parece que usted está por encima de todos nosotros, hasta este momento.

El antartidense sonrió.

—No. Más bien, yo diría que estamos a mano. No estoy preparado contra usted. Puede matarme aquí, ahora o cuando quiera...; y además no lo castigarán por ello. Di órdenes de que lo dejen pasar libremente, ocurra lo que ocurra... Siento mucho, eso sí, que se haya visto obligado a matar a mi sargento. Su única culpa fué la ignorancia.

Danton Burgd sintió que la sangre se le subía la cabeza. Por un instante pensó matar al antartidense, allí mismo. Sólo la urgente necesidad de saber lo detuvo.

—¿Lo siente? —dijo con dureza—. ¿Siente una muerte..., usted que ha maquinado tantas?

—Sí —replicó Burgd, inclinando la cabeza—. He proyectado muchas, y también lo lamento..., como lamentaría tener yo mismo que morir, especialmente si muero por la mano suya; pues en algún extraño sentido es usted mi hijo. Pero todo ha sido necesario, Paul Danton Burgd; créame: cada movimiento lo ha sido. Fué monstruoso, criminal, y cualquier otro epíteto que usted quiera usar; pero alguien tenía que hacerlo. Ahora que ya está hecho todo, mi propio fin es cosa de poca importancia, salvo para mí; y si mi hora ha llegado, estoy preparando para morir.

—Está usted pretendiendo engañarme otra vez —lo acusó el duplicado—. No me va ha hacer desistir de mis propósitos con palabras bonitas. Sus manos están teñidas de sangre inocente..., teñidas en sangre como las de los tiranos que usted y los otros pretenden derribar para siempre. Usted inventó la guerra, cuando las pocas razones que existían para declararla habían desaparecido antes de que usted alcanzara el poder.

Hubo un breve silencio. Burgd no se molestó ni siquiera en asentir.

—¿Por qué no me da usted una razón? —Danton Burgd sintió que su voz estaba próxima a quebrarse—. No puedo prometerle que lo dejaré con vida... Eso está fuera de cuestión. ¿Pero por qué no se explica al menos? ¿Hubo alguna razón? ¿O usted es...?

—¿Loco? —terminó el antartidense, suavemente—. Creo que no... ¿Recuerda la noche que hablamos, antes del proceso de Duplicación?

—Sí —contestó Danton Burgd; luego hizo una pausa—. Yo..., no era yo.

—Sí, era usted —dijo tranquilamente Burgd—. Entonces le dije que la organización del Consejo de Seguridad me parecía anticuada. Yo soy anarquista como debe serlo todo hombre que desea la paz. Supusimos que la paz había llegado cuando se promulgaron las Ordenes de Paz; pero no fué así... Sólo se logró la ilusión de la paz, una ilusión peligrosa e inestable. Recuerde... El consejo de Seguridad había conseguido que el mundo se le sometiera por miedo. Mientras mantuviera su aparato militar, las naciones seguirían temerosas, y no habría guerra. Pero, después de algunos siglos de semejante paz, ¿el Consejo aflojaría las riendas, disminuiría su poderío?

—No lo ha hecho —admitió Danton Burgd.

—Este caso es especial; pero la respuesta todavía es negativa. El Consejo no podía de ningún modo aflojar su poder. Era absoluto e inalterable. El Partido Pro Tierra tenía razón desde el principio, cuando predijo que el Consejo de Seguridad Mundial se convertiría en tiranía (como ocurre con todo grupo de poder ilimitado), basada en el temor a la guerra. Siempre existirían sombras o amenazas; existiría miedo [illegible] momento en que el Conse-

jo permitiera que su aparato gubernamental se aflojase, algún movimiento nacionalista crease un nuevo conflicto. Y entre ambas alternativas había que elegir: o se estaba a favor del autoritarismo mundial, o se optaba por una cadena interminable de guerras mundiales, sucediéndose una tras otra. Los pueblos del mundo eligieron la dictadura; dictadura benévola, pero de todos modos una dictadura que controlaba cada momento de la vida de los ciudadanos.

EL antartidense hizo una pausa, Danton Burgd observó algo así como un cambio en los rasgos del otro, transformados por el recuerdo. El rostro de Burgd adquirió una extraña calma.

—De modo que —continuó éste— hicimos un pacto, Thomas de Venus y yo...

—¿Thomas? ¿Thomas de Venus?...

—El mismo —asintió Burgd—. Eramos hombres igualmente desgraciados. Thomas había estado trabajando en una especie de pantalla antiatómica. No la encontró; nunca la encontró; pero encontró algo mucho peor: una peculiar forma de cáncer, que haría inmortal al hombre que se decidiera a pagar el precio... Yo, por mi lado, era hijo de uno de los hombres que bombardearon los hielos polares.

—¿Usted es inmune?...

Burgd se irguió, y asintió con una inclinación de cabeza.

—Efectivamente; longevo, pero no inmortal; y como todos los inmunes, obligado a soportar especiales desgracias... Calculo que, ahora, Thomas debe de ser un hombre de tamaño colosal; demasiado grande para moverse sin ayuda ajena. No se lo he preguntado, y no me lo ha dicho; pero sí me ha dicho que su tiempo se acerca. El cuerpo de Thomas, o aquello en lo que su cuerpo se convierta, vivirá por siempre; pero su sensibilidad no. La última vez que nos comunicamos, me dijo que ya encontraba dificultades para hablar, y que el habla es lo primero que se pierde. En cuanto a mí... Bueno, usted sabe lo que tenemos que sufrir los hijos de los sometidos a mutación, aun cuando exteriormente no exhibimos fallas fundamentales. Entre otras cosas, soy estéril...

Burgd inclinó su cabeza hacia un costado, como hacía en las sesiones de televisión; pero Danton Burgd notó que, sin embargo, cada gesto, cada palabra tenía ahora diferente sentido que cuando se dirigía al público.

—Como he dicho, hicimos un pacto —prosiguió el antartidense—. Thomas se uniría a los patriotas profesionales y a los burócratas desposeídos, que querían escapar a Venus, y les ofrecería el traicionero obsequio de su famosa pantalla.

Danton Burgd frunció el ceño.

—Un momento —dijo acerbamente—. Acaba usted de decirme que nunca la consiguió.

—Correcto; y lo repito: no la consiguió. Todos los proyectiles disparados contra Venus, fueron preparados para estallar a la distancia apropiada. Thomas organizó demostraciones semejantes en Venus. *¡Nunca hubo tal pantalla alrededor de Venus!* —se detuvo, pensativo—. Por eso el equipo de la pantalla ha tropezado con tantas dificultades.

Danton Burgd sacudió la cabeza.

—Usted provocó la guerra —recalcó—. ¿Qué interesan las circunstancias? Usted y Thomas hicieron que el mundo pagara la inmortalidad de ambos... Sé muy bien las desgracias que sufren los inmunes. Una de ellas es el modo en que deben morir, cuando mueren... ¡Y usted se ha ganado esa muerte!

Miró por ver si descubría alguna expresión de miedo en la cara del otro, pero Joachim Burgd, sin alteración alguna en su semblante, mumuró:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Por supuesto, me ocupé de que usted se enterara... Ahora nada me importa. Mi misión está cumplida. La guerra ha terminado y ha sido conducida del único modo en que podía conducirse sin reducir a la humanidad entera al salvajismo: *sin armas atómicas.*

BURGD rió suavemente ante la azorada expresión del rostro del duplicado.

—Parece —agregó— que está usted empezando a comprender... ¿Se da cuenta ahora de lo que hemos logrado..., Thomas y yo?... Primero: hemos encauzado todo el resto de sentimientos nacionalistas hacia el odio a Venus. Segundo: hemos permitido que en la Tierra crezca una generación íntegra carente de odios nacionales. Tercero: hemos creado un gobierno mundial, que ya está completamente descentralizado, excepto en lo que se refiere a sus objetivos militares; y éstos nada tienen que ver con la Tierra. Cuarto: hemos dado fin a estas ansias militares, mediante un derramamiento de sangre realmente mínimo; sin necesidad de dividir a los hombres en conquistadores y vencidos, con las correspondientes consecuencias de sufrimiento y desencanto que daban origen a los nuevos sentimientos de odio y que a su vez engendraban la próxima guerra. En pocas palabras: sin que nada realmente grave ocurriese.

Danton Burgd escuchaba fascinado. Pero en su memoria, un vago recuerdo lo fustigaba: algo que Burgd le había dicho a Paul Danton... ¡Ah!, sí. Miró con tristeza al antartidense, y dijo:

—¿Conque ésta ha sido la última guerra, señor Burgd?... ¡Pero si usted le dijo a mi original que el pretexto de la última guerra se usaba una vez tras otra, siempre que un idealista o un sinvergüenza, o los dos juntos, trataban de justificar la que querían provocar!

Burgd asintió con la cabeza.

—Yo no pretendo afirmar que sea la última —dijo suavemente—. ¿Recuerda usted sus cursos de historia, Paul? Guerra tras guerra, cada una sembrando la semilla de la siguiente; pues mientras se permitiera la existencia de una nación vencida, el orgullo nacional exigiría venganza, recuperación de territorios y de pérdidas económicas, y otras reivindicaciones. Si yo creyese que efectivamente ésta es la última guerra (aunque espero que lo sea) y actuara de acuerdo con esa idea, estaría loco. Lo que Thomas y yo hicimos es *romper la cadena sin fin, promotora de guerras.* La gente de este planeta ha deseado la paz durante siglos. Hoy en día, tanto los habitantes de la Tierra como los de Venus no desean sino la paz. Pero la diferencia es ésta: hemos evitado el lastre del pasado, que arrastra a los pueblos hacia la guerra. El belicoso jefe que desea declararla, no tiene dónde hacer pie ni tiene dónde apoyarse para crear un nuevo conflicto con el objeto de salvar el honor nacional... Supongo que usted no tiene la menor idea de quién es el hombre llamado Enfield; pero ese es el nombre del actual director de Venus. Enfield ha luchado durante veinte años por establecer la paz entre Venus y la Tierra, y sus hermanos lo ayudaron a asumir el poder. La Tierra tiene una nueva colonia; no una colonia en el antiguo sentido imperialista de la palabra, sino una colonia establecida en un planeta que la Tierra nunca habría alcanzado si hubiera estado enfrascada en innúmeras guerras internacionales. El conflicto que creamos Thomas y yo está terminado, sin que se hayan llegado a usar armas atómicas en ningún momento... Y el Consejo de Seguridad, en su calidad de poder absoluto, es cosa del pasado, ahora que el problema para el que fué creado ha dejado de existir.

Burgd se secó el sudor de la frente, arrojó el revólver a los pies de Burgd.

te al hijo de su cerebro, y añadió:

—Nosotros lo conseguimos: Thomas y yo. Logramos la paz del mundo..., de dos mundos. Thomas me dijo hace mucho tiempo que él se había condenado al cáncer de la inmortalidad porque no podía perderse algo semejante. Yo he representado mi papel con dignidad, y tengo buenas razones para enorgullecerme de ello. Hemos vivido para matar el miedo, y lo hemos conseguido —con ambas manos se desgarró la camisa—. Usted sabe cómo puede matarse a un inmune, Paul Danton Burgd —terminó el antartidense—. Le pido un solo favor: use sus propias manos. El revólver ha pasado de moda.

Danton Burgd se secó la frente, con la mano libre, y... arrojó el revólver a los pies de Burgd.

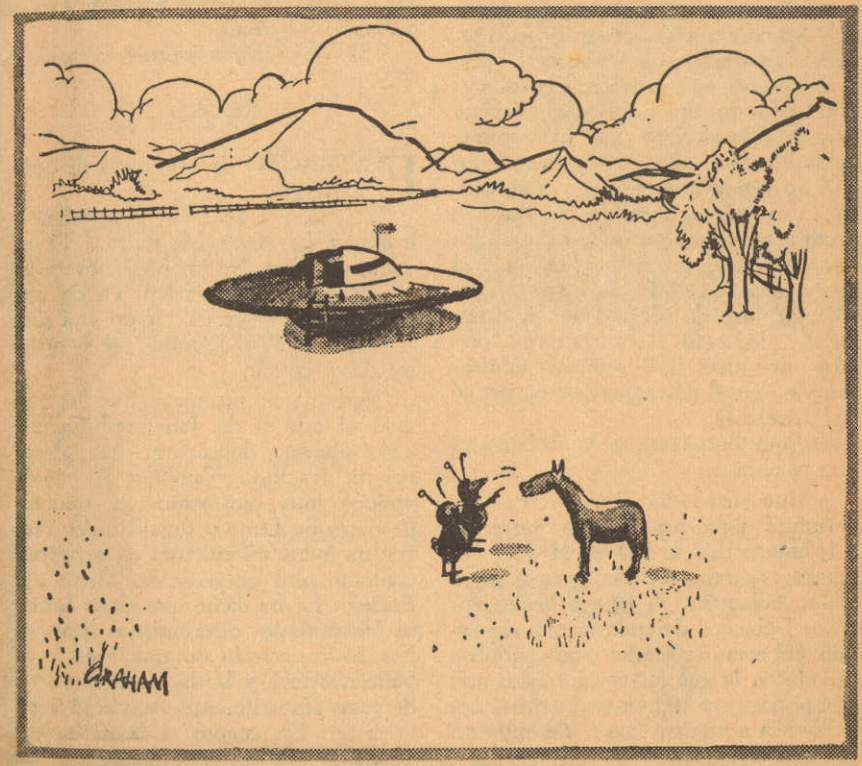
—No —dijo—, no. Los engranajes menores se mueven por la fe; esto lo sé hace mucho tiempo, o al menos, mi original lo sabía. Pero ahora sé que el motor principal se mueve por la gracia de Dios, como suele decirse. Y ahora..., yo me voy, señor Burgd.

SE volvió para retirarse, pero se detuvo al oír la voz del otro.

—¡Espere! ¿Va usted a regresar al Partido Pro Tierra?... ¡Lo matarán, Paul!

Danton Burgd asintió con la cabeza: tenía la garganta seca.

—Lo sé —murmuró con voz ronca—.



—Os rogamos tener la amabilidad de presentarnos a vuestro presidente.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Me matarán..., no allí mismo pero me expulsarán del Partido, y luego, no mucho después, sufriré un accidente fatal... Pero ya no importa nada. Soy una persona superflua... ¿Qué podría hacer, si no?

En el rostro del antartidense se reflejó una amplia sonrisa.

—Paul, Paul..., ¿dónde está la fe de los engranajes menores?... ¿No sabe usted que tengo ases escondidos en la manga? —le puso una mano sobre el hombro y dulcificó la voz—. Eres mi hijo. Conozco bien tu mente, porque yo mismo la forjé. La Tierra te necesita. El Consejo de Seguridad tiene trabajo para ti... Yo te necesito, Paul. No permitiré que te sacrifiques.

—Pero...

—No admito objeciones. Todavía tenemos la máquina de duplicar... Ese es mi primer as escondido. Haremos el duplicado de un duplicado; Tamara hará de operador. Sé muy bien lo que piensa Tamara de los revolucionarios que no logran cumplir con su cometido... El nuevo duplicado tendrá respecto a su propio *status* la misma idea que de él tenga la ucraniana. Volverá de buen grado al Partido Pro Tierra, para ser juzgado, degradado, y, finalmente, ejecutado..., antes de ser más que un robot de nuestra fabricación..., antes de convertirse en persona. ¿Aceptas?

Danton Burgd no pudo articular ni una palabra.

—Muy bien —dijo Burgd—. Eso nos permitirá estar juntos para enfrentar a la nueva era: la Era de la Paz. No hemos asegurado la paz para siempre jamás. Solamente la hemos hecho posible. Debemos defenderla tan vigorosamente como cualquier otra conquista ganada en la guerra; pero, cuanto más tiempo de paz transcurra, mayor será la inercia a nuestro favor. Te impongo una sola condición.

—Si *realmente* hay algo que yo pue-da hacer —dijo Danton Burgd—, haré lo que se me pida.

—¿Querrás llamarte simplemente Burgd? —preguntó con suavidad el antartidense.

El duplicado respiró lenta y profundamente, mientras sentía que el orgullo fluía como un torrente incontenible por sus venas. Ya no era un simple duplicado: célula por célula se estaba convirtiendo en un verdadero ser humano.

Tragó saliva y levantó la vista. El antartidense esperaba, con la cabeza algo inclinada hacia un costado, el rostro sereno y reposado, y los ojos brillando con aquella intensa calidez humana que había ocultado tan hábilmente durante tanto tiempo y por tan extraordinario propósito.

—Sí —dijo el más joven—. Sí, padre.

Epílogo

EXTRACTO de una carta dirigida a Burgd:

"...No, no, querido, no atenderé a más protestas tuyas. Me retiro, y tú tomarás mi lugar. No intentes convencerme de que no te gustará. Desde hoy en adelante, Marcia Nels no será sino la señora de Paul Danton: ese es nuestro deseo común...

"Parece que tu nuevo hijo ha tratado el asunto de Johannesburg con extraordinaria delicadeza. Me alegro por ti, Joachim. También he tenido noticias muy satisfactorias y tranquilizadoras de Danton Small, quien dice que no habrá dificultades en mantener contento al Partido de la Tierra con Enfield. Le he dicho que en el futuro se comunique directamente contigo. Los ha convertido en una especie de policía secreta, y les ha dado una serie de cosas absurdamente complicadas para hacer. En cuanto al buen capitán Small..., ha desaparecido; aunque es-toy segura de que es hijo espiritual

sabe dónde encontrarlo. Con seguridad que se ha radicado definitivamente en Venus. Mi consejo es que lo dejes tranquilo, porque carecía de inclinaciones políticas: era solamente un hombre que deseaba cumplir con su deber. Se ha ganado un buen descanso.

"El Partido Pro Tierra sigue vigilando las deliberaciones del Consejo de Seguridad. Te lo digo para tu gobierno, Joachim; pues te vigilarán a ti también. Todavía temen por Venus, y cualquier intento de recentralización será considerado por ellos como una declaración de guerra. Pero puedes confiar en ellos en caso de que en el futuro resurja de algún modo una tendencia autoritaria. No tolerarán otra tiranía que la propia, según dice Paul. Reconozco que nuestro gobierno títere tendrá pocas oportunidades de hacer tonterías con semejantes vigilantes; de modo que puedes congratularte de haberme vencido totalmente. Nunca habría yo sido capaz de creerte sin la demostración práctica.

"¿Oíste hablar de que iban a hacerme una estatua...: Marcia Nels, heroína de la guerra contra Venus? El proyecto era tan disparatado que ha muerto solo, para mi total satisfacción. ¿Quién es capaz de decir dónde se encuentra el verdadero heroísmo? Yo te lo atribuiría a ti; pero insistes en rechazarlo tan resueltamente, que no me atrevo.

"¿Hubo algún héroe verdadero, Joachim? He examinado todas las constancias, y debo confesar que no encuentro ninguno..., o hay demasiados. ✦

"Dios te bendiga, querido.

MARCÍA."

TARJETA postal que Burgd envió a Marcia Nels de Danton:

"EN REALIDAD HAY UN HEROE: EL HOMBRE."

ACABA DE APARECER

¡buenos días, CLAUDIA!



para hacer más felices a los nenes y nenas de 2, 3 y 4 años con 16 preciosas láminas a todo color.

segundo libro de la COLECCION 2, 3 Y 4

Pídalo a su canillita $ 2.-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



CORRESPONDENCIA

proyectiles dirigidos

ESPACIOTEST

Señor Director:
Quisiera que publicara un solo Espaciotest bien pensado. ¿Por qué no acepta mi colaboración?

O. L. T. KOKO (Capital)

Si el autor no se opone...

Señor Director:
El Espaciotest está más escabroso y superior que nunca.

R. GOLBERT (Rosario)

Señor Director:
El Espaciotest extraordinariamente muy bueno. Conste que no soy un fanático de la revista, pero me duele por usted que tiene que aguantar las barbaridades de quienes harían muy bien en regalar MAS ALLA a otros jóvenes que gustan leerla.

JUAN GRECO (Capital)

Señor Director:
Son preguntas muy tontas o muy difíciles.

ANGEL A. FANTINO (S. M. de Tucumán)

Señor Director:
Lo felicito por el "Espaciotest" por las respuestas de la Sección Científica y los artículos del próximo satélite y la conquista de la Luna... y por las tapas a todos colores.

FRANCISCO ARROYO MOLINA (España)

Señor Director:
En la sección Espaciotest hacen a veces preguntas que no contestan. Ejemplo (MAS ALLA Nº 35, Pág. 67) Nº 6: Cuántos cm³ de oxígeno consume un hombre por minuto: 1cc. 100 cc.; 1000 cc. La respuesta que dan (Pág. 111) es: En cada inspiración, el cuerpo humano consume sólo el 19 % del oxígeno que introduce en los pulmones. La respuesta es perfectamente correcta, pero no corresponde a la pregunta. Es, más o menos, como preguntar: ¿Qué es la electricidad? y responder: una ampolleta consume entre 25 y 1.000 Watt. ¿Hay alguna relación? Este es un caso de varios, no un caso aislado.

HARRY S. FRANCK (Santiago de Chile)

La letra (D, en este caso) indica cuál de las respuestas dadas como posibilidades es la correcta. Con ello queda contestada la pregunta. El resto del texto son algunas consideraciones más o menos interesantes (esto depende naturalmente de su juicio personal) relacionadas con el tema en cuestión.

Señor Director:
Todavía no he podido descubrir si soy admiradora del Espaciotest o de su autor.

L. L. (T. del Fuego)

Señor Director:
El Espaciotest es extraordinario y debería ser ampliado, así como también los temas de Astronomía.

MARTIN E. LLORENSI (Capital)

Señor Director:
¿Cuándo van a dejar de publicar el Espaciotest? Creo que si las dos páginas que ocupa se usaran para avisos, ustedes ganarían más plata y los lectores ganarían interés por la revista. ¿Qué les parece mi sugerencia?

ALBERTO S. MONTAGNA (Capital)

Estimado Señor "Por Supuesto":
Opino que el Espaciotest es muy bueno y debería tener de 15 a 20 preguntas por lo menos.

C. A. CAFISO (Capital)

Señor Director:
El Espaciotest se ha puesto muy difícil en los últimos números.

R. BERMUDEZ DUBRART (Chile)

Señor Director:
Vaya mi primer voto en favor del Espaciotest.

LUIS A. VUKUSICH (Bahía Blanca)

CALEIDOSCOPIO DE EMOCIONES

Señor Director:
...nutrimos nuestro cerebro con las fantasías de M. A. y sólo podemos catalogarlas con adjetivos como: deliciosa, plácida, horripilante, mórbida. ¿Puede darse mejor caleidoscopio de emociones? Nuestro espíritu se ve constantemente influenciado con ideas nuevas; hasta parece que nuestras cajas craneanas fuesen a estallar debido a los impactos que sin consideración alguna nos envían los autores. ¡Hasta de nuestras novias nos olvidamos! cuando estamos influenciados por el campo gravitatorio de su revista. Si no que lo digan ellas y nuestros bolsillos que están quedando paulatinamente alforjas de tanto cargar la revista.

En el ómnibus, en el banco de la plaza, en la cama, a todas partes nos acompaña abriéndonos horizontes nuevos y perspectivas insospechadas.

ALFREDO LAMPERTTI y OMAR FERNANDEZ (Rosario)

Si Más Allá sirve para que se olviden de sus novias, es muy a mi pesar. (Por favor, díganselo.)

Señor Director:
La revista no desmejoró ni mejoró: se mantiene en la posición del primer número: ¡magnífica!

JUAN GRECO (Capital)

Señor Director:
Su revista debería ser prohibida. ¡Es tóxica! Su distribución debería estar controlada por una comisión internacional. Y si no, vea... Un día un amigo me hizo enviar un número. Después de haber ingerido esa primera dosis tomé la segunda. La conmoción que me produjo me llevó a una tercera... hasta que me habitué a hacerlo todos los meses. Ya no pude pasar sin ese mundo especial y espacial que ofrece su revista. De eso hace ya dos años y medio. Ahora me he convertido en un "masallómano más" que no vive sin su dosis mensual de "fantasina" que tan bien disimulada encontramos los envenenados entre esas dos tapas insignificantes que llevan el nombre de MAS ALLA. Y no encuentro antídoto. Ni siquiera los cuentos idiotas que a veces publican me impiden comprarla. ¿No encontraré un "samán" que me cure?

ALFREDO ALFONSINO (Entre Ríos)

P. D. ¡Si aún no lo ha hecho, no compre esta revista!

Usted tendrá su antídoto cuando encuentre muchos cuentos idiotas. Por eso estamos seguros de que seguirá envenenándose con MAS ALLA por muchos años.

Señor Director:
Me parece extraño que usted reciba y publique, sin comentario alguno, cartas en las que dicen que un cuento es "un monumento al bodrio" (M. A. 35, pág. 120). El espacio que ocupa esa carta puede ser usado en forma más útil en las páginas de la revista. Pues todos sabemos, salvo aquellos horizontes mentales muy estrechos y faltos de cultura, que un mismo cuento o novela necesariamente tiene que gustarles a algunos y a otros no. No es mi deseo criticar a un lector en particular, sino a todos (son muchos) que escriben diciendo que un cuento es bueno o malo.

HARRY S. FRANCK (Santiago de Chile)

Señor Director:
Usted nos dice en el Nº 36 respondiendo al amigo Golbert que "son pocos los jóvenes que no gocen leyendo aventuras espaciales". Perdone, pero en nuestro país no es exacto. conozco a los jóvenes estudiantes y no estudiantes y no sin pena le digo que los que gustamos de f. c. somos los menos. Pero no importa. También en la época de Julio Verne consideraban locos (como me consideran a mí) a los que gozaban leyendo sus libros de f. c. aunque seamos una minoría... ¡Adelante, Dire!

HECTOR NAVARRO (Capital)

Por ahora sí. Todavía nos queda el empuje suficiente como para seguir adelante por más dificultades que se nos presenten.

Señor Director:
Quisiera que la legión de sustancias grises que despotrican contra esta revista se dedicaran a publicar una.

ROBERTO E. HEARNE (Capital)

EL AMO ENGREIDO

Señor Director:
El Editorial de M. A. 38 es bastante pasable, pero tiene un defecto que a mi entender es imperdonable en el director de una revista de f. c.: una frase de sólo ocho palabras, pero que son ocho contradicciones a lo que usted mismo ha dicho en innumerables Editoriales. "El hombre es el amo de la tierra" ¿Cómo? ¿No se ha pasado usted todo el tiempo, desde que apareció la revista, diciendo que el ser humano es un engreído? ¡Bueno! Pues si usted lo reconoce, ¿por qué dice ahora que el hombre es el amo de la tierra? Si lo fuera, podría hacer con ella lo que le diera la realísima gana, cosa que hasta ahora no ha conseguido. ¡Ojo, dire!

MAURICIO KITAIGORODZKY (Capital)

Señor Director:
El Editorial del Nº 38 es un plagio bastante descarado de un libro bastante antiguo: "La Biblia".

RODOLFO CLARDO (Bahía Blanca)

Si usted ha leído el Editorial, no ha leído la Biblia. O viceversa.

Señor Director:
Todo cambia en la vida, pero sus Editoriales no. El último es extraordinario.

MIGUEL O. RAMIREZ (Capital)

MANA DEL CIELO (M. A. 37)

Señor Director:
Esta vez lo que han hecho es imperdonable, criticable y no se puede pasar por alto de ninguna forma. Eso de interrumpir una novela como "El Clamor del Silencio" para interponer un cuento como el "Maná del cielo" me parece insufrible ya que el cuento es una chiquilinada.
No quiero creer que se ven precisados a recurrir a esa artimaña de cortar las novelas en lo mejor para asegurarse la compra del número próximo por el lector.

CARLOS A. BIANCHI (Buenos Aires)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Señor Director:

Como viejo lector que soy de su revista (he seguido su trayectoria ascendente hasta el Nº 33 y descendente desde allí en adelante), puedo creer, con derecho, que ya debo estar suficientemente "inmunizado" para soportar o "asimilar" ciertos cuentos, pero al leer "Nada más que terráqueos" y "El maná del cielo" he recibido tal impresión que me quedé sin habla. Ahora bien, reflexionemos: estoy muy seguro que ciertos señores lectores, muy críticones ellos (cualidad que soplando) saltarán en seguida diciendo este buen señor está muy equivocado; tenemos muy buenos artículos (Justicia para satélites M. A. 34. La muerte del Sol M. A. 36; La energía atómica M. A. 37) Así es: son sencillamente estupendos. Pero yo, particularmente, prefiero los cuentos o novelas, a los artículos científicos. ¡Y aquéllos sí que han descendido!

EDUARDO PESCI (a. Fantífica)

Señor Director:

Este cuento pinta con gran puntería y en pocos trazos qué es la humanidad, su gran debilidad.

RICARDO A. COMES DUMOULIN (Capital)

COMPETICION (M. A. 36)

Señor Director:

"Competición" más que un cuento es una fábula. Le diré con franqueza, que yo hace tiempo había escrito algunos cuentos de F. C. que me parecieron malos y por lo tanto los tiré; pero al leer "Competición" me siento Isaac Asimov o John Wyndhan.

BOB SAVAGE (Capital)

Señor Director:

Me pareció brutal y sin sentido, no tiene explicación alguna el final, y altera pensar en esa nave tripulada por colonos que se dirigen sin saberlo hacia una muerte horrible.

MARTA CARLO (Capital)

EL ATOMO A SUS ORDENES (M. A. 37-38-39-40)

Señor Director:

Felicitaciones a los encargados de la Sección "Respuestas Científicas" ¡Qué cabezas para encontrar todas las respuestas de las preguntas que los lectores prodigios les hacen! ¡Y mire que hay cada uno que viene con unas preguntitas...!

MARGARITA CUÑADO (Capital)

Señor Director:

Puesto que MAS ALLA trata temas que comprenden adelantos o estudios de casi todos los países que componen el Universo, creo que el Sr. H. Stine no tiene derecho a excederse en su nacionalismo yanqui.

HORST G. F. NIKELSKI (Capital)

TRIBUNA DEL PUEBLO

Señor Director:

Los Proyectiles Dirigidos están más democráticos y emocionantes que nunca.

R. GOLBERT (Chaco)

Señoras y Señores:

¿Tomaron ustedes las páginas de MAS ALLA para declarar la guerra de los sexos? Si es así comuníquenmelo para que saque entrada en primera fila. Porque les aseguro que comprar MAS ALLA sale mucho más barato que ir al teatro o que cualquier otro esparcimiento.

PABLO JAMNIUK (Mendoza)

Le aseguramos platea primera fila todos los meses.

Señor Director:

La sección "Proyectiles" me causa gracia a la vez placer. Gracia, porque algunos quizá demasiado jóvenes se vuelven demasiado cáusticos y terminantes; placer, porque veo en esas mismas defectillos el empuje juvenil que es su mejor virtud. ¡Adelante muchachos, pero con mesura!

E. R. HINZ (Vicente López)

Señor Director:

Diez años he cumplido
y me gusta aprender
por eso he elegido
MAS ALLA para leer.

CARLOS E. ALTINA (Córdoba)

Señor Director:

Yo le cambiaría el nombre a MAS ALLA y la llamaría MENOS ACA. Porque si siguen disminuyendo sus páginas la van a tener que repartir como folleto. Le juego un peso moneda nacional a que esto no lo publica.

HECTOR LANDEIRA (Rosario)

¡Tenga cuidado! Mire que el peso nacional está subiendo...

Señor Director:

¿Por qué no se aburre un poquito? (Ver Proyectiles M. A. 37)

MAURICIO KITAIGORODZKY (Capital)

Señor Director:

Nunca había escrito una felicitación con tanto placer como ésta; *¡lo felicito!* Ha demostrado una vez más que tiene usted un gran gusto literario, nos ha brindado en Más Allá Nº 35 cuatro trozos de ingenio, del más fino y sutil ingenio. Los he leído con satisfacción, pues a despecho de lo que hayan manifestado ciertos lectores, la revista no ha decaído, mantiene su puntal bien alto.

J. N. SUAREZ (Mendoza)

Señor Director:

La sección "Proyectiles" parece una reacción química. Se desprende bastante calor. ¡También... Hay cada "ión"...! Pero si el precipitado obtenido es el Nº 35, bien vale la pena.

ALFREDO ALFONSINI (Entre Ríos)

respuestas de la sección científica

FUERZAS DE COHESION Y REPULSION

¿Se consideran actualmente en los estados físicos de la materia las fuerzas de cohesión y repulsión?

C. CASOLI (Rosario).

→ Sí, las fuerzas de atracción y de repulsión son importantes para la explicación de las interacciones entre las partículas o moléculas que constituyen los cuerpos gaseosos, líquidos y sólidos.

PESO DE LA LUZ

¿Tiene peso la luz? ¿Cuál es?

MAURICIO KITAIGORODZKI (Capital).

→ Mejor que decir que la luz tiene peso, es decir que lleva impulso. *Pero no es un impulso mecánico, sino impulso electromagnético. Se ha demostrado que cuando se considera el conjunto de materia y radiación, los teoremas de conservación de la energía y del impulso siguen valiendo a condición de asignarle un impulso electromagnético a la radiación. Lo que se conserva, entonces, es la suma del impulso mecánico más el electromagnético. El valor de este último, para un haz monocromático, o mejor aún, para un fotón, viene dado por $h\nu/c$ donde h es la constante de Planck ($6{,}60 \times 10^{-27}$ erg. seg.), ν es la frecuencia del haz y c es la velocidad de la luz en el vacío (300.000 km. por segundo). Pero los fotones no tienen* masa gravitatoria, *y por lo tanto, no tienen peso (que no es sino la masa de un cuerpo multiplicada por la aceleración de la gravedad del campo gravitatorio en cuya presencia se encuentra).*

SOLUCIONES DE SISTEMAS

¿Cómo se puede encontrar que $5 + \sqrt{-15}$ y $5 - \sqrt{-15}$ son las soluciones del sistema $x+y=10$; $x.y=40$?

MIGUEL KUBOVY (Capital).

→ De la siguiente manera: $x \cdot y = 40$; por lo tanto, $y = 40/x$; llevándolo a la ecuación $x + y = 10$ se tiene: $(40/x) + x = 10$, o sea: $40 + x^2 = 10x$, que escrito pasando todo al primer miembro es: $x^2 - 10x + 40 = 0$. La solución de esta ecuación de segundo grado es: $10/2 \pm \sqrt{(10/4) - 40} = 5 \pm \sqrt{-15}$, como queríamos demostrar.

ECUACION DE DIRAC

¿Podría desarrollar la ecuación de Dirac, que cita MAS ALLA en el número 22?

FRANCISCO H. FARAVEL.
(San Vicente, Córdoba).

→ Sí: $i(h/2\pi)\ \delta\psi/\delta t = H\psi$, donde H es el llamado operador hamiltoniano, que en este caso es: $H = -C\alpha.p - \beta mc^2 + V$. Aquí, $V = e\phi$ (e, carga del electrón, ϕ potencial escalar del campo en el cual se mueve el electrón, por ejemplo, el potencial de Coulomb); c es la velocidad de la luz en el vacío; α es la llamada matriz-vector de Dirac; β es una matriz escalar de Dirac; estas matrices cumplen ciertas reglas de anticonmutación; m es la masa del electrón; ψ es el "spinor" de Dirac, o sea, la función de ondas (de 4 componentes) que da la probabilidad de presencia del electrón.

VELOCIDAD LIMITE

¿Por qué afirma MAS ALLA en la pág. 9 del número 22 que ningún sistema material puede alcanzar la velocidad de la luz?

JORGE M. CANOVA (Campana).

→ Ese es un resultado de la teoría de la relatividad. Para acelerar un cuerpo material, es decir, con masa, hasta que alcanzara la velocidad de la luz en el vacío (300.000 km. por segundo) se necesitaría una fuerza infinita debido al aumento de la masa con la velocidad, el cual viene dado por la fórmula: $m = mo/\sqrt{1 - v^2/c^2}$, donde m *es la masa en movimiento, es decir, para un observador respecto al cual la masa se está moviendo con velocidad* ve; mo *es la masa en reposo (o propia), es decir, para un observador situado en el cuerpo móvil (o sea en reposo respecto de*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

éste); c es la velocidad de la luz en el vacío. Por consiguiente, un cuerpo material no puede alcanzar la velocidad c, pero esto no quere decir que una mancha de luz, por ejemplo, reflejada en un espejo giratorio, no pueda alcanzarla.

MOTOR A REACCION

Desearía saber qué modificaciones hay que hacerle a un calentador a gas de kerosén para que pueda servir como motor a reacción.

JUAN de D. CANTESANO (Capital).

→ *El empuje útil de un reactor viene dado por el producto del caudal-masa (caudal-peso dividido por g) por la velocidad de salida de los gases. Por ejemplo, si el calentador lanza gases a 20 m/seg. y el caudal-peso es de 5 kg/seg., el empuje será: (5/9,8) · 20 = 10 kg. Ahora, usted verá que hemos puesto como caudal, 5kg/seg., lo cual para un calentador, es exagerado; a lo sumo será una centésima parte; el empuje se reduciría entonces 100 veces. ¿Le parece que podría utilizarlo como reactor?*

TELESCOPIO REFLECTOR

Desearía detalles sobre la construcción de un telescopio reflector.

ANDRES DE RISIO (Tucumán).

→ *Primeramente, debe llevar a cabo el esmerilado y pulido de dos discos de vidrio del tipo "ojo de buey" (que se pueden comprar en ciertas ferreterías). Un tamaño adecuado es el diámetro de 20 cm., con espesor de 1/8 del diámetro uno y 1 cm. el otro; este segundo disco servirá de "herramienta", es decir, para esmerilar al primero. Para esto se usa, por ejemplo, carborundo nº 40, una cucharadita que se pone sobre la "herramienta"; se lo humedece y se comienza a pasar por encima del disco destinado a espejo, iniciando un triple movimiento oscilatorio, al mismo tiempo que de rotación alrededor del centro del espejo y simultáneamente del centro de la herramienta. De este modo, se desgasta el espejo en su centro, y la "herramienta" en el borde. Al cabo de unos cinco minutos, se repite esta operación colocando el espejo en distintas posiciones sobre la "herramienta". Se usa después carborundo 120, y luego 220, F, FF, FFF; se continúa con el esmerilado fino (polvo de esmeril 302 y 303½). Finalmente se lleva a cabo el pulido, por medio de una técnica que emplea brea. Para detalles completos, le sugerimos consulte los números III y IV del tomo IX de la Revista Astronómica (mayo-junio y julio-agosto, 1937), publicada por la Asociación Argentina "Amigos de la Astronomía".*

ACCION DE LA FUERZA

Si a un cuerpo en reposo, en el vacío, se le aplica una fuerza, al cesar de aplicarla el cuerpo continuará moviéndose por inercia. ¿Con qué velocidad? ¿Con velocidad constante, la misma que tenía en el momento en que cesó de actuar la fuerza, o con velocidad uniformemente acelerada, la misma que le imprimía dicha fuerza?

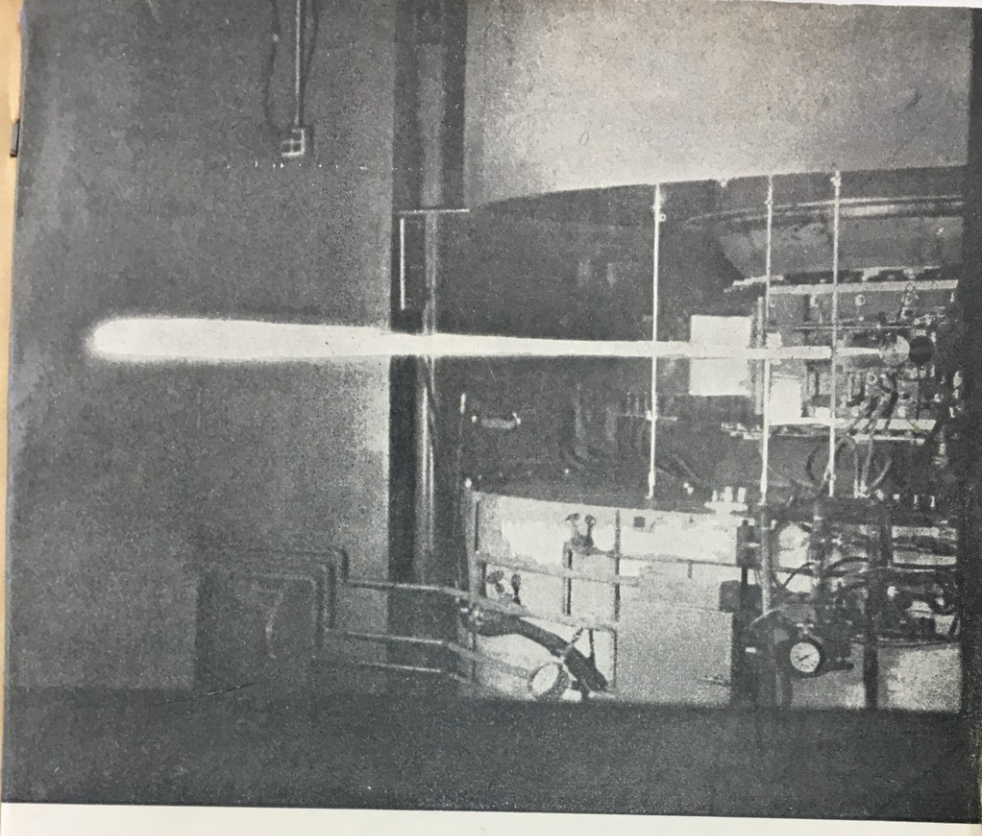
ARTURO O'CONNOR (Capital).

→ *Al cesar la acción de la fuerza, el cuerpo continúa moviéndose con movimiento rectilíneo y uniforme respecto del sistema en el que inicialmente estaba en reposo; su velocidad será constante, exactamente la misma que tenía en el instante en que cesó la fuerza. Su pregunta del final carece de sentido, porque la velocidad del cuerpo iba variando mientras actuaba la fuerza, pero en cada instante tenía un valor perfectamente determinado; en particular, en el instante en que cesó la acción de la fuerza, tenía la velocidad v_t, con la que seguirá por inercia.*

más allá Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 507981. Distribuidores, Cap. Federal: C. Vaccaro y Cía. S. R. L., Av. de Mayo 570 - Interior: RYELA, Piedras 113, Buenos Aires:

CORREO ARGENTINO Central B
FRANQUEO A PAGAR Cuenta Nº 574
INTERES GENERAL Concesión Nº 4923

Impreso en Fabril - Septiembre 1956



rayo mortal

El famoso "rayo mortal" de las historietas cómicas tiene su realización en este chorro de proyectiles nucleares que escapan de la espiral vertiginosa del gran ciclotrón de Argone *de EE. UU. Se vuelven visibles al chocar con las moléculas de aire en una habitación oscura.*

en
el próximo
número

más allá
publicará:

LA DIMENSION FATAL

por Harry Bates

la historia completa del impacto de lo Nuevo
en un ser humano... y la nómina de su víctimas

y en el mismo número:
la conclusión de

EL ATOMO A SUS ORDENES

16 páginas ilustradas

$ 6